

Oficio del recuerdo

Gabriel Alejo Jacovkis



Gabriel Alejo Jacovkis, 2020

Diseño y edición G A J

Edición del autor



Creative Commons

Attribution-NonCommercial 4.0

Oficio del recuerdo

Gabriel Alejo Jacovkis

Capítulo 1

Alguien cualquiera

Tiene la boca abierta, muy abierta. La cara es blanca como la de un fantasma. O la de un muerto. Recuerda demasiado a una calavera. No quiere oír el espantoso grito de terror que sale de su boca y entonces se tapa los oídos. Pero en el puente todo es silencio. Nadie habla. No hay pasos. No hay ruido de agua. No hay sirena de barco. Y no hay gritos. O no los oímos. Nos hemos vuelto sordos o mudos. Nadie le hace caso al hombrecito, nadie lo mira porque ningún sonido sale de su boca inmensa. El silencio del grito impresiona. Sobrecoge. Uno se imagina un grito ensordecedor, desgarrado. Y dentro de un sueño. Pero no hay ruidos en los sueños: este grito es mudo. Como un último y desesperado gesto antes de la despedida. El hombrecito se esfuerza por gritar más y más. No se oye y entonces más se desespera y un terror azul lo abrasa. Su silueta se ondula como una lombriz. Los otros señores son indiferentes a la desgracia que los rodea. Tampoco entre ellos se miran. El flaco parece hablar solo. El otro mira peces o escupe al agua que refleja su figura apoyada en la barandilla. Todos están solos. También los de la barca. Los que no se ven. Y

los que están fuera del sueño. Tan cerca y tan solos. El único que se ha dado cuenta del terror de la soledad es el hombrecito. Se niega a caminar por el puente. Se ha adueñado de él un vértigo que lo paraliza. No quiere ir a ninguna parte. A ninguna parte donde encuentre más soledad. Donde su grito sea una súplica inútil. Un pedido de auxilio que nunca llegará. Está a punto de disolverse en una ola, de fundirse en las ondas del agua y así no tener que cruzar.

Diego

Hay demasiadas cosas y todas no me van a caber. Tengo que comenzar a elegir. ¿Cómo no lo pensé antes? Esto lo tendría que haber hecho hace días. Mi puta costumbre de dejar lo que no me gusta para el último momento. Aquí está todo lo que he juntado en los últimos treinta años gracias a mi manía de guardar y guardar. Billetes de tren, una entrada de cine, una carta que no mandé, un menú del barco, el tronquito con una forma extraña. ¿Para qué guardar todas estas cosas? ¿Pasa algo si las tiro todas a la basura? Tal vez sean simplemente una excusa para tardar más o para no pensar en lo que realmente dejo. Ahora tengo que elegir entre recuerdos de treinta años. Treinta años. Se dice fácil. Treinta años

en unas pocas horas. Es como hacerlos competir y luego quedarse con los que ganan el partido. Como ponerles precio. ¿Cuánto vale este cuaderno de dibujos de Andrés? ¿Vale más que este trompo o este balero? ¿Y el cañoncito de plomo? Está todo roto. Tiene más de medio siglo. Cansancio del material. Ya se le puede cansar el material en medio siglo. Pero me lo llevo igual. Hay cosas que uno no puede dejar en el lugar del que se va porque están pegadas a la piel. Son la piel. Y la memoria. Y la vida. Hace treinta años que lo tengo en mi mesita de luz. Se le salieron las ruedas, se rompió el eje, ya no dispara, pero se viene conmigo. Tengo grabado el gesto de Hugo cuando me lo regaló. El día antes de venirme se apareció en la pensión, me dio una cajita y me dijo: “Quiero que te acompañe, que te defienda” mientras extendía la mano y ponía ese gesto que nunca se me olvidó. Parecía decirme que esa era una manera de seguir juntos. Unidos por nuestro héroe: el cañón de las batallas de soldaditos de plomo de nuestra infancia. Se lo habían regalado sus viejos cuando cumplió ocho años y a mí me tenía fascinado esa miniatura perfecta que podía disparar escarbadientes. El ejército que tenía el cañón ganaba. Unas veces me tocaba a mí, otras veces a Hugo y otras peleábamos juntos y derrotábamos al feroz enemigo. Ese gesto de Hugo... un gesto de tanta tristeza. Tanto miedo. El miedo del tipo al que se le cae un futuro encima. Un futuro

desconocido, amenazante, negro. El miedo del que no sabe qué va a hacer mañana. El mismo miedo que tenía yo. Éramos dos pibes perdidos en un bosque. Nos abrazamos y no dijimos nada más... y yo me quedé con el cañoncito para poder ganar todas las batallas. Unas batallas que habían dejado de ser juegos. Pero el cañón seguía siendo de juguete. Y así y todo me acompañó y me defendió. Seguro que me defendió. Por eso puedo volver. Un poco a pedazos, con jirones de memoria, con el cuerpo castigado. Con un pasado extranjero. Pero vuelvo. Como si volver fuera seguir. Seguir viviendo. Seguir viviendo en algún lugar que ya no es mío. Y andá a saber si alguna vez fue mío. Andá a saber si los lugares tienen dueño. Andá a saber si se puede volver. Si no es como retroceder en el tiempo. El tiempo, ese enemigo, dueño y señor de todos los momentos. ¿Y yo a dónde vuelvo, a un lugar o a un momento? Más me vale dejar de pensar boludeces y hacer lo que me toca.

Andrés

El dolor de la ausencia

El dolor de la ausencia es un vacío que arde. El dolor de la ausencia serpentea entre la magia de los recuerdos y el desgarró de vivirlos en soledad. Las

fotos no alcanzan, no alcanzan las esquinas ni sus farolas ni aquel río ni el mar. No alcanza el árbol ni la piedra ni la tarde del verano. No alcanzan los botijos de cerámica ni los espejos. El dolor de la ausencia es una lágrima que ha perdido a su dueño. Un suspiro que no llega a matar el llanto. El sabor que impregna cada bocado de lo que antes nos gustaba compartir. Un grito que no sabemos de dónde viene. Un olor agrio que asalta la ropa, las sábanas, los jabones. El dolor de la ausencia es lo que ansiamos que se transforme en un recuerdo viejo, entelado y cuanto más lejano mejor. El dolor de la ausencia cubre todo con un manto gris. Ya no hay colores. Sólo grises. Todos tristes. Todos oscuros. Grises que se clavan en el mismo cuerpo. El cuerpo de un animal herido que intenta encontrar desesperadamente un refugio lejos del tormento de la flecha con la que vive el cazador. Una cueva, una luz cálida. El animal herido se da cuenta de su soledad, su búsqueda inútil. Entonces piensa en un lugar al que lo transportan los recuerdos. Un lugar en el que sólo vive el pasado. Un lugar al que sólo él puede llevar algo de vida, algo de la poca vida que le queda. Y allí las huellas que reconoce son de muerte. Imágenes de paisajes que se distorsionan para convertirse en remolinos, en hojas secas que se vuelan con el viento helado. Ahí ya no queda nada. Sólo objetos sin memoria, sin recuerdos, cosas que no le hablarán. Edificios nuevos. Plazas

sin los bancos donde amó. Esquinas donde nunca esperó a nadie. Una estepa llena de esqueletos. Esqueletos de amigos, de ideas, de recuerdos. Pero el animal no pierde la esperanza de alejarse del cazador y arrastra su cuerpo herido hacia ese lugar que un día lo albergó. Tal vez ya haya dejado de sangrar y el recuerdo de la herida sea una cicatriz que lame para convencerse de que ahí hubo piel sana, músculo, goce. El dolor de la ausencia es incurable. Eterno. Un dolor que se ha hecho suyo para siempre. Un dolor que poco a poco ha aprendido a amar como la huella de lo que tanto amó.

Fede

Es tan buena persona. No se merece esto. Ya sé que nadie se lo merece pero a mí no se me movería un pelo si le pasara a algunos que yo me sé. Vos me entendés lo que digo. Lo de él es algo que tiene que ver con la comprensión, la solidaridad, el respeto. Lleva todo eso encima. No sé si a él le parece lógico lo que va a hacer, Manu. Pienso que en el estado en que está, las decisiones obedecen a motivos poco relacionados con la lógica. Tampoco creo que le haya surgido de golpe la añoranza del terruño como para justificar una vuelta a ese país treinta años

después. Diego nunca cultivó la nostalgia ni el amor por el lugar donde nació. Por algo no quiso ir ni una vez en estos treinta años. Raquel sí que iba cada tanto, pero él no volvió jamás. Tal vez sea un homenaje póstumo a Raquel. Ella siempre le criticó el que no quisiera ir. Raquel pensaba que ir era la mejor manera de sacarse los fantasmas de encima. Y él nunca quiso hacerlo. Justamente por miedo a sacarse los fantasmas de encima. O por algún otro miedo que desconocemos. Tal vez ahora quiera cumplir con la recomendación de Raquel. Aunque tarde y mal. Creo que sufrirá un montón. Y al final volverá aquí, donde está su lugar. Fue aquí donde pasó los años más lindos de su vida. Con una compañera divina, con Andrés, que es un pibe fuera de serie, con nosotros. Pobre Andrés. Y sí, Manu, lo intentó convencer como lo intentamos todos. Y para él es terrible porque en el fondo seguro que se siente culpable por no acompañarlo en esto. ¿Cómo se va a ir con él, Manu? Su vida está aquí. Yo creo que hizo bien en mantenerse firme y no viajar con su padre. Eso sí, Diego lo ayudó: le dijo de entrada que no se sintiera presionado, que ésta era una decisión que él tenía que tomar solo, sin ayuda de nadie. Andrés ya hizo la experiencia de querer vivir allá y le salió mal. ¿Pero vos creés que Diego va a poder vivir tan lejos de Andrés? ¿Y de nosotros?. Qué va. Sí, ya sé que allá está Hugo. Pero es el único amigo íntimo que le queda vivo en la Argentina. Y andá a saber

qué pasa en el reencuentro. En todos estos años sólo lo vio aquella vez que Hugo vino a Barcelona. Puede haber cambiado mucho. Seguro que los dos cambiaron mucho. Esos reencuentros son lindos pero son peligrosos. Diego pone mucho en ese reencuentro. Ojalá no se desilusione. De todas maneras razonar con él en este tema es imposible. Es como hablar con una pared. Tiene la decisión tomada y no hay nada que hacer. Creo que lo mejor es respetarlo y apoyarlo en todo lo que podamos. Para eso estamos.

Eduard

Y esa gilipollas va y me dice que Dios lo querrá así... *¡una merda!*¹ Siempre hay una meapilas metiendo a dios en todas partes. Te rondan como los cuervos para saltar sobre ti y comerte las entrañas. Son la peor lacra de la humanidad. Ya lo dijo el viejo Marx: el opio de los pueblos. Hace tiempo que no la veía por aquí. No sé qué le habrá dado por venir ahora. Ellos viven no recuerdo dónde. En algún lugar donde no se habla catalán. Se fueron de aquí porque les cabreaba que la gente hablara en catalán. Sí, Silvia, no estoy de coña, no. Un año antes de que tú vinieras al bar. Lo siento: es compatriota tuya. Pero si

¹ En catalán: ¡Y una mierda!

la hubieras conocido te la habrías merendado con patatas al día siguiente. ¿Tú? Tú no la habrías aguantado ni diez minutos. Eres peor que yo, que ya es decir. Vendes imagen de niña buena y suave pero... no me gustaría que te enfadaras conmigo. Y suerte que no vino con su marido que es todavía más imbécil que ella. Parece mentira que todavía diga esas gilipolleces en mi bar. Como si no supiera quién soy. ¡Que soy ateo, coño! No tolero que me vengan con hostias de dios y toda esa basura. Me cago en toda esa mierda. El que decidió volverse es Diego y no dios y no creo que haya nada que entender. Ni siquiera sé si Diego tiene algo que entender. Es así y se acabó. Todos hacemos cosas sin saber el motivo. Yo mismo estoy en este bar y no sé muy bien por qué. Siempre esperando a que llegue el momento para dejarlo. ¿Qué momento? Pues otro, Silvia. Otro momento. Diego no sabe por qué se vuelve. Ni siquiera sabe a dónde se vuelve. Pero lo hace porque siente que lo tiene que hacer. Porque se lo pide el cuerpo. Y por motivos que ni él mismo conoce. Seguramente si alguien remueve en su cabeza, los encuentra. Lo que importa es que se vuelve y que él cree que tiene que hacerlo. A nosotros lo que nos toca es acompañarlo. Por lo menos eso es lo que intento hacer yo aunque muchas veces no me salga bien. Porque cuando pienso en el asunto soy comprensivo pero cuando hablo con él muchas veces me sale el pronto y me

paso tres pueblos. Y también es que él está más sensible. Intento moderarme pero me es difícil. Hay temas que es mejor no tocar porque entonces todo se va a tomar por culo. Por ejemplo el tema de Andrés. No se puede hablar de eso delante de él. Está muy triste por separarse de su hijo. Y se siente culpable. No son cosas mías: me lo dijo el otro día. Es lo único que lo hace dudar de volverse. Pero ya ha tomado la decisión. Yo creo que durará poco en Argentina. Tal vez sean unas vacaciones largas y listo. Y ojalá que así sea porque allí ...

Raquel

Martes 13 de junio de 1978

No sé si algún día podré olvidar el miedo que pasé dentro del avión hasta que despegó. Sentía que en cualquier momento podían entrar gritando, golpeando a la gente, disparando tiros.

En el viaje sólo dormí de a ratos. Creo que una de las veces soñé que lloraba. Me desperté con la cara húmeda y ardor en los ojos. Quise escribir y no pude. Sólo podía intentar ordenar mis pensamientos. Imposible. Danzaban en mi cabeza como bailarines locos. Venían a borbotones. Peleaban entre ellos. Se me aparecía la cara de mamá cuando me contó que se habían llevado a Ricardo. La cara de mamá

cuando me fui. La última sonrisa que le vi a Ricardo. Ha pasado todo tan rápido que todavía no he podido asimilarlo. Hace tres años hubiera sido impensable todo esto. Aunque muchos dicen que se veía venir yo no creo que nadie haya sido capaz de imaginar que iban a llegar a esto. Me encuentro tan distinta. Yo era una persona tranquila y ahora vivo pendiente de lo que va a pasar en el próximo minuto. Espero que sea pasajero. No sé si podría aguantarlo.

La pensión que me recomendaron en Madrid estaba bien. Pude dormir. Me tranquilicé un poco pero me sentí sola.

Ahora creo que no es miedo lo que tengo. Es una sensación de angustia, de vacío en el estómago. Una mezcla de soledad y tristeza. Pensaba que el miedo que pasé dentro del avión no se me iría nunca más. Que sería algo crónico en mí, una característica como mi pelo o mis ojos negros. Parece que lo reemplazó la sensación de tristeza y soledad. Y la inquietud.

En el tren hace calor. Un calor agradable pero algo sofocante. Me abriga y me ayuda a que el miedo se vaya. Por primera vez en muchos meses siento que nada me puede pasar. En este tren y con el sol entrando por la ventanilla estoy más protegida.

La señora que está a mi lado ya me contó que va a visitar a su hija que trabaja en Barcelona. Su hija

tiene mi edad. Ahora, mientras escribo, la señora se ha quedado dormida plácidamente. Parece más joven que mi mamá y debe tener más o menos la misma edad. Es curioso pero con esta señora a mi lado no me siento tan sola.

Veo por la ventanilla los campos que parecen arder bajo el sol. Me gusta la película de ver pasar los árboles, los postes y la gente. El tren es de lujo comparado con los de allá. Y no viaja conmigo el terror. No veo policías en las estaciones. O veo alguno y no lleva armas largas. Pero tengo la angustia de no saber qué pasará en Barcelona. Si Manuel habrá recibido mi carta. Si podrá ayudarme los primeros días. ¿Para cuántos días me alcanzarán los 500 dólares que traigo? A lo lejos veo un señor en bicicleta. Cruza un campo. Lleva boina. No es como las de allá. Es más grande. O se la puso de otra manera.

Cruzamos un río por un puente de metal. Es un río caudaloso, ancho. En la orilla hay un bote con un pescador. La señora me dice que es el Ebro y a mí entonces me llegan canciones de la Guerra Civil. No era un invento. El Ebro existe. Lo volvemos a cruzar varias veces. Me gusta esta zona. Es verde. Hay un pueblo grande en la orilla. Siempre me gustaron las

zonas cercanas a un río. Quién sabe. Tal vez algún día vuelva por aquí y me acuerde de la primera vez que crucé el Ebro. ¿Lo veré como ahora o el paisaje será otro? O yo seré otra.

Estoy viendo el mar. Apareció sorpresivamente. Es de un azul muy particular, distinto al del único mar que conozco. Me conmueve verlo. Pienso en todo lo que guarda, en las culturas que lo navegaron, pienso que hace una hora yo no lo conocía pero había leído mil cosas de él y de su historia. Y en el fondo creía que era un mar que sólo aparecía en los libros. Que sólo ahí existía. Lo mismo que el Ebro. Ahora lo he visto. ¿Algo cambió en mí? No seas tonta, Raquel. Lo cierto es que estoy conmovida por haber conocido el Mediterráneo. No sé cómo puedo conmoverme por ver un mar con la cantidad de incertezas que tengo. Con la de problemas graves que tengo que arreglar y los que jamás podré arreglar. Raquel, no estás aquí para hacer turismo. Bueno, pero tampoco es necesario buscar constantemente el sufrimiento. Bastante con todo el que viene solo.

Hay muchos huertos. Y más tráfico de coches y camiones. La señora María, mi vecina, dice que estamos cerca del río Llobregat, que por eso hay

tantos huertos. Es una tierra fértil. Bueno, no escribo más. Me dice mi vecina que ya falta poco para llegar a Barcelona.

Ema

Jueves 15 de junio de 1978

Hija querida

Ojala que esta carta llegue bien al Poste Restante. No sabía que uno podía mandar las cartas al correo. Me parece un buen metodo pero ojalá que la proxima te la pueda enviar al lugar en el que ya estés viviendo.

Espero que ya te hayas encontrado con Manu. No te olvides de mandarle todo mi cariño. Me acuerdo de el y de su triciclo cuando era chiquito y venía a buscarte a casa para jugar. ¡Que bien se llevaban los dos! Siempre fue un buen chico. No se merece tener problemas. Vos tampoco.

Te extraño muchísimo y eso que hace poco que te fuiste. Eso es porque se que no estás porque cuantas veces no dormías en casa dos o tres dias y yo no te extrañaba. Contame como fue el viaje y como te sentiste en el avión. ¿Comiste? ¿Era buena la comida? ¿Se mueve mucho el avión?

Me pediste que sea sincera y que no te oculte nada cuando te escriba. Voy a cumplir mi promesa aunque no quiero contarte estas cosas. Estoy muy triste y muy sola. Los extraño muchísimo a Ricardito y a vos. Pero a vos estoy segura de que pronto te voy a volver a ver cuando las cosas se arreglen y puedas volver a vivir aquí. Pero lo de Ricardito es distinto. Tengo mucho miedo.

Ultimamente me entra la desesperación de que no lo voy a ver más. Es una sensación que no tenía al principio. Ahora ya hace un mes que se lo llevaron y todo el día estoy pensando en él. Me pasan por la cabeza cosas horribles. Y es porque oigo que pasan cosas horribles. Moví cielo y tierra para averiguar algo. Pero no hay nada. Aunque tenga esa desesperación que te dije no te preocupés que no pierdo la esperanza y voy a seguir buscando hasta en mi tumba. Pero que te voy a contar hijita. Es todo muy duro. Hace unos días conocí a otras señoras como yo y eso me hace compañía. Puedo hablar y siento que me entienden. Porque me cuesta hablar de esto con alguien que no lo pasó. Ellas también buscan y buscan y todo lo que una averigua se lo pasa a las demás.

Con la que sí hablo siempre y me entiende es con Analía. Te manda muchos saludos y me dice que te cuides. Siempre se acuerda de cuando eras chiquita y te llevó al zoológico.

Te confieso Raquel que me cuesta cumplir la promesa de contarte todo lo que siento. Y que no se si en las proximas cartas lo voy a hacer. Pero lo que te escribí de Ricardito es una sensación que solo se me irá cuando lo vuelva a ver. O sea que ya sabés que está ahí la sensación aunque no te la repita en otras cartas. Y aqui se despide tu mamá que te quiere.

Muchos besos

mamá

Montse

Ayer tuve otra vez el sueño del que ya le hablé otras veces. No era exactamente igual al anterior pero era muy semejante. Mi padre colgaba de un árbol al borde de un camino y se hamacaba cuando los lobos lo sacudían al morder sus piernas. Todavía estaba vivo. Le arrancaban trozos y al verme enseñaban los dientes pero no me atacaban: se iban. Yo miraba la cara de mi padre y sólo veía tres agujeros. Era una noche muy oscura y muy fría. Había una pequeña luz al fondo del camino que súbitamente aumentaba de intensidad hasta encandilar. Dejo de mirar a mi padre y miro la luz. Vuelvo a mirar a mi padre. Estoy confusa. La escena

de mi padre colgando descuartizado es horrible y quiero huir de ella pero la luz es muy intensa y me hace daño en los ojos. Finalmente me encamino hacia la luz y cuando dejo atrás a mi padre oigo su voz que me llama por mi nombre. Pienso que debe haberse equivocado y continúo caminando hacia la luz. Él sigue llamándome y yo oigo su voz cada vez más lejana. “Libertad, Libertaaaaad”. Ahora veo gente al fondo del camino. Me acerco más y más y veo a la *iaia*² que viene en mi búsqueda y me habla con su voz suave. Me abraza y yo me echo a llorar. Me despierto con una extraña sensación de alivio.

¿Alguien habrá descolgado a mi padre o se habrá podrido y desintegrado colgando de la rama del árbol? ¿Estará enterrado por ahí? Ayer en la tele vi un programa que hablaba de unos indígenas del Amazonas que enterraban a sus muertos en agujeros hechos en un precipicio. Muchos caían al vacío y perdían su vida mientras hacían el agujero, sólo por querer enterrar a sus muertos. Y eso fue hace 3000 años. Y mi padre que murió ayer, como quien dice, no se sabe dónde está. Ni siquiera se sabe si lo habrán enterrado. *Malparits*³.

Sí, claro que me angustia ese tema. ¿Cómo no me va a angustiar no saber dónde está enterrado mi padre? No haberlo conocido. No saber dónde están

2 En catalán: yaya

3 En catalán: Malnacidos

sus huesos. Sé muy poco de él y ahora que la *iaia* está muerta he perdido la oportunidad de saber más. Me da pena. Mucha pena. Es como tener un agujero en la historia de mi vida. Había una foto de mi padre pero la mama la perdió. No sabe dónde la dejó. Cuando le pregunto por esa foto me contesta un día una cosa, otro día otra. Creo que no sabe de qué le hablo. Cuando era pequeña miraba la foto y me lo imaginaba entrando en casa y abrazándome. Soñaba con que me llevaba al cole y yo paseaba con él cogido de mi mano por delante de la maestra y los niños. Y después de ese paseo nunca más nadie me preguntaba dónde estaba mi papá. Sí, los niños siempre me preguntaban dónde estaba mi papá, si se había muerto, por qué se había muerto, cómo se había muerto. Y como veían que yo no quería hablar del tema, me preguntaban más y más. Con esa crueldad natural que tienen los niños. Mi padre era alto y guapo. Y valiente. La *iaia* lo quería mucho. Y eso es porque era muy buena persona. De lo contrario la *iaia* no hubiera hablado tanto y tan bien de él. Nunca supimos nada de su familia, la que quedó después de la matanza. Vivían en Aragón pero parece que eran pocos y se exiliaron en Francia. No tenía hermanos. Una de las tantas historias de la guerra. Todas incompletas y sin cerrar. Todas crueles. Todas tristes.

Capítulo 2

Diego

Parece mentira la cantidad de cosas que se acumulan en una casa. Y eso que no tengo que llevar ni los long play ni los casetes. Ya se encargó Raquel de ventilarlos hace tiempo. Me acuerdo del día en que dijo que o nos mudábamos a un departamento más grande o hacíamos lugar en éste. Y no había plata para mudarse. Al fin de semana siguiente nos pusimos los tres a arreglar el piso. Andrés y Raquel en las habitaciones y yo en el living, donde estaban los libros y los discos. Era un muestrario de distintas épocas. Long plays, cassettes y cedés. Hasta había un disco de 45 de Leonardo Favio que había venido en mi valija. Lo estaba mirando y recordando aquella época cuando entró Raquel en la habitación. Yo no había tirado nada. Me dijo que fuera a charlar con Eduard y me tomara un cafecito. Cuando volví los long plays y los cassettes regrabados ya no estaban. Supongo que el primero que tiró fue el de Leonardo Favio con su "Fuiste mía un verano". Sólo dejó los cedés. Hacía tiempo que no teníamos tocadiscos ni pasa cassettes. Se habían roto y nunca los arreglamos.

Si fuera por mí y mi maldita nostalgia tendría que despachar un container entero. Suerte que en el envío metí todo lo gordo más algunos recuerdos como el plato de madera de olivo, el póster de “Il novecento”, el caballito que compró Raquel cuando fuimos la primera vez a Mallorca en el año... ¿En qué año fue que fuimos a Mallorca? En los cuadernos de Raquel seguro que está anotado. ¿Dónde mierda están? Aquí hay uno. No, éste no. A ver éste. Sí, aquí está. Fue en 1980. Banyalbufar... qué lindo nombre Banyalbufar. ¡Y qué lindo el pueblito! La torre, los almendros, las terrazas. La bajada a la cala por esa escalerita de piedra... Cómo te costaba bajarla, Raquel... y mucho más subirla. Ya tenías una panza considerable. Estabas de siete meses. ¿Te acordás del señor Tomeu? Lo conocimos en una de esas tardes en las que salíamos a pasear cuando el calor aflojaba. ¡Qué hombre agradable! Flaquito, inquieto, con una sonrisa un tanto tristona. Tenía vides y hacía malvasía. Raquel estaba ya un poco cansada y entonces nos sentamos en una roca grande que había en una de las terrazas con vistas al mar. Y ahí estuvimos charlando los tres un par de horas como si fuéramos viejos amigos. Nos volvimos a ver varias veces. Una noche Raquel cantó tangos en su casa. Con su voz grave, aterciopelada. Era capaz de cantar horas sin ningún instrumento que la acompañara y sin desafinar una nota. Me acuerdo de la interpretación de “Viejo ciego” de esa noche.

Nunca más te la oí cantar con esa intensidad. Desde la primera estrofa te fuiste cargando de emoción. Al llegar al final eras otra Raquel. Jamás te había visto así. Parecía que a las sílabas les costara salir de tu boca.

"Cuando oigo tus notas me invade el recuerdo
de aquella muchacha de tiempos atrás,
a ver, viejo ciego, tocá un tango lerdo,
muy lerdo y muy triste que quiero llorar".⁴

Cantaste las tres notas de "recuerdo" y supe que no ibas a poder terminar. No pude olvidar nunca cómo sonaron dentro mío esas tres sílabas. Y luego, mientras muy sutilmente ibas creciendo en volumen, con la misma sutileza hacías un rallentando. Tu voz estaba cada vez más rasgada. En el último verso no alcanzaste a pronunciar bien "quiero llorar" y el señor Tomeu y yo tuvimos la impresión de que te deshacías. Nos quedamos los tres callados mientras en las paredes de la vieja casa del señor Tomeu resonaban tus últimas notas. Yo te miraba y sólo veía tristeza en tu cara que parecía a punto de estallar en lágrimas. Te acercaste a nosotros y muy suavemente dijiste "Mi papá era ciego. Si hubiera sido viejo en los años veinte, habría inspirado este

4 Viejo ciego; tango con música de Sebastián Piana y Cátulo Castillo y letra de Homero Manzi

tango de Manzi.” Esa noche no cantaste más y supe que no teníamos que pedirte que lo hicieras. El señor Tomeu también lo supo.

Te sentaste a nuestro lado y nos fuimos bebiendo el malvasía. “Sabe a pasado, como vuestros tangos...” decía el señor Tomeu.

Raquel

Jueves 10 de julio de 1980

Hoy fuimos a la playa a la mañana temprano. Nos quedamos hasta el mediodía. Comimos en la casita y luego hicimos una siesta típica de verano. Siesta sin prisa.

A la tarde, caminando por las terrazas de vides, vimos ponerse el sol en un mar que respiraba una tranquilidad extraña. Atrapados por el juego de colores que fundían el cielo y el mar nos sentamos en una roca mientras el sol bajaba. Quietos, silenciosos, con el temor de interrumpir un momento tan bello no nos dimos cuenta de la presencia de un señor que también miraba el ocaso a través nuestro. Al poco rato estábamos hablando con él. Resultó ser una persona encantadora. El señor Tomeu es un hombre enjuto, de unos 70 años, siempre sonriente e inquieto. Vivió toda su vida en Banyalbufar y es el

dueño de unas cuantas terrazas de vides. Su familia se dedica al cultivo de la uva y la elaboración de la malvasía desde hace varias generaciones. Nos explica que la malvasía es un tipo de vid que ya cultivaban los griegos y que estuvo a punto de desaparecer por la filoxera a finales del siglo pasado. Su familia logró salvar unas cuantas vides y con una técnica que su abuelo mantuvo en secreto, las repicó y las reprodujo. De las terrazas que tiene, sólo unas pocas son de malvasía. Y con ellas él hace vino cada año. Unas cuantas botellas que consume y regala a los amigos. Según el señor Tomeu el malvasía de Banyalbufar es el mejor que existe y no nos debemos dejar engañar por el que fabrican en Sitges que es muy malo. Nos invitó a probarlo en su casa. “Así veréis lo bien que se lleva el malvasía con una charla agradable.”

Al rato de hablar y sin preguntarnos nada de nuestras vidas, el señor Tomeu nos dijo: “Yo también pasé una guerra”. Nos adoptó como hijos, con un cariño que parecía ancestral.

Domingo 13 de julio de 1980. Banyalbufar

Ayer fuimos a cenar a casa del señor Tomeu. Nos agasajó como a esos familiares queridos que hace mucho que uno no ve. Tuvimos la sensación de habernos conocido siempre.

El señor Tomeu es viudo desde hace años. Hizo una cena exquisita y abundante. Le gusta cocinar. Nos contó que cuando vivía su mujer cocinaban juntos. Cada uno tenía sus especialidades en las que oficiaba de chef y entonces ayudaba el otro. Después de la cena sacó una botella del malvasía que nos había prometido. Me sentía como en casa. Era una noche especial. Una de esas noches de confesiones en las que no cabe nadie más que los presentes. Comencé a cantar tangos sin que nadie me lo pidiera como me suele pasar cuando estoy muy a gusto con la compañía.

El último tango que canté fue “Viejo ciego”. Le tengo un especial cariño. Mi papá lo cantaba como sólo un ciego puede hacerlo. Con una afinación perfecta, en un volumen muy bajo: un pianísimo difícil de mantener.

Mientras tanto Diego y el señor Tomeu bebían malvasía. Yo me había servido una copita y con eso tuve para toda la noche. Copa a copa el nivel de la botella bajaba bastante rápido. El señor Tomeu le decía a Diego “No te preocupes, majo, que de éste tengo más botellas de las que nos podemos beber. Sabe a pasado, como vuestros tangos...”

Andrés

Olvido imposible

Una mañana en los comienzos de la primavera los recuerdos dejan de acosar al desterrado. Parecen muertos o que hubieran huido después de una derrota. Él bendice su suerte e inicia su rutina diaria. Sale de su casa con una sonrisa, cruza la calle y coge el bus. Llega al trabajo, saluda al compañero y se sienta frente a los papeles de cada día. Durante la comida se suma a las críticas al gobierno de ese país donde hace tiempo vive. Al acabar su horario va a una manifestación, luego cena en un restaurante mallorquí y vuelve a su casa caminando entre farolas modernistas. Cuando apaga la luz de su mesita oye una música lejana y entonces comprueba que sólo estaban al acecho.

Ema

Viernes 8 de agosto de 1980

Querida hija

Me hizo muy bien recibir tu carta y saber noticias frescas. Me puso muy contenta saber que lo pasaron tan bien en la isla de Mallorca. No se por que siempre quise ir a esa isla. Nunca estuve en ninguna isla. Tal vez cuando vuelva Ricardito podamos ir

todos. ¿Te imaginás que fiesta? Todos juntos en una isla del Mediterráneo. Como *bacanes*⁵.

Asi que tu panza se portó bien. ¿Pero no habrás hecho muchos esfuerzos no? Tenés que cuidarte que ya estás casi casi y por lo que contás tenían que subir y bajar muchas escaleras para ir a la playa. ¿Estaba muy fría el agua? Acá nosotros estamos pasando unos días sin mucho frío. Pero claro es invierno. No está para meterse al agua. ¿Es raro eso no?

Ayer estuve con tu tia Mabel y como siempre no paró de hablar y de meter cizaña. Y que si tu padre viviera todo sería distinto y que el si que sabía hacer las cosas. Como si lo hubiera querido mucho cuando vivía. Siempre lo estaba criticando y jamás lo ayudó cuando el necesitó una mano. No se para que voy. Es una harpía. Ya se que me vas a decir que la mande al diablo y no vaya a verla mas. Pero creo que no puedo. Aunque me haga mal ir a verla.

Raquel querida te entiendo que quieras saber todo lo que me pasa pero a veces eso me es imposible. Tengo dias mejores y dias peores. Además una escribe la carta y por ahi cuando llega alla una ya se siente bien y la deja a la otra con toda la preocupación encima. Pero no te preocupés que tu vieja es fuerte. Y cuando me canso de pensar sola

5 En lunfardo: personas adineradas

me voy a lo de Analía que siempre consigue
hacerme reír.

Y aquí se despide tu mamá que te quiere

Muchos besos y cuidate

mamá

Fede

No, Andrés todavía no había nacido. Andrés nació en septiembre y ellos se fueron a comienzos del verano. Sí que tengo buena memoria, ya lo sabés. ¿No te acordás que los llevamos al puerto y Raquel estaba panzona? Ay, querido, me parece que no es que yo tenga buena memoria sino que vos sos un desmemoriado o te está afectando la edad. Al año siguiente fuimos nosotros y a la misma casita. Era un lugar precioso, con las terrazas que miraban al mar. Las vistas eran de película. Sí, cierto, había un par de calas nudistas. De eso sí que te acordás, eh? Bueno, en realidad no sé si era nudista. Nosotros estábamos en bolas pero no había nadie más. Y sí, entonces era nudista. ¿Te acordás del señor Tomeu? Fue Raquel la que nos insistió en que fuéramos a visitarlo y le mandáramos saludos de ellos. Y bien que hizo. Era un viejo divino. Siempre se acordaba del día en que Raquel cantó tangos en su casa. Se

había quedado embelesado. Parece que el último que cantó fue “Viejo ciego” y lo bordó. Se lo oímos un par de veces, sí. La última fue esa noche en la que vinimos a tomar algo aquí después de ir los cuatro al cine. ¿También estaba Eduard? De veras, tenés razón ¿Y cómo es que estaba Eduard, era un lunes? Qué raro que fuéramos un lunes al cine. El martes sería fiesta. A mí me hacía llorar cuando lo cantaba y yo nunca había llorado oyendo un tango. Sí, en el cine y en la ópera sí que lloro, pero oyendo un tango nunca. ¿Querés dejar de chincharme? Raquel cantaba como los dioses. ¿Siempre cantó así? ¿Cuando era chica también? Me lo imaginaba porque eso no se aprende en dos días. Era una mujer sumamente sensible. Tendría que haberse dedicado al arte. No sé, a algo artístico: al canto, al teatro, al cine... ¿Te imaginás si se hubiera dedicado al cine? Alguna crítica me hubiera tocado hacerle. No seas malo, Manu. Yo no destrozo a nadie. Y menos a alguien como Raquel, con lo que yo la adoraba. Y todos, sí. Podría haber protagonizado cualquier película ambientada en los años ‘40 o ‘50. Y lo hubiera hecho genial. Tenía el look perfecto. Cuando se ponía la boina gris todo el mundo la miraba. Era una boina preciosa y parecía hecha para ella. Le quedaba como a la Lauren Bacall en “El sueño eterno”. ¿Tenía un aire, verdad? No tan rubia, cierto. Y con otra mirada. No, ya sé que Diego no se parece nada a Humphrey.

Eduard

Ese día hacía un frío de la hostia. Entró al bar, helado, y me pidió un carajillo de cognac con el inconfundible acento de vuestra tierra. Le dije que lo bueno se pega pronto y se sonrió. Me cayó bien de entrada. Hablaba poco. Me gusta la gente que habla poco. Tiene menos oportunidades de decir gilipolleces. No había nadie más en el bar y me senté con él en la mesa de la ventana. Estaba buscando un piso para alquilar y había visto el del segundo de este mismo edificio. Le comenté que el dueño era un tío legal que había enviudado hacía poco. Cuando oyó lo de “un tío legal” se decidió y volvió al piso para concretar el alquiler. A los pocos días se trasladó. Eso fue hace 30 años y desde entonces ha venido cada mañana a tomar su café con leche y su cruasán. El café con leche con medialuna. Al cabo de un tiempo se agregó Raquel, cuando se vino a vivir con él. Siempre bajaban juntos. Diego es uno de mis pocos amigos. Como lo era Raquel hasta que murió, me cago en la hostia. *Tanto fill de puta*⁶ estafando, robando y jodiendo a los demás y le va a tocar morir a una tía como Raquel. Cuando los conocí me cambió la vida. Me

6 En catalán: hijo de puta

comenzó a pesar menos el bar, ¿sabes? Porque con las discusiones y las tertulias parecía que todo tenía más sentido, que todo era más interesante. Sí, yo no estaba en muy buen momento y ese cambio me ayudó a salir. Tú tampoco, ¿verdad? La puta soledad. ¿Y tú cómo los conociste? Claro, el que no conozca a Fede y Manu es porque no conoce a nadie. Cuando comenzaste a venir trabajabas haciendo retratos en las Ramblas, ¿verdad? No te perdías ni una tertulia. Siempre llegabas cargada con el caballete, la sillita y la caja de pinturas. Eso, de carbonillas. Realmente por aquí no viene mucha gente que lea y que le interese discutir. De esos hay cada vez menos. Y cada vez hay más imbéciles. Estos son malos tiempos para la lírica. Mucho fantasma suelto, mucho posmo inútil. Sí, soy duro. Y hay que ser duro con esos personajes porque si uno los deja levantar cabeza, te meriendan.

Son el nuevo capitalismo. Cuando Diego se vino a vivir aquí hacía pocos meses que había desembarcado en Barcelona. Estaba muy solo pero se las arreglaba bien. Un tío acostumbrado a currar duro, con una vida nada fácil. Entró a trabajar como contable en una editorial y entonces pudo alquilar el piso. Siempre charlamos mucho de la soledad y la distancia. Las cosas que hacen daño. Y también de literatura, de historia, de política. Los dos somos de pocas palabras pero cuando nos juntábamos no parábamos de hablar. Era de los pocos con los que

podía compartir ideas y opiniones políticas en los gloriosos tiempos de la *transició*⁷. La *transició*. Menuda mierda. Él sí que me entendía cuando yo decía que esta transición era una estafa y que nos iban a volver a dar por culo en cualquier momento. El resto estaba encandilado por la muerte de Franco, porque podían ir a las manis sin recibir hostias y por poder votar. Claro que estábamos mejor pero había que ir a por todas, no quedarse sólo con las migas. Había que pillar todo. No lo pillamos y así estamos.

Montse

Siempre me da vueltas el pasado. Lo necesito pero pienso demasiado en él y no resuelvo los problemas del presente. Sí, Roberto, ya sé que ese es el núcleo de mi problema. Pero no veo cómo resolverlo porque es imposible que yo pueda cerrar el pasado. No puedo tampoco darle carpetazo así como así. Y no será porque no le dedique tiempo. ¿Dónde pone su límite el pasado? ¿Hasta cuándo podemos echarle la culpa? Mi pasado comenzó mucho antes de que yo naciera. ¿Cuándo? Yo creo que con la República. Lo siento así. Me duele no haber vivido la República. Todo lo de esa época me gusta. Desde las ideas hasta la forma de vestir. Creo que hay demasiada

7 En catalán: transición

nostalgia en mí. Y no me gusta. Preferiría ser como Eduard. Él es más práctico. No lo paraliza la nostalgia. Con Eduard hablo mucho de la República y la Guerra Civil. Es con el único amigo que puedo hablar de eso como si lo hubiéramos vivido. Me entiende muy bien, no necesito explicarle nada. Parecemos hermanos en la memoria. Le encanta que le explique cosas de mi familia y se pone mal cuando hay detalles que yo no sé y que por como está la situación familiar no sabré nunca. Eduard dice que la memoria histórica tiene que comenzar en las familias, en las casas, por los recuerdos de los padres y los abuelos. Tiene razón, pero en mi caso no hay muchas probabilidades de hacer más memoria de la que se hizo... Hay gente a la que no le gusta hablar del pasado. A mí sí. No sé si pienso que es mejor que el presente. Supongo que algunas cosas sí y otras no. Sí, puede ser que lo idealice. Pero si lo hago para repetir lo bueno que tuvo no me importa. Creo que toda mi vida he luchado por eso. Por rescatar y repetir las cosas buenas del pasado. Pero parece que hoy eso está olvidado. No hay interés en rescatar nada. No hay interés en recordar. Sí, es una herida que debo cerrar. Pero me resisto a olvidar. ¿Cerrarla sin olvidar? ¿Y eso cómo se hace? Tendré que esforzarme en conseguirlo. ¿Y cómo sé yo que es el pasado el que me hace daño y no el presente? Estoy viviendo ahora. Con mis problemas, mi soledad, mi incapacidad de tener una pareja, mi

depresión. Desde que murió Raquel estoy cada vez peor. Ya hablamos de esto. Estoy cada vez más sola. Más nerviosa. Raquel me contenía con su envidiable serenidad. Con ella también podía hablar sin necesidad de explicar nada. Como con Eduard. En realidad su drama era similar al mío. Nos juntábamos a charlar y me tranquilizaba con sólo oír su voz de terciopelo. Una voz que seducía sin proponérselo. Y sus grandes ojos negros con un toque de melancolía. Raquel era bella. Indiscutiblemente hermosa. Y ahora siento que tenía muchas cosas que hablar con ella, muchas cosas que contarle. Y fiel a mi costumbre llego tarde para hacerlo. Hace días que no veo ni a Diego ni a Andrés. Los extraño mucho pero me parece que me da miedo acercarme a ellos. No sé por qué. Sí, miedo. Miedo de hacerles daño. Sé que debería hablar con ellos y no puedo. No puedo y no quiero. Me dan miedo los temas que puedan salir, como si la muerte de Raquel nos dejara desnudos. A veces me pregunto si no sería mejor olvidar todo. Abrir las compuertas y que se inunden los recuerdos. Tiene gracia. Justo yo diciendo esto. Yo que siempre hablo de recordar ahora me atrevo a hablar de olvidar. Realmente estoy hecha un lío. No sé cómo voy a salir de ésta. Yo tendría que haber ido en ese maldito coche. Hubiera sido mucho más justo. Porque yo estoy hecha un guiñapo y en cambio Raquel era feliz y mucho más útil que yo. Yo no tengo a nadie. Ella

sí. No. No me autocompadezco. Miro la realidad. Y no hay más.

Capítulo 3

Diego

En realidad estos cuadernos de Raquel no son un diario. Ella los llamaba su “vida tendenciosa” porque ahí dejaba sus sensaciones, sus ideas, lo que le gustaba descubrir, su opinión sobre lo que veía. Cuando salíamos de viaje se llevaba su cuaderno y escribía casi cada día, antes de acostarse. En casa, en cambio, era más irregular. A veces escribía sobre un anochecer, o la lluvia en su ciudad o su opinión sobre una noticia, una película, un libro o una obra de teatro. Siempre de noche, en la mesita de nuestra habitación. Le encantaba escribir. Con esa letra linda, regular y alargada. Siempre decía que cuando se jubilara escribiría una novela sobre el exilio de los poetas. Raquel pensaba que de una manera u otra todos los poetas son exiliados. Tenía el tema pensado y discutido. Creo que en realidad tenía toda la novela en su cabeza. En alguna de las tertulias en lo de Eduard habíamos discutido sobre poesía y exilio. Y hablaba mucho de eso con Andrés. El gusto que tiene Andrés por la escritura es una herencia directa. Me causa una sensación rara estar leyendo ahora los diarios de Raquel. No me gusta. Ella me

los daba cuando terminaba de escribirlos, pero yo nunca leía más que unas pocas frases. No sé. Siempre pensé que eran privados. Que yo no tenía derecho a leerlos. Cuando se lo decía, ella se reía y me contestaba, con su sonrisa burlona: “Lo que yo no quiero que leas jamás lo encontrarás”. ¿Habrás escrito cosas que no quiso que leyera? ¿Por dónde andarán?

“Domingo 14 de febrero de 1982. Llegamos a la vieja casa de la abuela de Montse el viernes pasadas las 7 de la tarde, ya de noche.”

Qué mina fenómeno que es Montse. Siempre decía que no era bueno que los médicos se hicieran amigos de sus pacientes y sin embargo Raquel y ella se hicieron íntimas. Venía mucho a casa, salíamos a caminar, pasábamos muchas horas juntos. Cuando murió Raquel comenzó a venir menos. No sé por qué. Con la muerte se mueren muchas más cosas que una persona. Por suerte el otro día vino y pudimos hablar largo y tendido. La quiero mucho, tenemos montones de cosas para compartir y quién sabe si la volveré a ver. Estos últimos días cada vez que veo a alguien querido estoy a punto de arrepentirme y mandar este viaje a la mierda. Me cuesta mucho explicarles a los amigos por qué me vuelvo. Me cuesta mucho explicármelo a mí mismo. Creo que me da todo un poco lo mismo y me voy por ver qué pasa. En realidad lo que realmente me hace

dudar sobre si irme o no irme es separarme de Andrés, dejarlo. No sé si podré aguantar estar lejos de él. Pero al mismo tiempo Andrés me insiste para que vaya. Dice que me va a venir bien volver.

En ese viaje a Molló, Andrés se la pasó genial. Correteaba por todas partes y entre Conxita y Montse lo mimaron todo lo que pudieron y más. Andrés siempre adoró a Montse. Desde muy chico, como sabiendo que ella lo había hecho salir de la panza de su madre. Montse muchas veces nos hablaba de su abuela y nos insistía para que fuéramos a Molló, el pueblito del Pirineo donde habían nacido ella y su mamá. Decía que nos caeríamos muy bien. Y tenía razón. En el invierno del '82, nos fuimos un fin de semana al Pirineo con ella y con Andrés que entonces tenía un año y medio.

Conxita, era una vieja macanuda, con una memoria envidiable y 82 años a cuestas, la edad del siglo. En los tres días que estuvimos en Molló no paró de contar historias, sobre todo de la guerra civil y la posguerra. Fue ahí donde comprendí lo que Montse y su familia habían sufrido y continuaban sufriendo a causa de la guerra y el franquismo. Había muchas cosas que nosotros no sabíamos de la vida de Montse y de las que nos enteramos en esas charlas. Quién había sido el padre, cómo murió, el silencio opresivo durante la posguerra, las miserias de

algunos vecinos... Varias veces la señora volvía sobre un tema que dijo que nunca se le había olvidado: la imagen de una niña durante el invierno del '39, cuando los republicanos derrotados huían a Francia a través de los Pirineos. Conxita hablaba de la cara de la niña, de su mirada y a mí se me quedó grabada como si la hubiera visto. Era una mirada tremendamente triste, como de alguien mayor. La niña caminaba rengueando de la mano de su padre porque llevaba una pierna de palo.

Raquel

Domingo 14 de febrero de 1982.

Llegamos a la vieja casa de la abuela de Montse el viernes después de las 7 de la tarde. Ya era de noche. Una noche fría de un invierno implacable en la montaña. La abuela de Montse, Conxita, es una señora de unos ochenta años, gruesa, bajita, con una sonrisa dulce y algo ingenua pintada en su cara regordeta y rozagante. Hace un gran esfuerzo por hablarnos en castellano pese a que yo le insisto que nos hable en catalán. Pero sólo le habla en catalán a Montse y a Andrés, a quien levanta en brazos ya en la puerta de la casa. Andrés le sonríe, seductor, encantado de tener una abuela. Al cabo de un buen rato de mimarlo en sus brazos, Conxita nos dice:

“¡Qué ganas tengo de ser bisabuela! Pero mi única nieta no me da el gusto.” Y mirándola a Montse: “*A veure Montse si vas per feina o se't passarà l'arròs*”⁸. No creo yo que Montse le dé el gusto.

Mientras su abuela habla, Montse no le quita los ojos de encima. La mira con devoción, con un inmenso cariño. La señora Conxita cuenta, una tras otra, historias de su vida en ese pequeño pueblito del Pirineo donde ya habían vivido cinco generaciones de su familia y por donde pasaron, en febrero del '39, miles de exiliados que huían del terror después de tres años de guerra, cuando la República caía. La abuela explica, con una voz pausada y su hermoso acento catalán, que ese invierno fue especialmente duro. No alcanzaban la leña ni la ropa. Cada día veía, desde una ventana de su casa, las filas de republicanos que huían de una muerte segura para, muchas veces encontrar otra. Los ojos se le humedecen mientras describe una imagen que no pudo apartar jamás de su mente: la del rostro de una niña con una pierna de palo, caminando hacia el exilio de la mano de su padre. Una niña de pocos años pero que arrastraba una mirada triste, muy triste, como si fuera la de alguien mayor que ya ha sufrido todo lo que se puede sufrir en la vida. Conxita nos dice que día a día, hasta que murió el dictador,

8 En catalán: A ver Montse si te das prisa o se te pasará el arroz

se le presentó en sus sueños esa niña con su pierna de palo. Tan chiquita... “*Pobre angelet*”⁹, dice la señora Conxita, “no es justo, no es justo que un niño sufra tanto. De ese sufrimiento no podrá recuperarse nunca. ¿Qué habrá sido de esa niña, *pobreta*?”¹⁰.

La señora Conxita nos cuenta que durante todos estos años no hay un solo día en el que no piense en esa niña, en la guerra, los muertos, las bombas, la sangre, el hambre y el manto gris de la venganza que se tendió sobre este país en la posguerra. “Y ahora dicen que hay que perdonar y olvidar.” -decía- “¿Alguna vez pidieron ellos perdón? ¿Acaso se olvidaron de hacernos mal algún día durante esos 40 años? Yo no estoy aquí para olvidar ni para perdonarlos. No lo haré jamás. Que los perdone Dios, si quiere. Al fin y al cabo su Iglesia apoyó a los asesinos. Ahora que se haga cargo”

Eduard

La Montse es una tía con un par. Esa sí que es republicana. Y no de piquito, como muchos de los que andan por ahí diciendo que son republicanos pero pierden el culo por saludar al rey. De casta le

9 En catalán: Pobre angelito

10 En catalán: pobrecita

viene al galgo: su padre peleó en el Frente de Aragón. Pero no porque lo obligaran, no, fue porque lo único que él quería era echar a los fascistas. Hizo lo imposible por luchar por la república y eso que era un crío. Fue a buscar al ejército republicano después de que los nacionales asesinaran a toda su familia en Zaragoza. Él lo único que quería era luchar contra los nacionales y defender la república. Le daba igual con quién se enrolaba. No sabía de política. Era un chaval muy joven, que apenas había ido a la escuela. Se enroló en Barbastro en la columna Ascaso, la de los anarquistas.

Cuando acabó la guerra se echó al monte. Esa era la manera de seguir luchando y al mismo tiempo de salvar el pellejo. Por lo menos durante un tiempo. A tipos como él si los pillaban cuando ya se había acabado la guerra, con suerte los metían en prisión. Con menos suerte los fusilaban. De ahí que quisiera poner tierra de por medio yéndose al Pirineo. Allí comenzó a hacer de correo de Francia a España por la zona de Molló con la gente del Quico Sabaté. En una de esas incursiones conoció a la mamá de la Montse cuando la abuela le dio cobijo en la casa familiar. Se ve que llegó hecho un desastre después de caminar de noche tres días sin comer. Fue un flechazo. Se enamoraron y la dejó preñada. Un tiempo después lo pilló la Guardia Civil y lo colgó malherido de un árbol. Malherido pero vivo. Dicen que se lo comieron los lobos. Así eran y así siguen

siendo esos *fills de puta*¹¹. ¿Que cómo sé todo eso? Pues me lo contó la Montse. Hemos hablado mucho con la Montse en este bar. Y eso que es muy callada. Pero como dirías tú: tenemos buena onda. A ti, Silvia, siempre te interesan estas historias. ¿Las historias que reconstruyen las vidas? Pues sí, tienes razón, son historias que reconstruyen vidas y por eso no se pueden perder. Hay que preguntar a tiempo a los que vivieron antes. Pero mira por dónde: tú los tienes lejos y yo ya no los tengo. *Estem fotuts*¹².

Fede

¿Pero qué pasa con Montse y Adrià? No lo entiendo. Durante bastante tiempo creí que iban a terminar juntos. Pero ahora... Yo creo que están enamorados pero hay algo que no los acaba de unir. Parecen hechos el uno para el otro y sin embargo no se lanzan. Ahora es más difícil por el tratamiento que hace Adrià. Todos lo cuidamos como si fuera de porcelana y se lo merece. Pero bueno, en algún momento tendrá que volver a integrarse. Espero que el tratamiento sea efectivo y que no se quede como un monje de clausura, porque lo que es ahora... No

11 En catalán: hijos de puta

12 En catalán: Estamos jodidos

soy bestia, Manu. No me vas a negar que ahora parece que estuviera enclaustrado. Evita todo lo que le puede recordar el alcohol y lo entiendo, pero algún día va a tener que convivir con eso como todos nosotros. Y si cada vez que tenga una discusión o entre a un bar va a estar en peligro de volver a caer, *malament*¹³. Espero que sí, que poco a poco vaya saliendo porque si no tendrá que cambiar de médico. Pero bueno, a lo que íbamos. Me resulta absurdo verla a Montse sin pareja, con lo interesante que es. Sí, hay muchas personas sin pareja y que son atractivas. Es cierto pero no sé por qué en ella me resulta más llamativo que en otras. Supongo que porque se los ve a los dos loquitos el uno por el otro, ¿no te parece?. Basta ver cómo se miran cuando están juntos. A veces parecen adolescentes. ¿Nunca se dijeron nada? ¿Vos creés que habrán sido tan boludos? Sí, ella es la reina del silencio. Y él, bien *talanca*¹⁴ cerrado, cerrado. Hay historias de amor difíciles de entender. Sí, todas son difíciles de entender. Pero esta me da un poco de bronca porque de afuera la veo facilísima de concretar. Basta con que uno de los dos hable. Son los dos reservados pero me parece que por motivos distintos. Adrià simplemente es tímido. Montse siempre me dio la impresión de que no quiere hablar de sus cosas para no hacerse daño. Su vida

13 En catalán: mal

14 En lunfardo: catalán

personal y familiar ha sido muy dura. Con la única que hablaba siempre era con Raquel. Supongo que Raquel tendría más claro por qué no estaban juntos Montse y Adrià. Sí, tenés razón: con Eduard también habla mucho. Pero no sé si como para confiarle sus secretos de amor. Pero bueno, no le echemos toda la culpa al silencio: también pueden irse a la cama sin hablar. Conozco a algunos que no hablaron mucho antes de irse a la cama.

Espero que arreglen su historia. Me dan ganas de hacer de Celestina. Aunque a vos se te da mejor. Los quiero mucho, sobre todo a Montse porque la conozco más. La hemos visto muchas más veces en lo de Eduard y en lo de Raquel y Diego. Y en casa, sí. Una tarde vinieron Raquel y Montse y lo esperaron aquí a Diego, ¿te acordás? ¡Cómo se querían! Se tenían una confianza ciega. Creo que entre ellas hablaban de cosas que no hablaban con nadie más. Para Montse es como si se le hubiera muerto una hermana gemela y todavía no se ha repuesto. Yo también pienso que no se repondrá de esa pérdida. Está todavía más reservada que antes. Y triste, muy triste. Supongo que la terapia le hace bien. Por lo menos tiene a quién contarle sus problemas. No sé, yo no la veo bien. Muy ensimismada.

¿Qué hicimos de cenar esa noche? Uy, cierto, sí. Te salió riquísimo.

Ema

Viernes 28 de marzo de 1980

Querida hijita

¡Estoy tan contenta! No me lo puedo creer. ¡Voy a ser abuela! ¡Al fin una linda noticia! Cuando lei tu carta se me saltaron las lagrimas y me puse a reir. Todo al mismo tiempo que tonta. Ya le estoy tejiendo una mantita para la cuna. Veremos quien te la lleva y si no te la mando por correo. ¿Ya se te nota la pancita? ¿Y Diego está contento? Seguro que está baboso por las fotos tiene pinta de esos hombres que adoran a los niños.

Como te imaginás ya empecé a contar la noticia. Ayer cuando lei tu carta fui corriendo a lo de Analía. Lo primero que me dijo es que esperaba poder llevar al zoologico al nene porque ella dice que va a ser nene. Y ya sabés que es medio bruja para esas cosas. Después me fui a la plaza y les conté a las mamis. Se pusieron tan contentas. Una de ellas me dijo que las noticias de los nacimientos eran las mejores noticias que había. Y tiene razón hijita. Con tanta pena y tanta muerte los nietos son lo unico que nos puede rejuvenecer. Otra me dijo que tenía suerte de no nacer aquí. Me dio una pena.

Las cosas siguen igual. Supongo que allá te enterarás de todo mas que nosotros. Ultimamente no me veo con mucha gente. En realidad solo veo a Analía porque me anima y ya sabés como es y a las mamis que me dan fuerzas para seguir. Es muy raro como una cosa asi te cambia la vida y te hace conocer gente que nunca pensaste que ibas a conocer.

Bueno querida no te doy mas la lata con cosas tristes que ahora vos llevás la felicidad adentro.

Asi que aqui se despide tu mamá que te quiere mucho mucho como la trucha al trucho.

Besos y muchas felicidades.

Y felicitalo de mi parte y mandale un beso grande a Diego que siempre todos felicitan a la mamá y nunca le dicen nada al padre que algo hizo no?

Mamá

Montse

*Echo a faltar*¹⁵ a la *iaia*. No tengo quién me cuente cosas de la infancia de la mama en Molló,

15 Catalanismo: echo de menos

ordeñando la vaca, jugando en el campo, llevando las ovejas a pastar hasta que vino la guerra y cambió todo. Se acabaron la infancia, la juventud y la felicidad. La *iaia* tenía muy buena memoria. Como si se hubiera quedado con toda la memoria que perdió la mama. Era como la ventana a mi historia. La memoria de la familia. Ahora ya no tengo testigos que me ayuden a recordar. Me tengo que resignar a ignorar para siempre partes de mi historia. Nunca sabré dónde está muerto mi padre. La abuela tampoco lo sabía pero tal vez con algún dato que supiera podría haberlo rastreado. Hay partes de mi vida que nunca podré cerrar. Tal vez por eso piense tanto en mi pasado. Para cerrarlo de una vez aunque me encuentre cómoda en él. Es como si me abrigara, me protegiera. Muchas veces, cuando estoy sola en casa cierro los ojos y me imagino los lugares de los que me hablaba la *iaia*. Entonces me ubico en uno de ellos y lo veo en distintas épocas: ahora, durante la guerra, durante la República. Y si estoy en el pasado me veo a mí misma con la ropa de la época, hablando como en las películas.

A veces pienso que si hubiera vivido durante la guerra civil me hubiera tocado operarle la pierna a esa niña de la que siempre hablaba la *iaia*. Y se la habría salvado y ahora caminaría. Bueno, sería muy mayor. O estaría muerta. Es como un sueño pero yo lo sueño despierta. Siento que el tiempo se detiene y rebobina las imágenes de la memoria. Como una

película antigua. Todo es cuestión de tiempo. El maldito tiempo. Siempre viene cuando uno ha decidido marcharse o aún no ha llegado. Yo llegué tarde y no estuve en la guerra civil. Suerte de la *iaia* que me explicó muchas cosas. Pero no es lo mismo. Sí, yo hubiera querido estar. En realidad hubiera querido estar en la República. Colaborando. En esa época se gestó la parte más importante de mi vida y ahora no tengo con quién compartirla. Sí, con Eduard, es cierto. La parte más importante de mi vida se gestó antes de que yo hubiera nacido. Curioso, ¿verdad?. Tendré que resignarme a no conocer la mayoría de las cosas de esa época. La *iaia* era la última testigo. La echo mucho a faltar. Fue mi otra madre. La mama, pobre, no pudo enseñarme todo lo que hubiera querido y la *iaia* ocupó su lugar muchas veces. No estoy segura de haberle dado las gracias como se merecía. Ahora no puedo arreglarlo porque llegué tarde a su muerte. Sí, se lo expresé con mi cariño. Siempre supo que yo la quería mucho. Pero el llegar tarde es un tema que siempre me atormenta. También llegué tarde a la muerte de Raquel. Y no pude decirle cuánto la estimaba. Aunque esa muerte no cuenta. No le dio tiempo a nadie. Todos llegamos tarde a su muerte salvo ella que llegó demasiado pronto. Soy puntual pero en mi historia siempre llego tarde a todo. Cuando tuve edad de preguntarle cosas a la mama, ella ya había perdido la memoria. Sí, comenzó muy joven pero yo

llegué tarde. Llego tarde a mi propia historia y entonces me parece que todo sucede sin mí. Ya sé que no es así, que son llegadas tarde muy distintas. Pero es lo que siento. Es como lo de Adrià. Cuando comprendí que lo quería, ya era tarde. Él se había alejado. No, ahora no puedo decirle nada. Está con su maldita cura de deshabitación y hay que cuidar mucho de que no se desestabilice. Y no querría ser yo justamente la causante de su desestabilización. Aunque tal vez no quiera decirle nada. Ahora no estoy segura de quererlo como lo estaba antes, cuando le escribí aquella carta. No siento lo mismo por él. Desde que murió Raquel tengo la sensación de que el hueco que dejó ella no lo puede llenar nadie. Y no me imagino a Adrià llenando ese hueco.

Andrés

El mundo de otros niños

Yo también habito en esa fina línea de la que siempre hablaba mamá: la franja del exilio. Una franja que heredé junto a nostalgias y amores que no eran míos. Una vez le pregunté por qué la llamaba así. Ella pensaba que estaba ubicada entre lo que habían sido en Argentina y lo que eran en Cataluña. No llegaban a poseer del todo lo actual y no habían perdido del todo lo pasado. No podían decir que

seguían siendo de “allá” pero tampoco eran totalmente de “aquí”. Esa situación era para ellos el exilio y en ella vivían. En mi caso había una inversión de esa situación: yo no poseía del todo el pasado de ellos y nunca iba a perder lo que tenía aquí. Pero la sensación de ser exiliado estaba continuamente presente. Mis padres siempre decían que el exilio era una situación irreversible aun si uno volvía a su lugar de origen. Yo sentía que un exilio prestado como el mío también era irreversible.

En un momento dado comencé a ser consciente de lo que mis padres habían sufrido, de lo que representaba el exilio. Cuando supe que ese exilio no era mío pero me pertenecía, la parte más dura de él ya había pasado, las aguas corrían más claras. Poco a poco me fui dando cuenta de que ninguno de mis tíos era hermano de papá o mamá como los de mis compañeritos de colegio. Manu, Fede, Montse y Eduard eran los hermanos de exilio de mis padres. Y eso tenía otro valor, otro significado. Sobre todo porque mi único tío verdadero estaba desaparecido y era inexistente para mí.

Recuerdo una canción que a mis padres les gustaba mucho y la escuchaban cuando yo era pequeño. Era de un cantautor italiano y sus versos finales decían: “Dai diamanti non nasce niente / dal letame nascono i fiori”. De los diamantes no nace nada, del estiércol nacen las flores. Tardé en entender el real

significado de estos dos versos hasta que comprendí que mis padres habían huido de un universo de desolación, miedo, ausencias y muertes y aquí se conocieron y aquí se amaron e intentaron construir otro universo en el que las ausencias pertenecieran sólo al que habían abandonado. Algo hermoso había crecido de algo tan terrible como el exilio. Y en ese nuevo universo nació yo. En esa época de noticias de terror la llegada de un niño era un gesto tan vital como el comenzar a construir un mundo nuevo. No sólo traíamos nuestra propia vida. Éramos la representación de la vida misma. La nuestra y la de todos. Eso era cargar con una responsabilidad de la cual yo todavía no era consciente. Poco a poco lo fui siendo y entonces, si bien a veces me pesaba, en general me sentía orgulloso de ella. Viví un exilio que no era mío pero que era todo mi ser. Como si yo hubiera hecho también esos diez mil kilómetros para nacer en el extranjero.

Una noche me desperté angustiado y con mucha ansiedad. Recuerdo que era otoño y hacía frío. Me quedé bajo la manta con los ojos abiertos intentando continuar la historia del sueño que me había despertado: yo había nacido en Buenos Aires y crecía allá como todos mis amigos, varios de los cuales eran mis amigos catalanes que en el sueño yo había mudado de país. Pero el convencimiento de haber nacido en el extranjero persistía y eso era lo que me producía la angustia y la ansiedad que me

había despertado. No importaba dónde yo hubiera nacido: siempre habría nacido en el extranjero.

Capítulo 4

Alguien cualquiera

De espaldas a nosotros un hombrecito mira hacia la otra punta del puente. Tal vez sea la orilla que le gusta o la que habita su amante o en la que nació o en la que quiere morir o en la que tiene un trabajo. Su espalda contracturada parece que se contornea como una serpiente. Se tapa los oídos con las manos como si no quisiera oír algo terrible. Sin embargo el puente está en silencio. Seguramente ese sonido horrible sale de él y sólo él lo escucha. Creo que hay enfermedades del oído o del cerebro que provocan ruidos internos insoportables. Pobre tipo, debe estar a punto de enloquecer. En el puente sólo estamos él, mi amigo que mira apoyado a la barandilla y yo, que comienzo a estar harto de hablarle a mi amigo sin que me escuche y de esperar algo que no vendrá. Creo que será mejor que me vaya. El tipo que se tapa los oídos está comenzando a temblar y no tolero ver sufrir a la gente. No pinto nada aquí. Yo no lo conozco y no puedo ayudarlo. Además mi amigo no me escucha y no tiene ganas de hacerlo. Voy a irme por donde vine. El hombrecito sigue mirando a la otra orilla.

Nunca estuve allí. No sé qué habrá. Tal vez se vive mejor que de este lado. Tal vez haya más trabajo. O gente más sana. O puede ser que no y que sea un lugar igual a éste. O peor. Pero si es mejor el hombrecito tendría que cruzar porque si lo hace puede ser que no oiga esos ruidos terribles que ahora lo vuelven loco. Yo me siento solo porque mi amigo no me escucha. El hombrecito parece más solo que yo porque sólo escucha sus propios gritos.

Diego

Estas van a la maleta pequeña. No me quiero separar de ellas, son una reliquia. Si el que viajara fuera Andrés, las llevaría todas en un pen drive. Cuando llegue le pediré a alguien que me las digitalice así las archivo junto a las que comenzamos a sacar hace no mucho con la camarita digital. Si no las acabaré perdiendo. Y no me gusta nada perder fotos porque me parece que es como perder parte de esos momentos que vivimos. Aquí está la que me mandó Ema. Se la había dejado Raquel en un cajón de su habitación y a Ema le gusta mucho. A mí también. Está jovencita. Debía tener 18 años. Con sus ojazos negros un poco melancólicos. Contrastan con la sonrisa con la que mira a quien hace la foto.

¿Quién sería? ¿Un noviete? Fuera quien fuera le regalaste una preciosa sonrisa.

Ésta es la primera que me saqué con Raquel. Estamos en el parque Güell. Está un poco descolorida por los años, pero es lindísima igual. Me la llevo conmigo dentro del libro de poemas de Andrés. ¡Qué linda que estás! Tenés la cara mitad al sol y mitad a la sombra. Me gusta mirarla y luego cerrar los ojos. Entonces lo sombreado se ilumina y me encandila. Parece que te vas a salir del papel y me vas a pedir que silbe un tango. Me acuerdo que el fotógrafo no quería sacarnos la foto contra la puerta de hierro forjado que nos parecía preciosa. Él prefería en los arcos. Ganamos nosotros. 7 de enero del '79. La fecha está escrita con tu hermosa letra alargada.

Cómo amabas esta ciudad. La amaste desde que pusiste un pie en ella. Tanto la amabas que a mí siempre me costó decirte que yo extrañaba Buenos Aires. Todavía era fuerte la nostalgia de lo perdido. Vos, en cambio habías decidido cambiar de terruño. Cuando hablabas de Barcelona la llamabas "mi ciudad". A mí me gustaba. Me producía una sensación extraña pero agradable. En cambio a otros les daba una bronca bárbara, sobre todo a Carlos y Tita. Para vos Buenos Aires era sólo un recuerdo, un lugar de emociones sepultadas, la cucha vacía de un perro al que echaron a patadas.

Sólo te ablandaba el tango. Ahí sí. Tardes enteras recordando tangos que vos cantabas y yo escuchaba embelesado. Yo, que nunca pude cantar dos notas seguidas. Una vez te dije que algo extrañarías a Buenos Aires si te emocionaba tanto el tango. Me contestaste que también te emocionaba una suite de Bach y sin embargo no habías pisado nunca Alemania. Un buen argumento. Aunque. No sé. En el fondo, eso del tango... Creo que no te querías ablandar.

Enero del '79. Yo ya llevaba seis meses aquí. En la foto estoy sonriente, feliz. Y sólo habían pasado seis meses desde el día en que llegué. Qué tristeza. Qué soledad sentí en el muelle aquel día. Mientras el barco se alejaba iba dejando una estela en el agua. Parecía irse muy lentamente y sin embargo al poco tiempo se había hecho un puntito en el horizonte. Su marcharse era curiosamente silencioso si uno lo compara con el murmullo constante y pesado que se oye dentro. La imagen era la de una película de los 40. Un señor joven, de pie junto a una valija mira alejarse un barco como si quisiera decirle algo. Pero el barco ya no oye. Y si oyera no entendería. Qué puede entender un barco. Sólo sabe de llevar y traer gente. Indiferente a los porqués. Creo que mientras lo miraba alejarse tuve pánico de que la soledad que me apretaba como una loza se quedara en mí para siempre. El barco me había abandonado y volvía a estar sin casa. Ahí se iban los tres o cuatro amigos

que había hecho en el viaje. Seguían a Italia. El abuelo de Hugo siempre contaba que cuando emigró de Rusia a la Argentina hizo tres amigos de los que nunca se separó. Los llamaba, en idish, los freundschiiff. Los amigos del barco. Y ahora yo entendía el por qué de esa amistad tan entrañable. Nunca había sentido tanta soledad como cuando el barco zarpó del puerto de Buenos Aires. Pero no me imaginé que la de la llegada sería todavía peor. Y no tenía las señas de ninguno de mis freundschiiff simplemente porque no sabían dónde iban a acabar viviendo. Entonces entendí que esa era la soledad, que yo antes de ese momento nunca había estado solo.

Raquel

Sábado 6 de enero de 1979

Hoy fue un día especial. Siempre son especiales los momentos que paso con Manu y Fede. Estar en casa de ellos es convivir con la calidez que los envuelve. Tienen la maestría de la palabra y el silencio justos. Los quiero con locura. ¡Me ayudan tanto a superar esta angustia constante! Y lo hacen con la naturalidad de los buenos tipos, los que jamás te pasarán cuenta por lo que hacen por vos.

Realmente fue una bendición que estuvieran en Barcelona.

También estaba un amigo de ellos que se llama Diego. Una persona muy interesante que me cayó muy bien. Es un hombre lindo. De los que piensan antes de hablar. Hacía mucho que alguien no me atraía como él. La experiencia del exilio lleva tiempo digerirla y yo llevo sólo seis meses. Seis meses muy intensos. Los más intensos de mi vida. Supongo que ahora estoy más tranquila, con las cosas elementales solucionadas. Creo que hace un par de meses no me hubiera fijado en un hombre como me fijé en Diego. No me lo hubiera podido permitir.

Manu y Fede hicieron una comida persa exquisita: pollo con yogurt y azafrán. Y arroz blanco para acompañar. Había también varios tipos de ensaladas. Se toman la cocina como un arte y ellos son unos verdaderos artistas cocinando. No les gusta que uno entre a la cocina cuando están creando pero a mí me dejan mirar desde la puerta. Allí me siento y los miro con el mismo interés con el que miraba trabajar al señor Regolio, el escultor que vivía en la casa de al lado de la nuestra cuando yo era chica. Me pasaba horas sentada en su taller mirando cómo movía sus manos y mágicamente hacía aparecer figuras de las piedras. Lo mismo me pasa con Manu y Fede cuando los miro cocinar.

Durante la comida el tema central de la charla fue el exilio y cómo cada uno de nosotros lo estaba asumiendo. Fede y Manu llevan más de dos años aquí y se adaptan bien. Ellos mismos dicen que pasaron el período de prueba y que ya tienen contrato fijo de exiliados. Los nuevos éramos Diego y yo que también hablábamos con tranquilidad del tema pero me parece que con la intención de aligerar el drama. El día a día lo tenemos solucionado pero el exilio hace su trabajo en el fondo de cada uno.

En la larga sobremesa oímos algunas de las maravillosos discos que tienen Fede y Manu. Diego es un melómano como ellos y aunque nunca estudió música sabe mucho de historia y de musicología. Le encanta la ópera y los tangos. Fue un gusto escuchar los comentarios que hacían los tres sobre lo que escuchábamos. Pusieron un disco de una contralto inglesa con una historia conmovedora. Le diagnosticaron un cáncer de mama cuando tenía 40 años. En una actuación, un tiempo después del diagnóstico, tuvo una fractura de un hueso de una pierna por una metástasis. ¡Y siguió cantando hasta terminar la función!¹⁶ Todos comentamos el amor a la música que debía tener esa cantante para superar el inmenso dolor y continuar la función. La charla derivó hacia las cosas que se hacen por amor y yo

16 Se refiere a Kathleen Ferrier

les dije a Fede y Manu que ellos eran un ejemplo. Ellos y la mayoría de los homosexuales que pese a todos los agravios, ataques e insultos llevaban adelante sus historias amorosas. Hablé un buen rato y en un momento dado me di cuenta de que ellos tres me miraban en silencio. Creo que me dio vergüenza no sé de qué y me callé. Ellos tres se sonrieron y Diego aplaudió. Más vergüenza todavía...

Ya era tarde cuando Diego y yo nos fuimos y pese a que hacía mucho frío caminamos un largo rato. Luego nos metimos en un café cerca de las Ramblas y allí nos contamos parte de nuestras historias. Diego llegó a Barcelona unos días después que yo pero en barco. Por primera vez me fijé en cómo cambia la perspectiva el haber hecho el viaje en barco o en avión. Diego mira al mar de otra manera. Con cierto grado de complicidad y cariño. Para él es algo familiar. Me comentó que el viaje había durado 17 días y que por primera vez en mucho tiempo se sintió protegido. Varios amigos habían caído y en Buenos Aires tenía mucho miedo, estaba inseguro. Como yo. Era casi cómico oírlo contar cómo había agarrado una valija, la había llenado, se había subido a un barco y se había venido. Lo contaba como si esta sucesión de hechos se hubieran encadenado sin solución de continuidad. Hechos simples que conforman uno trascendental. ¿Qué se mueve en nuestras cabezas cuando decidimos algo tan importante? Me contó que fue en el barco en

donde se dio cuenta del paso que estaba dando. En las largas horas en la cubierta, mirando hacia el lugar al que iba y que no conocía. Diego habla de una manera pausada, como pensando cada palabra. Escucharlo me provoca una sensación muy dulce. Hacía tiempo que no me sentía así. Cuando nos despedimos me dijo sonriendo que es bastante callado pero que no se acordaba de cuándo había hablado tanto como hoy. Ya en casa no puedo dejar de pensar en esa tarde. Me siento absolutamente atrapada por ese hombre. Como si fuera una adolescente.

Quedamos en ir mañana al parque Güell. Él no lo conoce y yo me ofrecí a llevarlo. En realidad conoce poco Barcelona. Tengo ganas de hecerle de guía. Y sobre todo de volver a verlo.

Ema

Martes 30 de enero de 1979

Querida hija

Me gusta tanto recibir tus cartas. Las leo en voz alta y me imagino que estoy charlando con vos.

Que lindo lo que me comentás de la comida con Manuel y Fede. Me gustaría conocerlo a Fede que

seguro que es como Manu un pan de Dios y verlo a Manu que hace tanto que no lo veo. ¿Sigue teniendo esos ojos tan grandes y tan lindos? Siempre fue un nene divino y cuando empezó a crecer volvía locas a todas las chicas del barrio. Mirá vos. Que raro que es todo. Hay cosas que no entiendo pero yo ya soy vieja. Lo importante es que la buena gente se quiera. Y si ellos se quieren ya está. Así que te dieron una comida fenomenal. Manu siempre cocinó muy bien. Su mamá que en paz descanse siempre decía que cocinaba mucho mejor que ella. Te voy a decir que eso no era difícil porque la verdad es que la Coca no era ninguna Doña Petrona¹⁷. ¿Y ese chico que había quien era? Contame mas cosas porque me parece que te lo pasaste muy bien pero no me contás muchos detalles. No seas seca y dame noticias lindas que me den alegrías que buena falta me hacen. Por aca las cosas siguen igual. El tiempo va pasando y Ricardito no vuelve a veces me desespero pero sigo buscando y moviendo cielo y tierra. Las señoras de las que te hablé me hacen mucha compañía y me ayudan. Bueno todas nos ayudamos. No te preocupes por mí que tu mamá es fuerte y podrá también con esto.

Te extraño y te quiero mucho mucho como la trucha al trucho

mamá

17 Doña Petrona C. de Gandulfo: famosa cocinera argentina

Fede

Era lógico, Manu. Nos sentíamos todos muy solos. Al principio era más fácil contactarse con argentinos. Pero muchos comenzamos a abrirnos, a relacionarnos con gente de aquí no bien pudimos. En seguida nos hicimos compinches de Eduard, de Montse, de Adrià. Ahora tal vez a Raquel le hubieras buscado un novio catalán. No te hagás el zonzo. Claro que se lo buscaste vos. Y se lo conseguiste. No digás que no, moviste cielo y tierra hasta que conseguiste invitarlos a los dos a casa. Y que no viniera nadie más. Hiciste de celestina finolis, de alto nivel pero celestina al fin. Porque vos hacés esas cosas y no se te nota, tenés un don especial. Me encanta que los hayamos presentado. Raquel se quedó enganchada en seguida y Diego ni se dio cuenta. Sí, como suele pasar. Fue un día tan lindo... Todavía teníamos la mesita de fórmica, ¿te acordás? ¿Quién tiene esa mesita ahora? Es verdad, se la pasamos a Silvia y Miquel cuando se fueron a vivir juntos. No tenían un *mango*¹⁸. Era horrible, pero con la manta negra y gris quedaba divina. Parecía *pituca*¹⁹ y todo. No me acuerdo de lo que cocinamos pero sí me acuerdo que al final de la comida

18 En lunfardo: peso, unidad de moneda

estábamos todos muy llenos y bastante alegres. Con el café pusimos el área "Che Puro Ciel" de "Orfeo y Eurídice" a pedido de Diego. Pusimos la versión de la Ferrier ¿No te acordás? Y después el Sexteto nº 1 de Brahms. Me lo acuerdo perfectamente porque la conversación se había aplacado y en el andante casi nos ponemos a llorar todos. Nos vino una melancolía mala, mala. Después vos dijiste "Basta" y pusiste salsa o algo así.

Cuando se fueron vos estabas radiante, triunfal. ¿Te acordás que esa noche llamó Raquel, tardísimo y nos despertó? No paraba de hablar y de contarte que la había pasado fenómeno con Diego. Y vos, con el sueño que tenías te ibas quedando dormido con el teléfono en la mano. Me acuerdo de tu cara como si fuera hoy. Y no, vos no te acordás porque estabas dormido pero Raquel tenía tal excitación y gritaba tanto que hasta yo podía oírla. ¡Estabas tan gracioso con el teléfono en la mano y los ojos ausentes! Se habían ido a caminar y Raquel le mostró un montón de lugares que a ella le gustaban y que Diego no conocía. Y claro que ya estaba prendada. Qué linda pareja que hacían. Ella tan espontánea, decidida y comunicativa y él siempre más medido, pensando y dándole vuelta a las cosas. ¿De chiquita también era así? No me extraña, me la

19 En lunfardo: Que pertenece a una clase social alta y da muestras de ello en su vestimenta y aspecto exterior

imagino bien gamberra, trepándose a los árboles, tirando piedras, tocando los timbres para después salir corriendo. En cambio a Diego me lo imagino jugando solo, como un niño triste. Y qué sé yo. Es lo que me imagino. Porque es tan reservado... Es el mejor amigo que nos queda y sabemos tan poco de él, de su infancia, de... Por no saber no sabemos ni por qué se vuelve.

Eduard

Ya habían venido una cuantas veces juntos al bar. Se les notaba el buen rollo que tenían entre ellos. Ya sabes cómo es Diego. No se manifiesta mucho. No me había dicho una palabra sobre Raquel. Simplemente un día ella comenzó a entrar al bar con él. Diego es muy de darle al coco y en aquella época, con toda la carga que traía encima era frecuente que estuviera reconcentrado. Y eso que conmigo hablaba mucho. Yo no soy muy diferente, tienes razón. Pero cuando conoció a Raquel, cambió. Se lo veía más relajado. Hasta más *xarraise*²⁰. Un día, a la hora que siempre bajaba Diego para tomar su café con leche y su cruasán, entraron juntos. Diego traía una carita que era para filmarlo. La miré a Raquel y le dije que en el kiosco vendían cepillos de dientes. "Tonto", me dijo, "ya me

20 En catalán: que habla mucho

traje uno: vivo aquí". Y yo sin enterarme. "A mí sólo me piden fiado", les dije. "Nadie me cuenta las buenas noticias. Cabrones. Esto hay que celebrarlo. Yo pago las copas de coñac". Y puse tres copas de aquel de ahí que todavía tiene un poco. Por aquí nadie toma un cognac tan caro. Pero la ocasión lo valía. Brindamos y reímos. Pensé que no se podía pedir nada más para ser feliz. Mis amigos juntos. Recuerdo que le dije a Diego que si él había conseguido a una mujer como Raquel yo no perdía la esperanza. Raquel me abrazó y me dijo: "Sos un gran tipo, Eduard. No sé si habrá una mujer que te merezca". Y mírame. Sigo igual pero más viejo. No me hagas la pelota, Silvia. El tema soy yo, no las mujeres que pueda conocer. Pero Raquel me quería mucho. Y yo a ella. Y ahora fíjate. Ella muerta y mi mejor amigo que se va a tu país. Al final acabaré odiando a ese jodido país. No hace sino darme disgustos. A mí y a mis amigos. ¿Tú no estarás pensando en volver, verdad? Pues claro, mujer. Éste también es un país de mierda pero ya que estás aquí te quedas y ya está. ¿Sabes lo que creo? Que cuando uno sufre una pérdida como la de Diego siempre hace locuras. Algunos se suicidan, otros se vuelven majaras y otros se vuelven a Argentina. Prefiero que se vuelva a que se suicide. Sí, ya sé que soy bestia. Siempre lo fui. Pero ahora es peor. Me encuentro jodido y tengo miedo de volverme más

gruñón todavía. Sin Raquel y sin Diego me doy miedo. Por primera vez le tengo miedo a la soledad.

Disculpa, guapa. Te estoy poniendo la cabeza como un bombo. Y ya hace rato que deberías haberte ido. Miquel va a decir que soy un explotador y que te hago trabajar horas extras sin pagártelas.

Andrés

La llegada

De pie en una esquina de la vieja Barcelona, una mujer y un hombre miran alejarse su retorno. No se conocen pero sus ojos tienen la misma tristeza de abandono, esa que da el saber que la vuelta atrás es imposible. La imagen tiene un toque antiguo, sepia, brumoso. Las manos sujetan unas maletas llenas de ayer y objetos a los cuales se abrazarán en las tardes turbias tratando de suavizar la caída. Ante ellos una ciudad pálida. Un mundo deshabitado de recuerdos. La soledad que acecha en camas de pensión, en esquinas oscuras, en mañanas destempladas, en calles que no han pisado nunca. Una ciudad en la que no se nace, una ciudad a la que se llega. La gente pasa a su lado como si todo fuera normal. Es gente extraña incapaz de sentir el dolor y el miedo que el hombre y la mujer exhalan. Gente con el mismo rostro dibujado, un rostro

desconocido, sin sonrisas, sin un gesto de complicidad. Ellos de pie con las valijas en las manos miran el reloj que marca una hora sin sentido y se adentran en un verano que debería ser invierno.

Montse

Querido Adrià:

La única manera de tener tus manos cerca es mirar el dibujo. Nunca sabrás lo que te amé. Lo que te amo. Y eso me apena. Es un regalo saberse querido y tú te lo pierdes. Ya no sé si sufro. Creo que no. Que el sufrimiento se ha transformado en la fuerza de hacer cosas para los demás. Y eso me fastidia porque nunca sé si lo que hago es por solidaridad o por despecho. Aunque no me gusta decir despecho. No me siento despechada. Me siento muda, como alguien que quiere hablar o gritar y no puede. Y aunque abra la boca grande no le sale ningún sonido.

Me gusto más en tu dibujo que en el espejo. En el espejo veo a una mujer sola, con arrugas que nadie acaricia, cansada de esperar. En el dibujo me veo amada. ¿Será cierto? ¿O es que ya desvarío? Siempre me vi amada por ti en tu dibujo. Veo tu mano, en cada trazo que hacías, pasando

suavemente por mi nariz, mis ojos, mis cabellos, mi boca. Mi boca. Al llegar a mi boca levantaste tus ojos del bloc y te quedaste mirándome un buen rato. Sentí que me sonrojaba. Me excité pensando en tu boca y en mi boca. Dijiste que iba a ser difícil hacer algo tan perfecto. Sé que mi boca es guapa pero oírlo de ti fue algo especial. Tus manos volvieron al trabajo en el papel. Yo las veía moverse con una sensualidad tan seductora que no podía sacar los ojos de encima de ellas. La derecha reproducía lo que de mí veían tus ojos con suavidad y dulzura, deteniéndose en cada detalle, recreándolo, acariciándolo. La izquierda cada tanto pasaba ligeramente sobre el papel para borrar algo o quitar una brizna. En el bar no había nadie más que nosotros. El momento era perfecto para decirte lo que sentía. Parecía buscado. Sin embargo. tampoco entonces me atreví. Pensar que de jovencita yo era tan lanzada... No es que no buscara la manera de hacerlo. Te hablé de mí, de mi infancia, de mi juventud y de aquel chico de Molló que me había gustado tanto. Pero siempre hubo en ti algo que no me dejaba avanzar. Una cortina.

Miro el dibujo y vuelvo a sentir que me acaricias cuando con la delicadeza de un maestro deslizas tu mano por la hoja mientras surgen las partes de mi cara. Tú las miras y las remiras y yo sueño que es el amor el que guía tu mano, que tú y yo no nos separaremos más y que yo saldré del dibujo para

besarte mientras tú sigues acariciando mi cabello con tus hermosas manos largas. Ese cabello que tú creas y como por arte de magia aparece en el bloc aunque permanezca en mí y tú te apoderes de él y también de mis ojos, mis orejas, mi nariz, mi boca, mi lengua. Yo sigo allí, amada en el dibujo y tú quién sabe dónde. ¿Me amaste entonces? ¿O es el sueño de una mujer sola que fue feliz de pequeña y no supo serlo de grande? O no pudo. Querer es poder. Y una mierda. Sólo algunas que quieren pueden. Las otras estamos jodidas como lo estoy yo.

Quisiera que esta carta la tuvieras tú aunque creo que no llegará nunca a tus manos. Probablemente la haya escrito más para mí que para ti, intentando aclararme. No sé si lo habré logrado pero es igual: acabará en la papelera.

Capítulo 5

Diego

No me importa que esté toda deshilachada, me la llevo igual. Una gorra de perfecto chulo madrileño, como decía Raquel. Me la compré en el primer viaje que hicimos a Madrid. Íbamos para conseguir no sé qué papel del título o de la permanencia o de la residencia. Nos asustaban los trámites, las colas, el poder absoluto de los funcionarios. Los tipos eran terribles. Siempre teníamos miedo de que uno de ellos dijera: “le falta el sello de cuatro pesetas” o “aquí no figura la compulsa que autentifica la fotocopia de la partida de nacimiento de su madre...” con esa alegría que siempre se les notaba al descubrir una falta que te obligaría a hacer otro trámite y volver al cabo de unos días con más miedo todavía. Pero en ese viaje todo salió bien. Y yo me compré la gorra de chulo y vos una boina gris... “En tus ojos peleaban las llamas del crepúsculo / y las hojas caían en el agua de tu alma”²¹. Lo recitabas siempre que te la ponías...

21 Poema VI de “20 poemas de amor y una canción desesperada” de Pablo Neruda

Seguro que vos ya hubieras separado lo que se viene conmigo y lo que se queda aquí, y las valijas ya estarían listas para viajar. Valijas... hacía mucho que no decía valijas. ¿Cuándo comencé a decir maletas?. Fue hace años. No sé qué palabra me gusta más. Valijas..., valijas..., maletas..., valijas, maletas. Maletas aquí, valijas allá,... Me vine con valijas, me vuelvo con maletas. ¿Qué diferencia hay entre una y otra? La valija sabe todos los porqués. Sabe los porqués de todos los viajes y más aún de uno como este. Creo que la maleta también. El dueño siempre habla con la maleta mientras la llena. Amablemente hace comentarios de cada cosa que le endilga. Hacia el final, cuando la proporción entre continente y contenido comienza a hacerse peligrosamente baja, la amabilidad también disminuye. Y a la hora del cierre ya no existe. Se ha extinguido totalmente. La voz se hace bronca y las puteadas sazonan las torpes maniobras que intentan hacer que los cierres cumplan su función. Dentro de un rato a mí me volverá a pasar eso, tal como me pasó hace 30 años. En esto son iguales las maletas y las valijas. Pero hace 30 años no estaba para muchas historias y no tenía tantas cosas que quisiera llevarme. ¿Caben más cosas en una maleta o en una valija? ¿Cuál pesa más? ¿Llevan lo mismo las valijas que las maletas? ¿Una gorra madrileña puede ir en una valija? ¿Un cañoncito de plomo puede viajar en una maleta? Traje dos valijas y me

vuelvo con tres maletas. Será que uno dedica más tiempo a llenar maletas que a llenar valijas. Las maletas no se tienen que hacer cagando leches y se puede meter en ellas lo que a uno le dé la gana: la biografía de El Ché, los libros de Benedetti, los de Cortázar, panfletos, la boina con la estrella. No necesito deshacerme de las cartas, las agendas, las notas en los papelitos, en los boletos, en las servilletas de papel. No tengo por qué romperlas en pequeños pedacitos y tirarlas de a poco a la taza del water o al río o dejarlas al descuido en el asiento de un colectivo. Pueden ir en las maletas o puedo dejarlas aquí, en esta casa, sin que nadie me detenga en el aeropuerto. ¿Sabés qué? Que me voy a dar el gusto. Voy a dejar tres o cuatro opiniones escritas en este folio: “Me cago en el zángano del rey y en la puta monarquía”. “¡Viva la república!”. “Sigo siendo comunista”. “A los milicos que les den por culo”. “La tierra para quien la trabaja”. “Franco era un asesino y un enano de mierda”. Y el papel lo engancho en la pared con celo. Ya está. Y al que no le guste que se joda... Aunque lo del rey mejor lo quito, por si las moscas.

Son treinta años de acumular historias para llevármelas en tres maletas. No puedo guardar casi la mitad de mi vida en tres jodidas maletas. No cabe. Cada una de las cosas que hay en este piso cuenta un cacho de esa vida. ¿Cómo me la llevo si las dejo? ¿Qué puedo hacer allá sin ellas? ¿Quién contará mi

historia si no están estas cosas? ¿O está en otra parte la historia? ¿Está aquí, en este repasador con la receta de la *esqueixada de bacallà*?²² ¿O en el muñeco de barro que hizo Andrés en el cole cuando tenía 6 años? ¿O en el cañoncito de plomo de Hugo? O en este *caganer*?²³ ¡Qué maravilla! Cuando me instale lo pondré en un lugar importante. Y cuando lo vean seguro que alucinan y preguntan. Y yo, entonces, diré: “Tengo el inmenso honor de presentarles al caganer... El símbolo máximo de la auténtica tradición catalana: un tipo cagando en un pesebre. Es una tradición que se caga en la tradición. El sincretismo perfecto de la escatología, el anticlericalismo y la cultura religiosa. Es sublime.” ¿Dónde puede sentirse a gusto el caganer? En la cocina. Lo pondré en la cocina. Un caganer en la cocina junto al repasador con la receta de la *esqueixada de bacallà*. Así, con mis cosas de siempre a mi lado me sentiré más cerca de todos estos años. Más cerca de la gente linda, más cerca del que yo soy. Estas cosas me las llevo a donde sea. Las pongo en la valija pequeña, la que no despacho, la que me llevo conmigo. Y el cuaderno de Raquel. Y el muñequito de barro. Andrés tenía 6 años cuando lo hizo. Ya era un pibe callado, super responsable. Le encantaba jugar con las palabras.

22 Plato típico de la cocina catalana hecho en base a bacalao

23 Figura de una persona defecando que se suele colocar en los pesebres de Cataluña y Valencia

Desde muy chico le gustaba jugar con las palabras. Cuando se quedaba pensando, en silencio, mirando a lo lejos, sabíamos que combinaba palabras para hacer frases imposibles como “Regresar al futuro” o “Mirar la música” o “El silencio se oía perfectamente”. Cuando descubría una reía como loco.

Ema

Lunes 14 de junio de 1982

Querida hija

Hoy terminó esa maldita guerra. Tendría que estar contenta de que se haya acabado pero no puedo porque pienso en los soldaditos que murieron sin ni siquiera saber por qué por culpa de esos asesinos que los mandaron a morir y que son los mismos que mataron a tanta gente aquí. Y pasó lo mismo que con el mundial de fútbol. Todo el mundo en la calle contentos porque Argentina había ganado el mundial y yo buscando a Ricardito que se me lo habían llevado un mes antes. Cuando el gobierno le declaró la guerra a Inglaterra por las Malvinas la Plaza de Mayo se llenó de gente que los aplaudía mientras seguían desapareciendo personas. Que vergüenza.

De todo esto lo unico que me da esperanza es buscar a Ricardito. Es lo que me mantiene viva. Cada jueves voy a la plaza y allí hablamos y nos pasamos información como siempre. Pero de Ricardito nadie sabe nada. Es bravo no saber nada pero lo ultimo que se pierde es la esperanza. La semana pasada me acompañó por primera vez Analía. Colgó el miedo de un gancho como dice ella. Yo me puse muy contenta de tenerla a mi lado cuando dábamos vueltas. Hasta se puso el pañuelo con el nombre de Ricardito. Después volvimos juntas y estuvimos tomando mate y charlando como hasta las 11 de la noche. Con ella puedo hablar de tantas cosas porque nos conocemos desde hace muchos años y los conoce y los quiere a ustedes entonces recordamos momentos que con otras no puedo hablar porque no los conocen a ustedes. Y me hace mucho bien. Y a Analía también porque aunque no tiene el drama que tengo yo y parece que siempre estuviera de broma también está muy sola.

No te asustes porque escriba todo esto. Estoy harta de callarme la boca y no tengo miedo de que me pase nada porque no me pueden hacer nada peor de lo que ya me hicieron. Además lo que te escribo ellos ya lo saben porque lo saben todo. Cuando me escribas contame más cosas de Andresito y seguí mandandome fotos que me encantan que yo después se las muestro a las viejas y me doy un corte que bueno bueno. Las que me mandaste la vez

pasada de cuando estuvieron en casa de la abuela de Montse me gustaron muchísimo. ¡Qué casa más linda y qué montañas! Europa es muy distinta a todo lo de aquí porque aquí también hay montañas pero no sé son distintas. Es otra cosa. Yo cuando estuve en Mendoza no vi esos paisajes.

Bueno querida te mando muchos besos para vos para Diego y para mi pichoncito.

Mamá

Raquel

17 de junio de 1982

Terminó esta guerra criminal. Pasó como un mal sueño y creo que tardaremos años en ser conscientes de todas sus consecuencias. Es cierto que siempre son criminales las guerras pero ésta fue particularmente perversa. Provocada por los mismos asesinos que mataron a miles de personas a las que ahora hay que agregar a los soldados que mandaron a las Malvinas. La cruzada dejó cientos de muertos caídos por las balas inglesas o porque se morían de frío: los mandaban desde Santiago del Estero al sur helado en alpargatas. Pensar que eran casi niños y estaban comandados por cobardes asesinos. Y mientras tanto miles de argentinos gritaban vivas a

Galtieri en la Plaza de Mayo. Ver las imágenes en el telediario de esa manifestación de exaltación chauvinista, de apoyo a la dictadura criminal me dio náuseas. ¿Ése es mi país? Un país que es capaz de olvidarse de treinta mil desaparecidos, de los niños robados, de los exiliados, los torturados, las viudas, los huérfanos. Y seguir sumando cadáveres. No, éste era mi país. Al de ahora no lo quiero para mí. Se lo dejo a los tipos como Carlos que siempre grita “Viva Argentina”. Y seguirá gritando “Viva Argentina” cada vez que quiera reafirmarse en su imbecilidad. Yo jamás podré asumirme con orgullo como argentina. En realidad no puedo asumirme con orgullo de ninguna parte. Yo estoy orgullosa de mi hijo, de mis padres, de Ricardito, de Diego, de mis amigos. Pero no de un país... No puedo entender ese sentimiento patrioterico que ignora todo lo malo y se queda con lo aparentemente bueno para defender lo que encierra una frontera. Yo no puedo defender una patria que me ha matado a mi hermano, destrozado la vida de mi madre, la de miles de compañeros, me ha obligado a huir para salvar mi vida, ha hundido al país en la más profunda de las miserias. No. Yo no tengo patria. Y no me interesa tenerla.

Este es un tema de discusión que aparece cada tanto y en el que no nos ponemos de acuerdo no sólo con Carlos y Tita. Tampoco con gente con la que tenemos muchas coincidencias como Susana,

Raúl y Ernesto. Y ellos han sufrido la dictadura en carne propia y de una manera terrible. Y la seguirán sufriendo probablemente para siempre. Pero el sentimiento de patria arrastra una dosis de irracionalidad impresionante. Durante la guerra ellos no podían entender que nosotros no nos sintiéramos patriotas.

Es como dice Eduard: "Las banderas sólo sirven para joder al otro. Gilipollas los que las ponen. Gilipollas los que las quitan".

23 de junio de 1982

Ayer llegó carta de mamá. Con esa manera natural de escribir que me gusta tanto: sin comas, casi sin acentos y con su linda letra pequeña. No bien Argentina firmó la rendición la escribió. Pobre. Estaba desesperada con la guerra. Era lo que le faltaba. Por suerte Analía también estaba totalmente en contra porque con varios conocidos se distanció por estar contra la guerra. La acusaban de no ser patriota...

Mamá sigue buscando a Ricardo y me escribe que no va a dejar nunca de buscarlo. Me produce una pena terrible leerla porque yo pienso que si algún día lo encuentra será una pila de huesos. Y al mismo

tiempo admiro su tenacidad y el que todavía pueda tener esperanza. Es lo que la mantiene viva. De no ser por la búsqueda ya se hubiera apagado, seca por la desesperación y por la pena. Es tan raro... Tiene esperanza de encontrar a su hijo y sabe que lo va a encontrar muerto. ¿Qué esperanza puede ser la de encontrar un hijo muerto? Es algo ancestral ¿O creerá que puede estar vivo? No sé reconocer muchos de sus pensamientos cuando me escribe. En realidad habla de Ricardo como si estuviera vivo. ¿Es negación? Han pasado cuatro años. No puede estar vivo. Lo han asesinado. Está en una fosa. O en el fondo del río.

Eduard

Sí, soy reservado aunque a veces me da por hablar. Cuando estoy cómodo. Y en general contigo lo estoy. Me gusta la gente que escucha más que la que habla. Por eso funcionaban tan bien las tertulias que hacíamos aquí, porque todos escuchaban al que hablaba, nunca nos interrumpíamos. La mayoría de la gente le tiene miedo al silencio. Yo no. No le tengo miedo. Y le tiene miedo porque la obliga a estar con ellos mismos y en general la gente no se aguanta a ella misma. Prefiere huir hablando. Y por eso dicen tantas gilipolleces. Para llenar el silencio. Yo lo veo

en el bar, con los clientes. Hay algunos que se sientan solos y se piden un café después de dar los buenos días. Y cuando los miras ves que están pensando. Cuestionándose cosas, resolviendo dudas. Son los que si te hablan nunca van a decir una gilipollez. Después están los otros, los que si vienen solos a los dos minutos le están dando la vara al de la mesa de al lado comentándole cualquier chorrada que han visto por la telebasura. Y si no hay nadie la vara nos la dan a nosotros. Yo creo que hay que aprender a estar con uno mismo. Pero joder! Te estoy poniendo la cabeza como un bombo. Y eso que soy reservado. Tú ya has acabado de currar y todavía estás aquí, aguantando mis tonterías. Ya sé que lo haces por gusto, tonta. Pero tú tienes tu vida, tu pareja, tu pintura. Ahora podrías estar pintando o con Miquel. ¿Qué quieres decir con que “pintando sí”? ¿Y con Miquel? ¿No estáis bien? ¡Hostia, quina putada! Ho sento, Silvia, ho sento molt²⁴. He metido la pata. ¿Y tú cómo estás? ¿Pero seguís viviendo juntos? Entonces tal vez sea algo pasajero. Ojalá que sí. No me gusta verte triste. Y últimamente me lo parecías. Por el brillo de los ojos. Cuando no estás bien se te apaga el brillo de los ojos. ¡Y claro que me fijo! Observo mucho a la gente que quiero. Más de lo que tú te crees. Supongo que

24 En catalán: ¡Hostia! ¡Qué putada! Lo siento, Silvia, lo siento mucho

no tienes ganas de hablar del tema pero aquí estoy. Tú sabes que yo también sé oír. Sólo te digo eso.

Fede

Creo que no era porque tuviera un hermano desaparecido. Hubiera sido igual de militante si no lo hubiera tenido. Era algo de ella. Una responsabilidad asumida como obligación. Como una deuda. Y sin embargo nunca fue pesada en eso. Nunca presionaba a los demás. No era como esos militantes que están todo el día tratando de *melonearte*²⁵. ¡Ah! te habías olvidado de la palabrita, ¿eh? ¿Te acordás cuando le hablaste del grupo y le preguntaste si quería ir a las reuniones? No hacía mucho que había venido. Hasta los '90 no debe haber faltado a ninguna reunión. Desde que nació Andrés, casi siempre iba con él. Me causaba gracia cuando Andrés, con cuatro o cinco añitos, intervenía en alguna discusión. En general hacía preguntas y algunas no las podíamos contestar. ¿Vos estabas el día en el que discutíamos si valía o no la pena hacer un acto por no sé qué? De golpe Andrés preguntó con su vocecita aflautada: “¿Y va a ir mucha gente al acto?”. Todos nos quedamos mudos y el Pelado lo miró durante un ratito y le dijo “No va a ir ni el gato”.

25 En lunfardo: intentar convencer a alguien con insistencia

Y decidimos no hacerlo. Andrés tendría 5 años en esa época y ya era como es ahora: creativo, inquieto y bien práctico. Como la madre. Raquel fue la primera en decir a final de los '90 que ya no tenía mucho sentido nuestra actividad. Ya no éramos exiliados. Ella decía que éramos “no desexiliados”. Como la mayoría de las veces, en eso también tenía razón. El grupo se había convertido en un club de nostálgicos y alguno cultivaba un argentinismo que a ella le reventaba. Y sí, éramos varios los que pensábamos que había que cambiar el rollo. Pero ella lo dijo un par de veces y parecía que nadie quería asumir el tema. Como si nos costara abandonar el club de nostálgicos. Entonces fue cuando planteó que era mejor integrarse en cualquier organismo de derechos humanos de aquí y seguir trabajando en lo que había pasado a ser nuestra realidad. Fue cuando se metió con Montse en el grupo ese de recuperación de la memoria histórica. En ningún momento se planteó dejar de militar. Era naturalmente solidaria igual que Montse. No de boquita. Sí, los de ese grupo son gente macanuda. Tendríamos que volver a contactar con ellos. Vale.

Montse

Siempre dije que Adrià bajaba una cortina difícil de atravesar. Ahora no lo tengo tan claro. Tal vez era yo la que cerraba esa cortina. No sé por qué lo hacía, si es que lo hacía. Pero creo que de alguna manera era yo quien le impedía llegar a abrirse conmigo. Por algo nunca le di la carta. Sí, es cierto, no parece ser una carta escrita para ser entregada. Debo haberla escrito sabiendo que no se la daría. Así y todo la guardé todo este tiempo y cada tanto la leo. Y... me emociono. Todo lo que sea amor me emociona y creo que en esa carta hay mucho amor. La tendría que haber tirado. No sé por qué no lo hice. Creo que es porque le tengo cariño. Le tengo cariño a la carta, al objeto. A veces me hace bien releerla y a veces no. Me hace bien cuando siento que me acerca a Adrià. Me hace mal cuando comienzo a darle vueltas al tema y no puedo salir de ese círculo. Entonces me siento presa; presa de mí misma. Es una sensación muy angustiante. Creo que sólo se me iría si lo hablara con él y no puedo hacerlo por ahora. Mientras esté en desintoxicación. Sí, puede ser que sea una excusa. Pero es real, ¿no?. El está vulnerable y no seré yo quien lo desestabilice. Poco importa si es o no una excusa. No puedo hacerlo y ya está.

Y sigo estando muda. No por Adrià. Adrià no me atrae como me atraía antes. Lo quiero mucho pero creo que no lo amo. Durante mucho tiempo me excitó de solo pensar en él dibujándome la boca

aquella tarde en lo de Eduard. Ahora pienso en él desde otra distancia, mucho menos próxima. Creo que es una historia que en parte me monté yo. Que nunca fue tal como yo lo veía. Alguien que no viera a Adrià cada tanto llegaría a pensar que no existió, que es un personaje que me inventé. Y en cierta manera el Adrià del que me enamoré me lo inventé. Pero Adrià existe. Lo que tal vez nunca existió es una relación amorosa mutua. O sólo mía. Quizá necesitaba o deseaba intensamente tener un amor y ese amor me lo inventé con él. Es atractivo, majó, interesante. Y muy buena persona. Tiene todos los números como para que una se enamore o quiera enamorarse de él. A veces no sé qué diferencia hay entre inventarse un amor y tenerlo. Tal vez todos los amores que la gente tiene sean inventados. Y cuando se montan las parejas el invento es mutuo. Y no hay más. No sé. Todo es tan raro...

Adrià sigue trabajando como diseñador y es un buen pintor, un buen dibujante. Sabe mucho de historia de la pintura. Es un tema que siempre le ha interesado. Había comenzado una tesis sobre "El grito" de Munch y nunca la terminó. Una lástima. Me gustan sobre todo sus dibujos en carbonilla. Hace mucho que no lo veo y me gustaría verlo. Me apena no tenerlo de amigo. Eduard me comentó que casi no va por el bar y eso que con Silvia tiene una buena relación. Les gusta enrollarse hablando de pintura y de arte. Se ve con Diego pero tampoco con mucha

frecuencia. Diego lo quiere un montón. Creo que se ha alejado de todo lo que lo pueda relacionar con el alcohol. Sí. Eso es frecuente entre los ex-alcohólicos. No sé qué le pasó con la bebida. Siempre bebió sin pasarse. Pero hubo un momento en el que se desmadró y estaba todo el día achispado. Fue una mala época para él y para los demás también. Conseguimos que se diera cuenta de su problema no porque no rindiera en el trabajo, porque en el trabajo no bebía, sino porque sus dibujos eran cada vez peores. Se notaba en el trazo, en la falta de firmeza y de precisión. Un día que estaba sobrio revisando su carpeta de dibujos vio la evolución que había hecho y se desesperó. Vino a lo de Eduard y pidió ayuda. Silvia le recomendó un lugar que ella conocía porque ahí había ido un amigo de ella.

Añoro todos los momentos que pasé con Adrià. Ahora casi no lo veo y me apena. Por él y por mí. Es como si se hubiera esfumado. No sé si no será demasiado estricta la cura. Porque es muy cierto que el alcohol hace mucho daño. Soy médica. Pero la cura lo está destruyendo socialmente. Supongo que le irán aligerando las restricciones. Y lo espero. De lo contrario será un abstemio solitario, abandonado.

Andrés

El dolor de los objetos

El hombre se siente cada vez más desamparado caminando por las calles de su ciudad. En esas mismas calles que llegó a amar tanto no hay ahora cobijo posible. Todo es viento, frío, lluvia. Sólo encuentra refugio en su casa, entre sus cosas. Lo tranquiliza el mirar cada uno de los objetos que ha guardado durante años, que han estado siempre con él. Siente que le ayudan a andar la dura cuesta de la soledad, que están dispuestos a no abandonarlo nunca, a no dejar nunca de protegerlo.

Un día cualquiera al entrar en su casa percibe que algo ha cambiado en algunos de ellos. El cambio es insignificante pero está, se ha instalado en el muñeco del sillón o en la vieja bufanda doblada en el armario o en el pequeño búho del estante. Al principio es incapaz de definir en qué consiste ese cambio, qué es lo que le llamó la atención. Entonces vuelve a mirarlos y comprueba que ha desaparecido el aspecto inerte que siempre han tenido. Ahora tiene la sensación de que son los objetos los que lo miran como si hubieran perdido la indiferente quietud de siempre, como si hubieran cobrado vida. Y la mirada de los objetos intenta transmitirle un mensaje que él es incapaz de descifrar. La mirada se desespera, está cargada de sombras, de angustia, de tristeza. Está cargada de dolor. De un dolor que nunca antes había percibido en ellos. El regalo del

viejo amigo que se desprendió de él en un momento especial, la bufanda que usaba la mujer amada, el búho que le compró su hijo con el primer sueldo... El hombre siente que lo siguen protegiendo pero ya no es paz lo que encuentra al mirarlos. Lo que encuentra es el mismo dolor que ellos sienten.

Capítulo 6

Diego

Más vale que me dé prisa porque son las ocho y a las tres pasará Andrés a buscarme. Y siempre es puntual. Es un hippie puntual. Una combinación para destruir mitos. Vendrá con sus vaqueros, su coleta, su macuto lleno de papeles. Con algún juego de palabras inspirado en algo que oyó en la calle. Siempre está a la pesca de esas cosas. Parece que hubiera nacido con ese don.

Me falta poco pero me falta y no tengo mucho tiempo. Es increíble pero ya hace dos días que estoy con estas valijas acá, dándole vueltas a los recuerdos, sin acabar nunca...

Bueno, la grande ya está casi llena. Me faltan los jerseys, los pantalones y los abrigos. Éste me lo llevo en la mano para cuando baje del avión. Allá es otoño y parece que está haciendo frío. No recuerdo que hiciera mucho frío cuando vivía allá. Pero claro... éramos jóvenes... En el otoño porteño eramos jóvenes. Me gustaba el otoño porteño. Con esas ráfagas que nunca sabías si eran del frío que viene o del calor que se va. Me acuerdo del comienzo de las

clases y de ese olor particular que envolvía todo el camino al colegio cuando llovía. Mezcla de ozono y de las hojas mojadas y rojizas de los plátanos. Yo las iba pisando y el olor era cada vez más fuerte. Y también en otoño conocí a Marcela. Morena, con el pelo negro azabache, unos ojazos como carbones y un lunar pequeño en la mejilla. Hermosa, con una fortaleza que contagiaba con sólo acercarse. Usaba un perfume que nunca supe cómo se llamaba pero del que no me puedo olvidar. Hace unos días en el bar de Eduard, entró una mujer que olía a ese perfume. Yo estaba de espaldas a ella y el corazón se me dio vuelta. Cuando me giré y vi que no era Marcela estuve a punto de llorar. Se me vinieron tantos otoños encima, empujados por recuerdos y más recuerdos, arrastrados por las hojas mojadas y rojizas de los parques. Por colegios y paseos y balcones y citas y silencios... La mujer, una muchacha muy encantadora, me miró extrañada cuando notó que yo le clavaba mis ojos apagados por la tristeza. “¿Pasa algo?” me preguntó. “Sí... pasa que no sos Marcela” le dije. Y me fui dejando mi café sin tomar.

Montse

Lo que sí puedo decirle es que me siento sola. Sí, pese a los amigos que tengo me siento sola. Porque la parte más importante de mi vida me es muy difícil compartirla. Parece un chiste: en la parte más importante de mi vida yo todavía no había nacido. Con Raquel la podía compartir. A ella no le costaba ponerse en mi piel y entender el peso que tenía para mí el pasado. Era una cuestión de hermandad en la sensibilidad. Con Eduard puedo compartir la mayoría de las cosas. Pero no me alcanza porque me falta esa hermandad. Por eso me siento sola y por momentos me da la impresión de que estoy en una habitación en la que viven dos personas y no hay nadie más. Ni dentro ni fuera. Sólo la mama y yo. Y la mama es como si no estuviera. Era tan vital... y ahora se pasa las horas callada, sin moverse, mirando a lo lejos. Luego, de golpe, se levanta y dice algo, inicia una conversación hasta que se cansa y vuelve a su silencio. A veces lo que dice es coherente. Otras no tiene ningún sentido. Hace tiempo que me ha dejado y creo que es por eso que noto más la ausencia de mi padre. Cuando la mama estaba yo tenía siempre la sensación de que mi padre también estaba, de que podíamos hablar de él en cualquier momento, pero ahora... Me angustio cuando pienso que pronto no me quedará nada de ellos. La mama pasará a ser un recuerdo y de mi padre no tendré nada, ni los huesos. Lo único que he tenido de él es lo que la mama y la *iaia* me contaban.

El otro día la mama volvió a llamarme Libertad. En el último tiempo muchas veces me llama Libertad. Es el nombre que hubiera querido ponerme mi padre pero la cosa no estaba como para ir poniendo nombres anarquistas. Es un nombre que me agrada, Libertad. Cuando la mama me llama Libertad me gusta. Me suena bien. Cuando lo oigo siento como si estuviera mi padre. Si él escuchara que la mama me llama Libertad se pondría contento. Hay momentos en que me gustaría ser creyente para pensar que mi padre nos oye. Chorradas. Está muerto y no hay más. Libertad. Realmente es un nombre hermoso. Bien anarquista. En realidad mi padre no era anarquista. Se hizo anarquista porque peleó junto a ellos. A los pocos días del golpe de estado fusilaron a toda su familia contra la tapia del cementerio de Zaragoza: su mamá, su papá, su abuelo y su hermanito de 13 años. Malparits. Asesinos. Mi padre se salvó porque se escondió en el pozo de agua y no lo encontraron. Estuvo horas aferrado a una saliente de la pared, casi totalmente sumergido. Cuando pasó mucho rato sin oír voces, salió y huyó. Le habían dicho que las milicias llegarían a Barbastro y para allí se fue. Ciento treinta kilómetros. Parte del camino lo hizo en el carro de un *pagés*²⁶ que lo conocía. Y luego en el de otro. Y el resto caminando. Cuando llegó ya estaba en Barbastro la columna Ascaso. Se ofreció

26 En catalán: campesino

mintiendo su edad porque no tenía los 18 y todavía no los aceptaban menores. Luego sí. Los de la Quinta del Biberón. Él quería pelear contra los fascistas. Era lo único que le importaba. Él sí que estaba solo. Y yo me quejo de mi soledad. Le habían asesinado a toda su familia. A mí sólo me asesinaron a mi padre y yo no vivía cuando eso pasó. No debería quejarme de mi soledad. Creo que busco la soledad: yo fui la que dejó que Adriá se alejara con esa sensación de que no había lugar para él. En todos estos años mi única y real amiga fue Raquel. No hice otras amigas. No, amiga, amiga sólo era con Raquel. Con el resto del grupo me llevo bien pero no puedo decir que sea amiga. Con Eduard tengo mucha proximidad. Le tengo mucho afecto. Pero no es lo mismo. Llené muchas horas de mi soledad hablando con Raquel. Y ahora ella me falta.

Ema

Jueves 30 de noviembre de 1978

Hija querida

Me pone contenta que quieras volver a estudiar. Un título es lo mejor que hay y te lo digo yo que nunca tuve uno y siempre tuve trabajos de porquería. No puedo creer lo que me contás de la universidad

rodeada por un bosque y con edificios nuevos. Aquí está todo tan mal tan sucio. Nadie se preocupa por cuidar nada y menos las cosas de la educación. De aquí a unos años va a ser un país de bestias. Mas de uno querría irse a estudiar allá. Ojalá puedas inscribirte y acabar tu facultad. Decime que papeles necesitás para que te acepten las materias que hiciste aca y yo los voy a buscar y te los mando por correo certificado.

Me alegra mucho que estés bien en el trabajo. ¿Es muy grande esa editorial? A vos siempre te gustaron los idiomas desde chiquita. Apenas supiste cuatro palabras en ingles y ya estabas traduciendo cualquier frase. El trabajo es lo mas importante. Y la salud. Y no te rias porque te diga esto que ya te conozco que sos una buena mandarina vos.

Contame como es el barrio donde vivís. ¿Es lindo? ¿Tenés un almacén cerca para hacer las compras o vas al mercado? ¿Asi que tiene un lindo balconcito? Que suerte vas a poder poner unas lindas plantitas. ¿Ya pusiste alguna? Si allá se dan bien los malvones cuando vaya alguien conocido te mando unos gajitos. Yo los tengo divinos. Me distrae cuidarlos y además a Ricardito siempre le gustaron mucho. El también es muy plantero como yo. Los quiero tener lindos para cuando vuelva. No se nada. Nadie sabe nada y te imaginás que moví cielo y tierra. Pero yo no pierdo las esperanzas. Hay dias buenos y dias

malos. Hoy tuve un día bueno y por eso quise escribirte para que me vieras de buen humor y con esperanzas.

Un beso grande de tu mami que te quiere como la trucha al trucho

mamá

Raquel

Lunes 2 de noviembre de 1978

Ayer viajé a la Autónoma en tren. Quería hablar con alguien de la carrera de filología. No tuve suerte y no sé si insistiré. Tal vez más adelante. Terminar la carrera no es algo que me parezca imprescindible. Pero me gustaría seguir con los estudios. Veremos. La Universidad está en un lugar hermoso, arbolado, con césped por todas partes. Me dio entre risa y vergüenza compararla con la *UBA*²⁷.

Nunca había viajado en los Ferrocarriles Catalanes. Tomé el tren en la estación de Gracia y me pude sentar. Me gusta viajar en tren. El tren lleva consigo algo efímero, algo de historias inacabadas, suspendidas en los 30 o 40 minutos que dura el viaje. Pocas cosas se resuelven en un viaje: el

²⁷ Universidad de Buenos Aires

artículo de una revista, un sandwich, un capítulo del libro que estás leyendo, el diálogo breve con alguien a quien no conocés. El resto queda en un limbo entre un antes y un después que desconozco pero que me gusta imaginar. A dónde va esa mujer cincuentona, con anteojos y sentada frente a mí. Con quién vivirá el señor pelado de bigote ancho. Cómo habrá llegado a Barcelona el muchacho que canta la “Zamba de Balderrama” acompañándose muy bien con su guitarra.

Entonces siempre me acuerdo del Negro. Cuando viajábamos en subte jugábamos a asignarle profesiones a los pasajeros de acuerdo al físico, la cara, la postura. Reíamos como niños olvidándonos por un momento de las preocupaciones y riesgos en los que vivíamos inmersos. Me quedó esa costumbre pero sin embargo no es lo mismo. Tal vez porque ahora viajo en metro y no en subte. No. La razón es otra: en el metro no está el Negro. Se quedó en Buenos Aires sin poder tomar ese último subte. El que no lo llevó. El que no lo esperó. Aquí no puedo jugar con nadie a asignarle profesión a las caras. Sólo me ha quedado una pequeña deformación de oficio que me alcanza para inventarme historias. ¿Se habrá perdido ese juego? ¿O podré explicárselo a alguien que conozca y que pueda entenderlo? El juego es fácil de entender. Lo que tal vez no sea fácil de entender es lo que el juego implicaba. El poder reír como niños. El volver a otra época que sabíamos

que se había esfumado. Que nunca más la podríamos vivir salvo en ese juego, ese pequeño sueño que en cierta manera nos cobijaba en medio de tanta muerte. ¿Sería una manera de ahuyentar esa muerte? Tal vez, pero poco efectiva.

Fede

Tiene un mundo interior al que es muy difícil entrar. Porque no te deja: tiene puertas cerradas que creo que no se las abre a nadie. De su vida en Buenos Aires no sabemos casi nada. Supongo que la habrá querido borrar porque habrá sido más tremenda de lo que nos imaginamos. Me recuerda un poco a nuestros abuelos inmigrantes que hablaban muy poco de su tierra. Siempre contaban las mismas 3 o 4 anécdotas y ninguna de ellas se refería al hambre, a las muertes, a las persecuciones. Eran anécdotas asépticas que le podrían haber pasado a cualquier niño de cualquier lugar. Los horrores que habían pasado habían decidido borrarlos una vez que bajaron del barco. Creo que Diego hizo lo mismo. Nosotros tampoco hablamos mucho de nuestras cosas, pero más que Diego, seguro. Entre nosotros sí que hablamos de todo, nos guardamos pocas cosas. Bueno, alguna. Pero... ¿hablaría de todo con Raquel? ¿Le habrá contado de su anterior vida, de sus amigos, de sus amores? Yo supongo que sí. Los

desterrados siempre hablamos de nuestro origen. Es como una cosa necesaria, la manera de conservar lo que perdimos. Uy, sí, ya sabés que yo soy puro psicoanálisis, querido... Tenés razón, no todos los desterrados somos iguales. Algunos no tienen un pasado lindo para recordar. Y entonces esos pasados duelen mucho. También se puede hablar sin decir nada. O contar sólo algunas cosas. Y de sus amigos más o menos. Creo que del único que lo he oído hablar es de Hugo. Sí, su amigo íntimo y como además estuvo aquí lo conocimos y por eso le debe resultar más fácil hablar de él. Quiero creer que habrá tenido amores, no? Alguna novia. Con nosotros nunca habló de ninguna. Tal vez su vuelta tenga otros motivos que desconocemos porque no entramos nunca en esa parte de su vida. No, Manu, no seas cargoso, yo no me monto ninguna novela. Pero es un amigo y me gustaría entenderlo mejor. Raquel era mucho más abierta, ¿verdad? Vos la conocías más que yo. Ustedes eran amigos desde chicos. ¿Sobre todo en la adolescencia? Tuviste suerte. Yo mi adolescencia de mierda me la tuve que bancar solo. No tenía a nadie a quien explicarle mis miles de problemas. ¿Y hablabas de todo con ella? Que envidia. Cuando te diste cuenta de que eras gay ¿se lo contaste?... ¿Y qué te dijo?... ¡Qué divina! No podía ser de otra manera. O sea que ya de chica era una piba abierta. Siempre me llamó la atención la forma de escuchar que tenía. Cómo miraba al que

hablaba, las preguntas que hacía. Como intentando ir al fondo de lo que estabas diciendo para poder entenderte mejor. A mí me parecía que se metía en la piel del otro para poder vivir como él y conocer mejor sus reacciones, sus conductas. Llegar a entenderlo. Y siempre con respeto, con delicadeza. De la barra de amigos siempre fue la más abierta, la más dispuesta a comprender. Y lo hacía naturalmente. No era algo que ella tuviera que pensar. Simplemente le salía. Se entiende que lo odiara a Carlos. Era como la otra cara de la moneda. Insolidario, chauvinista, reaccionario, homófobo. Un dechado de virtudes. Sí, muy homófobo. Como pocos. De los que dicen: “Yo no soy homófobo, pero es que los gays...” Los que más me revientan. No entiendo por qué ese tipo se pegó al grupo. ¿Sólo porque éramos argentinos? Pero se podía haber elegido a otros. Como que no hubiera argentinos pelotudos en Barcelona.

Eduard

Y sí, Diego está tocado, pero es lógico, ¿verdad? Se le hace todo muy cuesta arriba. Ayer me dijo que le da miedo hacer las maletas porque tendrá que elegir lo que se lleva y eso lo vuelve loco. Elegir lo vuelve

loco: no quiere dejar nada, quiere llevarse todo y sabe que eso es imposible. Le pregunté si no quería que lo ayudara y me dijo que era un trago que debía pasar solo. Desayunó como cada día y luego nos quedamos charlando. Había pocos clientes. Cuando tu llegaste ya llevaba un par de horas aquí. Estaba cómodo y además no quería volver a su casa. Porque allí tiene que revisar cosas, decidir qué tira y qué se lleva. Y no quiere hacerlo. Me parece que las maletas las hará a último momento, para no darse tiempo de ponerse nostálgico. A la noche lo volví a ver: cenamos juntos. Así que nos pusimos al día. Volvió a decirme que él siempre extrañó Buenos Aires. Pero que no está seguro de volver por eso o por complacer a Raquel aunque sea después de muerta. Raquel siempre le decía que extrañaba Buenos Aires porque no había vuelto a ir. Que tenía que volver durante un mes y convencerse de que la ciudad de ahora no merecía extrañarse porque no tenía nada que ver con la que él conoció. En realidad ella pensaba que la de antes tampoco. Diego tiene la esperanza de que Raquel tuviera razón para así volverse a Barcelona ya definitivamente. Parece una novela. En un momento dado me dijo que con lo que había privado se iba a quedar dormido en seguida. Se levantó y cuando ya estaba por abrir la puerta me dijo que también iba para convencerse de que sus amigos y Marcela estaban muertos. Que en todos estos años en el fondo nunca se creyó esas muertes

porque no las vio. Tú sabes que yo hablo mucho con Diego y en nuestras charlas él me ha nombrado muchas veces a sus amigos de Buenos Aires. Te diría que los conozco a todos: a Hugo, a Mauro, a la Griega. Pero jamás lo había oído mencionar a una Marcela y ese día ya era la segunda vez. La primera fue a la mañana, en el bar, cuando tuvo una charla rara con una clienta sentada en la barra a la que tú le serviste un cortado o un café. Y a la noche la nombró otra vez. Le pregunté quién era y me dijo “otro día te cuento, ahora estoy muy pedo”. Todos tenemos historias.

Andrés

El idioma del caminante

El idioma que hablan
los que aman la tierra que caminan
tiene vocales mudas en baúles,
comas dispersas en suspiros,
consonantes partidas,

acentos en amores
y puntos finales
en frases inconclusas.

El idioma que hablan
los que aman la tierra que caminan
cambia el sentido de la palabra volver.

Capítulo 7

Alguien cualquiera

No puedo gritar. No puedo sacar el grito por mi garganta. Está ahí agazapado, agarrado a las mucosas con la fuerza de la garra de un tigre. Me está ahogando. Tengo que huir de él, alejarme del grito mudo, matar este silencio aterrador que yace bajo el grito muerto. No lo soporto más. Me persigue cuando comienzo a correr entre las espinas y el fuego. Hasta que caigo y vuelve a meterse en mí. Cuando cruce el puente podré gritar. Pero tengo terror de hacerlo porque nunca lo crucé. Y puede romperse. Yo caería y no sé si habría detrás de mí alguien que me viera y me ayudara. Quedaría a merced de mi suerte y si llegué hasta aquí es porque no he tenido mucha. No puedo más. El grito me ahoga, se hace cada vez más grande dentro de mi garganta, parece que lo oigo dentro mío y quiero oírlo por fuera, me tapo los oídos y sigo oyéndolo por dentro y no por fuera. No lo soporto más. Siento que al final se acabará mi vida y no podré dejar salir el grito.

Diego

Ésta es del asado en el que festejamos nuestros primeros diez años en Cataluña en un merendero de Las Planas. Mientras comíamos alguien preguntó si eso era algo para festejar. Seguro que fue Carlos que siempre va meando fuera del tarro. Mil nueve ochenta y ocho. Estamos contentos. Yo no tenía ni una cana. Y Andrés flaquito y chiquito como siempre. Igual a Raquel. Con esos ojos saltones que miraban al infinito. En realidad Andrés no miraba al infinito, miraba al futuro. Siempre miró al futuro. Ya de grande decía riendo, con sus ojos puestos en nosotros: “Veo mi futuro”. Y nosotros le contestábamos: “Espero que no”. “¡Cómo que no! Yo soy un hippie como ustedes”. Y es cierto, es un poco hippie pero sin disfraz. Bueno, nosotros tampoco vamos de hippies en la ropa. Tal vez Raquel un poco más porque le gustan los colores. Pero yo siempre fui clasicón.

Andrés es un contestatario analítico. Muy analítico. Le gusta desmenuzar las ideas, ir hasta el fondo. Y escribir. Le gusta escribir. Siempre le gustó escribir, desde que comenzó a jugar con las palabras. Nos pareció lo más normal del mundo que quisiera estudiar letras. Y que fuera escritor, poeta. Un poeta que mira al futuro.

Aquí estás con tu peineta y el pelo renegrido y brillante. Y tu sonrisa burlona. Esa señora tan elegante no me acuerdo quién era. Detrás están Fede y Manuel haciendo el asado. Siempre juntos, felices. Incombustibles. Su conducta es siempre intachable. Parece que hasta la foto mostrara su integridad. Me acuerdo de cuando se comenzó a discutir la ley del casamiento gay: ellos dijeron que no se casarían nunca. “Nosotros estamos en contra de la institución del matrimonio, burguesa, caduca y conservadora”. ¡Qué coherencia! En esas discusiones inacabables, redundantes y estériles en las que parecíamos seguir viviendo en la Argentina, ellos eran la voz de la realidad y la cordura. Me acuerdo de la vez que vos, Manu, dijiste: “No se quejen tanto. Ustedes en el ostracismo son recién venidos, vulgares parvenus. Nosotros vivimos muchos años encerrados en el armario, exiliados en la Argentina. Ahora que ustedes entran, nosotros estamos saliendo”. Vaya par de huevos que tuvieron siempre. Cuántas horas pasadas juntos en el pisito de Gracia tomando ese té que sólo tomábamos en casa de ustedes. Y un rato más tarde los vinos sinceros, las confesiones. Y Andrés en brazos de sus tíos Manu y Fede, creciendo sin que nosotros nos diéramos cuenta. Dejaba de ser un niño y pasaba a ser un adolescente, un joven universitario, un escritor. En los últimos tiempos oíamos sus comentarios sobre libros y ustedes escuchaban con

inmensa satisfacción, como diciendo “¡qué bien que nos ha salido el sobrino!”. Los paseos por el Collserola, mirando la ciudad desde arriba, reconociendo calles y edificios, soñando que navegábamos por ese mar cercano. ¡Qué fácil fue compartir con ustedes el desarraigo, los recuerdos, los amores! Y ahora... ¿dónde se guarda todo ese cariño?, ¿cómo hago para que no se me pierda?. ¿Me lo puedo llevar, me puedo ir con él?. ¿Me puedo ir?

Fede

Antes en las reuniones siempre había un toque desmedido. Ahora son más tranquilas. Por la edad y por que ya no tenemos las urgencias que teníamos cuando hacía poco que habíamos llegado. En esa época necesitábamos quemar todos los cartuchos, siempre, en cada instante. Era como si al agotar esos cartuchos cuando nos reuníamos estuviéramos conquistando el lugar. Tenés razón, vos en esas reuniones nunca te desmadrabas. Yo un poco sí. Ahora pasaron los años y el hecho de habernos amoldado al lugar nos da otra perspectiva. Sí, Manu, también es la edad pero yo creo que la manera de sentirnos de aquella época influía en nuestras reuniones. Corría más el alcohol, las canciones, las lágrimas, las risas. Pensá si no en el asado que hicimos en Las Planas para festejar los primeros diez

años de Raquel y Diego en Barcelona. Fue bravo. Claro que estuvo lindo. Estuvo precioso. Y lo hicimos gracias a vos. ¡Ay, Manu, qué mala memoria que tenés! Sí, vos insististe en que se hiciera, que había que festejar la fecha. Y cuando Carlos durante el asado preguntó por qué teníamos que festejar esa fecha le dijiste que si no le gustaba el festejo se fuera. Así, bien seco y tajante. Tan mosquita muerta que parecés. ¡Y tanto que sí! Te conozco, mascarita. Estábamos todos los de entonces. Nosotros, Diego, Raquel y Andrés, Eduard con una mujer que creímos que era su novia pero nunca más la vimos, Silvia con el noviete de esa época. Sí, era muy rico chico. Me parece que demasiado tranquilo para Silvia. Uy, tenés razón, también fueron Susana, Ernesto y Raúl. A todos nos llamó la atención que estuvieran porque en general no iban a esos encuentros con mucha gente. Hace siglos que no los vemos. No sé por dónde andarán. Me parece que de todos los exiliados que hemos conocido ellos son los que menos se han recuperado, sobre todo Ernesto. No sé si alguno de ellos hizo terapia. Pero para la herida que tienen necesitan una brigada de psicoanalistas. Tenés toda la razón: la de Ernesto es la más irracional y jodida de todas las culpas que conozco. La culpa del sobreviviente. Como la de Raquel, pero Raquel la tenía bastante superada. La culpa que tenía era más por no acompañar a su vieja en la búsqueda de Ricardo. Pero lo de Ernesto es todavía

más trágico. Sí, sí, él desde la esquina vio cómo mataban a su mujer. Ay, Manu. Porque lo contó él mismo en lo de Eduard, ¿no te acordás?. Ah, tenés razón, vos no estabas ese día. Y... después de eso les avisó a Susana y Raúl y consiguen rajarse a Brasil. Se ve que fue una odisea tremenda. La relación entre los tres es tormentosa pero son inseparables. El tema es que no lo hablan entre ellos. Lo dijo Ernesto ese día. Yo creo que él piensa que sus cuñados lo culpan, aunque no es así. Sí, realmente es el protagonista de una tragedia griega. Como la mayoría de los exiliados pero multiplicado por cien. Creo que la vez que mejor los vi fue en ese asado.

También había una señora mayor que no conocíamos y que había venido con el Pelado, ¿te acordás? No sé quién era, creo que estaba de viaje. Era un poco señora Tota, ¿no?. Y qué se yo. Fue a un asado en un merendero de Las Planas vestida como para ir al Teatro Colón. Pobre, no sabría lo que quería decir “un merendero”. Habrá pensado que era un salón de té. O tendría ganas de mostrar todo lo que se había traído en las valijas. Pero era simpática. Al Pelado no le pegaba nada, creo que era una tía suya. Con lo reo que era él. ¿Qué será de su vida? Seguirá viviendo en Rosario, supongo. Me caía bien. Él sí que tenía claro lo de volverse y no bien pudo se volvió. Hablaba hasta por los codos pero era muy buen tipo. Simpático como él solo. Y sí,

claro, también estaban Carlos y Tita. Después del corte que le diste, Carlos casi no habló. Se puso en pedo, como siempre pero no habló. Cuando se ponía en pedo no era de hablar. Creo que esa era la única virtud que tenía. Por eso Raquel siempre le iba llenando el vaso. Cuando veía que comenzaba a callarse entonces no le ponía más.

Estuvo muy lindo ese día. ¿Te acordás cómo cantaron el Pelado y Raquel? El Pelado la acompañó en unos cuantos tangos y fue una de las veces en que la oímos cantar “Viejo ciego”. Sí, él tocaba muy bien la guitarra. Una vez comentó que es lo que le hubiera gustado hacer. Montse no la había escuchado nunca cantar a Raquel y se quedó alelada cuando cantó el primer tango. Yo le dije: esto no es nada, verás lo que es si canta “Viejo ciego”. Cuando terminó de cantarlo Montse y yo llorábamos como dos Magdalenas. Montse me abrazó y me dijo: “No es posible”. Nunca me voy a olvidar. “No es posible”. ¿Sabés qué, Manu? Que no quiero escuchar nunca más ese tango. Nunca más.

Eduard

Son dos tíos cojonudos. En todo sentido. Su manera de pensar, su coherencia, su espíritu peleador. Son centrados, saben escuchar. Los admiro. Y lo que más me llama la atención es cómo han sabido defender el amor que se tienen. ¿Te imaginas lo que tienen que amarse dos personas para superar juntas tantas adversidades? Durante años tuvieron a la sociedad entera contra ellos. Desde mucho antes de la dictadura. Luego huyeron de los militares y vinieron a este país que no era precisamente *el bressol*²⁸ del progresismo. Sólo los protegían cuatro o cinco amigos que los comprendían y apoyaban. Ahora es distinto pero hace años bien sabes tú que esto era terrible para una pareja homosexual. Y todavía hay mucho *fill de puta* suelto que los insulta o los agrede. Sin ir más lejos el imbécil de Carlos. No, delante nuestro jamás se atrevió a pasarse pero si ellos no están, nunca para de decir gilipolleces. Hasta que alguno lo corta. Raquel. O yo. Siempre me dio mala espina el tío ese. Nadie sabe de dónde salió. Supongo que cuando todavía hacía poco que habíais llegado sólo por ser de allí teníais el visto bueno. Aunque Raquel siempre decía que en

28 En catalán: cuna

Argentina jamás se hubiera acercado a un tipo como él y no veía por qué aquí tenía que aguantarlo. Tienes toda la razón: en los grupos siempre hay personajes que desentonan. Pero este canta como una almeja. Y sin embargo ahí está, incombustible. O estaba. La mujer es como él. Una chupacirios. Pero es más lista y no da tanto la nota.

Bueno, Silvia. Vamos cerrando que es tarde. ¿Quieres tomarte algo? Oye, ¿y por qué no cerramos y tomamos algo en casa y de paso picamos algo? Vale, esa es mi niña.

Raquel

Lunes 13 de junio de 1988

Ayer fue un largo y hermoso día. Nos juntamos todos en un merendero de Las Planas para festejar nuestros diez años de vida en Cataluña. Yo tenía muchas ganas de hacer el festejo. Para mí es una fecha importante que reafirma este período de mi existencia como algo tremendamente vital. La antítesis del final del anterior que fue lo más parecido a la muerte que podíamos imaginar. Hace unos cuantos días Diego y yo lo charlamos y él me dijo algo que me pareció muy lindo: "El exilio es siempre un drama. Si lo supimos reconvertir en algo

positivo eso hay que festejarlo". Y nos lanzamos a hacerlo.

Todos estaban entusiasmados con el festejo salvo Carlos y Tita que no entendían que alguien festejara un aniversario así. Manu con muy pocas pulgas les dijo que se fueran y sanseacabó. Creo que nadie los había invitado pero se enteraron y fueron. En realidad todos nos imaginábamos que no se perderían un asado. Sobre todo porque son de los que en el reparto se las arreglan para que la comida les salga gratis. No sé cómo lo hacen pero siempre les resulta bien. Pero esta vez las cuentas las hizo Eduard y se encargó él de cobrarles. No se pudieron escapar. Carlos es el estereotipo del porteño pesado: fanfarrón, sabihondo, impertinente, mandaparte. Un dechado de virtudes. Está constantemente dándote la precisa. Vos decís algo y él te dice: "No. Yo te voy a explicar cómo viene la mano" Y lo peor es que te lo explica. Que dónde se compra la mejor tira de asado, que dónde el dulce de leche, que dónde la yerba Taragüí. Que cómo se hace bien el chimichurri. Que si las empanadas son mejores fritas. Y a mí toda esa nostalgia gastronómica me importa tres pepinos. Horas hablando sobre las bondades de la carne argentina, repitiendo hasta el cansancio que aquí no la saben cortar, que la verdura es para las vacas, que el pescado ni locos, que aquí nadie te paga un café, que no saben conducir y que la biblia en verso. Un condensado de

tópicos. Me tienen repodrida. No entiendo por qué tenemos que perder el tiempo con ellos. Sobre todo porque nadie los traga. Pero parece que por el sólo hecho de ser argentinos exiliados ya tuvieran el carné de amigos. Yo allá nunca tuve amigos como ellos. No entiendo porqué los tengo que tener aquí. Son capaces de arruinarte una velada entera. Lo único bueno es que cuando se empedan hablan poco. Sobre todo él. Y siempre se empedan. Para peor, aunque se creen muy de izquierdas son profundamente reaccionarios, xenófobos, homófobos y machistas. El paquete completo.

Nosotros llegamos temprano para reservar una parrilla. Fuimos con Eduard y una amiga suya: Mercé. Eduard decidió que el festejo merecía cerrar el bar y puso un cartel: *"Avui tanquem per raons de força major"*²⁹.

El asado lo hicieron Manu y Fede y salió exquisito como no podía ser de otra manera. Son asadores de primera. Fueron todos los amigos, inclusive Susana, Raúl y Ernesto que no van nunca a reuniones con más de una o dos parejas. Son muy cariñosos pero muy huraños. Sobre todo Ernesto. Su drama lo desborda y supongo que es algo que jamás podrá superar. Pero ese día se lo veía hasta contento. Hubo lugar para chistes, guitarreada y la necesaria dosis de nostalgia. Me reí mucho con los chistes que

29 En catalán: Hoy cerramos por razones de fuerza mayor

contó el Pelado. Es un personaje. Después comenzó la guitarreada y tocó de todo. También me acompañó en unos cuantos tangos. Es un gusto cantar acompañada por un tipo como él: sensible y conocedor de la música popular como ninguno.

Montse

Hoy iba caminando por Gràcia y oí que alguien llamaba “¡Libertad!”. Me di vuelta sonriendo y ahí caí en que no me llamaban a mí. Fue la primera vez que alguien que no es mi madre me llama “Libertad”. Pero no era para mí. Me sorprendí de haberme dado vuelta como si ese nombre fuera el mío. Me quedé triste. Me sentí como una niña a la que muestran un juguete y luego no se lo dan. Seguí caminando y pensando en cuál será mi verdadero nombre. Tengo más de 60 años y todavía no sé cómo me llamo. Sí, todos me conocen por Montse. La mama siempre me llamó Montse, salvo últimamente, ya enferma. Pero ahora yo siento como si Montse fuera un nombre artificial o falso. El que se vieron obligados a ponerme. No el que querían ponerme. Mi padre murió pensando que yo me llamaría Libertad. La mama no le dijo que no me pondría ese nombre. Lo pensó a último momento cuando a él ya lo habían asesinado y ella estaba a punto de parir. La *iaia* me explicó que con todo lo que había pasado tenían

terror de que las desgracias continuaran. La mama comenzó a temer que si me ponía Libertad los fascistas me robarían. La *iaia* también lo pensaba así y le insistió a la mama para que me pusiera otro nombre. Y yo me transformé en Montserrat. Pero yo debería ser Libertad. A veces pienso que el nombre no tiene importancia. Que lo importante es quién es uno. Pero otras veces pienso que uno también es su nombre. Montse me suena a algo indiferente, neutro. Libertad tiene otro peso. Tiene historia, compromiso. Libertad es mi padre. A veces pienso que debería cambiarme el nombre y ponerme Libertad. Pero a esta altura del partido ya es tarde, sería una locura. La gente me seguiría llamando Montse. Para afuera yo soy Montse, no Libertad. Entonces Libertad me lo guardo para adentro. No, no es que siempre me hubiera preocupado por mi nombre. Estos días me ronda más pero en realidad este tema del nombre surge desde que la mama empeora y comienza a llamarme, cada tanto, Libertad. Cuando era pequeña nunca me había preocupado por el nombre. No conocía la historia de mi padre ni de cómo hubiera querido él que me llamara. Yo era la Montse y se acabó. La historia de mi nombre me la contó la *iaia* una vez que la mama estaba distraída y me llamó Libertad. Por entonces la mama ya comenzaba a tener algunos síntomas. Cuando la mama me llamó Libertad a la *iaia* se le puso una cara que yo nunca le había visto antes. Una mezcla de sorpresa y

tristeza. A la noche, cuando la mama ya se había ido a dormir, la *iaia* me contó la historia. Y me confesó que siempre se había sentido un poco culpable de que yo no llevara el nombre que mi padre había querido. Me dijo que era hacerle una putada a su memoria. Y yo a veces tengo dudas. Pienso que si me hubiera enterado antes de todo este tema hubiera podido tomar cartas en el asunto. Cambiarme el nombre o usar los dos nombres. Pero así me resulta como algo impuesto que tengo que tragar. No, con mis amigos no lo he comentado mucho. Con quien más lo hablé fue con Eduard. Él me preguntó si quería que me llamara Libertad. Le dije que ya era tarde para cambiar. A veces, si no hay nadie más me llama Libertad. Y me gusta.

Ema

Miercoles 6 de julio de 1988

Querida hija

Ya hicieron diez años que están allá. Como pasa de rápido el tiempo. Que suerte que pueden festejarlo aquí es tan poco lo que podemos festejar. Me pone contenta que ustedes puedan ser felices. Es de las pocas cosas que me ponen contenta. Ya sabés que solo hay una cosa que a mí me gustaría festejar.

Pero cada vez lo veo más difícil no creo que pueda hacerlo nunca. Tendré que vivir los años que me quedan con esa tristeza. Ese peso en el pecho con el que me despierto y me acuesto.

Bueno querida esta va a ser una carta cortita.

No te doy mas la lata.

Un beso grande de tu mamá que te quiere
mamá

Andrés

Coleccionando recuerdos

Pasan los años y el agua poco a poco se va aquietando y haciendo más cristalina. La añoranza es algo con lo que convivir y si bien sigue estando ahí ya no pesa tanto. Los recuerdos no sólo son de ese allá lejano que abandonaron hace tiempo. Cada vez hay más de aquí y muchos de ellos son de los que provocan una sonrisa de amor. Y los otros. Los graciosos, esos que comienzan con un “Te acordás del tipo que atendía en...?”, siguen con una sucesión de comentarios y terminan en una carcajada imparable. Como cuando eran jóvenes, casi niños y vivían en el país en el que nacieron. Pero siempre aparece un instante de tristeza, un

recuerdo amargo que cruza la reunión en silencio, sigilosamente. Las cosas importantes que nutren sus vidas y las de sus amigos no sólo son de allá. Aquí ya hay nacimientos y crianzas. Y los niños adoptan a los amigos de sus padres que pasan a ser sus tíos. Su familia real porque la otra no está y no puede cubrir el día a día, las excursiones del domingo, los pasteles de cumpleaños, las pequeñas malcrianzas.

Y también ya hay muertes. Tristezas nuevas que se hermanan con las viejas y caminan por huecos que entre todos se intentan llenar. Entre todos. Todos. Palabra que abarca a esas amistades amasadas en la lucha por aprender a estimar el lugar nuevo, por sobrevivir a la mochila cargada con la vida de allá. Esas amistades que se confunden con las del país abandonado. Con las que se han creado nuevos léxicos, toda una colección de símbolos, de complicidades que sustituyen lo perdido.

Capítulo 8

Diego

En esta otra estamos brindando. Ahí están Carlos y Tita. ¡Qué pedo se agarraron ese día! Bueno, ese día y unos cuantos más... Chupaban como una esponja. Ese día con el pedo se les dio por hablar, cosa que en general, cuando estaban mamados no hacían. Carlos iba repitiendo sin parar: “¿Qué hacemos aquí, tan lejos del barrio?” Y a medida que aumentaban los niveles de alcohol se iba poniendo cada vez más repetitivo y pesado. Yo tampoco sabía qué carajo estaban haciendo aquí si ya podían volverse y no les gustaba vivir en este país. El exilio ya se nos había acabado y ellos parecían no haberse dado cuenta. Si muchos no entendíamos por qué se habían venido menos todavía íbamos a entender por qué no se volvían. Carlos y Tita eran esos raros amigos de nadie que me parece que todos los grupos del exilio tienen en un momento dado, como si el exilio fuera suficiente para que la gente se hiciera amiga. En el fondo nadie del grupo los conocía bien, ninguno de nosotros había intimado nunca con ellos. Sólo sabíamos que se vinieron porque a alguno de sus amigos lo había ido a buscar el ejército y estaba desaparecido. Tal vez

simplemente tuvieron miedo y se vinieron. Sólo por sentido común. O puede ser que lo de su amigo desaparecido fuera un bolazo y simplemente se vinieron porque querían vivir en Europa. Raquel no los aguantaba. Ella pensaba que si estuviéramos viviendo en Buenos Aires nunca habríamos ido a tomar ni un café con ellos porque eran pedantes y fanfarrones. Dos características de muchos porteños que ella odiaba. Un día dijeron que estaban cansados del catalán y de los catalanes y que querían estar en un sitio donde se hablara en español. Y se fueron. Creo que a Soria. Él dijo que había conseguido un flor de laburo. Jefe de ventas de no sé qué. Pero los verdaderos motivos de sus decisiones nunca nadie los sabía. Por ahí andarán paseando su nostalgia y repitiendo que aquí no se puede vivir.

Si a Raquel no le gustaban, Eduard los odiaba. No los podía ver. Pensaba que eran soplones de la poli. “No puede ser que ninguno de vosotros sepa nada de ellos, ¡coño!”, repetía. “No conocéis ni su casa”. Y era cierto. Pero creo que era porque les daba vergüenza mostrar un piso que no debía tener nada, que los delataría como lo que éramos todos: unos pobres diablos. Sería el fin de su fanfarronería. Después de ver que vivían como todos nadie creería esas historias de sus valores, sus inversiones, sus cubiertos de plata y su cristal de Murano. En realidad eran unos pobres tipos. Gente que pensaba que la

vida consistía en hacer creer a todos los demás que ellos eran los primeros no importaba en qué. Me parece que cuando se fueron de Barcelona todos suspiramos aliviados.

Ema

Martes 25 de mayo de 2004

Querida hijita

Tengo una muy mala noticia: se murió Analía. Siento mucho tener que dartela así pero así es nomás. Se le descompensó su viejo problema de riñón. Por suerte todo fue bastante rápido y no sufrió mucho. Los últimos dos días estuvo inconsciente. Como te imaginarás querida estoy muy muy triste. Analía era mi mejor amiga nos conocíamos de toda la vida. Y eso ahora se nota y duele mucho. Porque no tengo ninguna amiga como era ella. Pero sabés como es con las penas querida parece que al lado de la pena grande que uno tiene todas las demás no tienen importancia. Aunque yo creo que se van sumando porque estoy muy triste. Me siento muy sola.

En el entierro éramos poquitos estaba la hermana Claudia la que vive en Córdoba y su hija Noemí. ¿Te

acordás de Noemí? Tiene mas o menos tu edad. Es muy rica piba. Está casada y con tres hijos. Bueno querida te dejo con esta mala noticia. De Ricardito no se nada.

Te mando un beso muy grande.

Mamá

Raquel

Viernes 28 de mayo de 2004

Hoy hablé con mamá por teléfono. No bien me atendió me di cuenta de que algo andaba mal. Tenía la voz apagada y triste. Y no era para menos: se murió la tía Analía. Me costó mucho expresarle todo lo que sentí en ese momento y poder acompañarla en este mal trago. Maldita sea la distancia. La tía Analía era una persona encantadora. Pura bondad y con esa pequeña dosis de ingenuidad que la hacía aún más entrañable. Ahora la única que queda de la gente querida de esa generación es mamá. Me produce una sensación muy rara. Como si estuviera en una carrera de postas en la que dentro de poco me darán a mí el palito ese.

Mamá se ha quedado todavía más sola. La salvan las Madres, pero no es lo mismo. No tiene ninguna

amiga de los buenos tiempos. Alguien con quien poder compartir momentos de un pasado que fue lindo. Lo único que tiene ahora es la búsqueda de Ricardo y tengo miedo de que eso la llegue a desequilibrar. Una madre a la que le desaparece un hijo evidentemente se desequilibra, se vuelve loca. Pero mamá creo que había logrado compensar esa situación enloquecedora. En parte gracias a que la tenía a Analía. Y la tenía en todo momento, siempre dispuesta a salir, charlar, consolarla, llorar juntas, recordar.

Supongo que en el fondo querría que nosotros nos fuéramos a vivir allá. Y sabe que eso no pasará nunca, que no volveremos. Una vez, en el último viaje que hice, me dijo: “Raquel, hacen bien en no volver. Acá nunca se sabe lo que puede pasar. Y yo lo que más quiero en la vida es que ustedes estén bien”. Es muy duro para una madre decir eso. Y sobre todo para ella. Me imagino yo en su lugar diciéndoselo a Andrés y tiemblo. Un hijo desaparecido y la hija a más de diez mil kilómetros. Mi idea de traerla para aquí creo que es imposible de realizar. No ha querido venir ni siquiera por un mes. Ella sigue buscando a Ricardo y sólo puede hacerlo desde allá. Una vez que yo le insistí que viniera aunque sea por un mes me dijo: “No, Raquel. ¿Te imaginás si Ricardo vuelve y yo no estoy?” Aquí se sentiría tan culpable que se volvería enseguida. Hay cosas en la vida que es mejor no pensarlas. Dejar

que fluyan, como decía siempre la pava de Tita. Lo único que puedo hacer es intentar ir más seguido. Ojalá pueda convencer a Diego para que me acompañe.

Montse

No sé bien cómo explicar mi problema con la soledad. Por un lado tengo amigos y me llevo bien con ellos. Por otro desde que murió Raquel me siento muy sola, como si los hubiera perdido a todos o como si mi única amiga hubiera sido ella. Y esto me hace sentir mal, culpable con mis otros amigos porque ellos me acompañan y compartimos juntos el dolor de esta pérdida espantosa. Pero con ninguno de ellos puedo compartir las cosas como lo hacía con Raquel. No puedo compartir las palabras ni los silencios. Por suerte me ayuda el que mis amigos saben dar y recibir y yo también. No, Roberto. No creo que sepa más dar que recibir. Mis verdaderos amigos siempre me han dado mucho. Así fue con Raquel y Diego. Y con Eduard y con Fede y con Adrià. ¿En pasado? Ah, no. No sé por qué lo he hecho. No me he dado cuenta. Bueno, será porque hace tiempo que no veo a Diego y por eso hablé de él en pasado. Sí, lo iré a ver antes de que se vaya, por supuesto. Lo quiero mucho y hay mucha

confianza entre nosotros pero desde que murió Raquel me es difícil hablar con él. Siento que tengo algo importante que decirle y no sé qué es. Cada vez que pienso en ello me vuelven los síntomas gástricos. El ardor, la acidez, la aerofagia. Es muy desagradable. Tengo que consultarlo. Tal vez tenga algo crónico en el estómago. Creo que eso ayuda a que me cueste hablar con él. Sí, Roberto. Siempre tuve molestias gástricas. De pequeña ya las tenía y nunca me encontraron nada. Claro que soy médica y eso qué tiene que ver. Bueno, ya le digo que no sé qué es lo que me impide hablar con Diego. Y tampoco qué será eso importante que siento que tengo que decirle. Lo quiero mucho y también a Andrés. Supongo que la muerte de Raquel nos afectó tanto a todos que nadie quiere remover en ese dolor. O soy yo la que no lo quiere remover. Sí, Eduard los ve y también Fede. No, nunca lo había pensado. Y sí. Será eso importante que no sé qué es. Yo siempre me sentí un poco culpable por la muerte de Raquel. Y pienso en Diego y me siento culpable. No sé de qué, pero me siento culpable. Mire por dónde hablamos de la culpa del sobreviviente ella y yo un mes antes del accidente. Pero creo que va más allá de esa culpa del sobreviviente. Es como si le hubiera hecho o le hiciera algo malo a Diego sin quererlo. Todo muy desordenado. No, Diego nunca me dijo nada, ni me echó en cara nada. Soy yo la que me monto esta

película desde que Raquel murió. Tal vez será porque uno se da cuenta de lo que quiere a alguien cuando ya no lo tiene más. Y eso me ha pasado a mí. Y a medida que pasan los días siento que la ausencia de Raquel es como una herida que se agranda más y más. ¿Qué diría ella si me viera así? Desde luego que me costaría hablarlo mucho menos que con Diego o con Eduard. No, no lo he pensado nunca, creo que todo lo que nos teníamos que decir nos lo decíamos. ¿Cómo definiría nuestra relación? Como algo sin límites.

Fede

Es gracioso porque siempre que Raquel hablaba de ella y contaba que la había llevado al zoológico vos comentabas que también habías ido y Raquel no se acordaba. ¿Eran muy chicos? Ah, no tanto. Yo me acuerdo de cosas de cuando tenía 5 o 6 años. Creo que son mis primeros recuerdos. Raquel la adoraba. Siempre la llamaba "la tía Analía". Cuando nos comentó que había muerto estaba muy quebrada. Sí, ya sé que a vos muy bien no te caía. Y, andá a saber. Por ahí era especialmente cariñosa con Raquel y a vos no te conocía tanto. Pero si te llevó al zoológico fue porque te quería. Ay, Manu, uno no anda juntando pibes que no le gustan para

llevárselos de paseo. ¿Y si justo las veces que estuviste con esta señora ella estaba mal por algo? O tal vez te dijo algo que no te gustó. O no te dejó meterte en la jaula de los leones. Cada uno construye su historia en base a los recuerdos y éstos son traicioneros. No siempre dicen la verdad. Dependen de la memoria y de la mirada. De lo que estábamos haciendo en el momento en que sucedieron. De con quién estábamos. Vos y yo no nos acordamos de las mismas cosas que vivimos juntos. El otro día no te acordabas de que le habías hecho gancho a Raquel con Diego. Y mirá que eso fue importante en nuestras vidas. ¿O te hacías el boludo? Qué *huacho*³⁰ que sos. Siempre me estás jodiendo.

Eduard

Ayer estuvo el gilipollas ese de Carlos. Manda huevos con el tío plasta. Ahora me viene con el cuento de que prefiere vivir en Catalunya. Que Castilla no es como aquí. Que aquí puede hablar con los amigos como en Argentina. O sea que el tío se va de aquí porque no soporta que la mayoría hablemos en un idioma que él no se dignó aprender y ahora vuelve porque aquí puede hablar en

30 En lunfardo: mala persona

argentino. *Sembla subnormal el paio aquest*³¹. Lo que a este le pasa es que odia cualquier cosa que no sea de Buenos Aires. Cuando venía aquí me tenía *fins els collons amb el cafè*³². Que si era muy largo, que si era muy corto, que si estaba muy caliente, que si estaba muy frío. Un día le dije que me tenía hasta los cojones y que si quería tomar un café tan especial se lo trajera en un termo o se fuera a otro bar. No me jodió más. Un rato después Raquel le dijo que en la mayoría de los bares de Buenos Aires se toma jugo de paraguas. Nos tenía hartos a todos. Espero que no vuelva a vivir aquí. Se nos va a volver a pegar como una lapa. Y si no está Diego esto puede ser demencial. Entonces sí que cierro el bar y me voy a Tombuctú. Sólo por no aguantarlo.

Andrés

Palíndromo

En esta ocasión subió a la palabra por la primera letra, se sentó en la “a” y se recostó en el punto de la “i”. No estaba del todo cómodo ya que el maldito punto se le clavaba en el omóplato izquierdo. Estaba cansado y sospechaba que le esperaba un viaje largo. No llevaba más carga que cuatro ideas turbias.

31 En catalán: Este tío parece subnormal

32 En catalán: hasta los cojones con el café

Desde hacía un tiempo prefería viajar sin mucho equipaje. Al cabo de un rato no soportó más el dolor de espalda, se levantó y comenzó a caminar por las letras hacia el fin de la frase. Como en cualquier tren la frase avanzaba y él avanzaba dentro de ella. Le costaba sortear las *eles* y sobre todo las *tes*. Pero acostumbrado a recorrer las palabras, avanzaba sin demasiada dificultad. Aunque los espacios entre una palabra y otra lo obligaban a bajar y subir un escalón y eso era un poco pesado. Sobre todo con los monosílabos. Poco a poco descubría el contenido de la frase pero le intrigaba el largo de la misma. Ignoraba si llegaría al final del recorrido antes de que la frase acabara. Y sabía que una vez llegado al punto final todo acabaría y no podría volver salvo que la frase fuera un palíndromo. “*Allí, tieta Mercè, faci cafè, crema, te i til·la*”³³. “La ruta nos aportó otro paso natural”. “A Mercedes ese de crema”. Por ahora no lo parece pero no sabrá si es un palíndromo hasta no llegar al final o casi al final. Y tal vez en ese momento la frase ya haya arribado. También podría ser que la frase no estuviese completa y el viajero tuviera que completarla pasando de lector a escritor. De esclavo a dueño. O podría haber subido a una hoja en blanco y escribir toda la frase. Entonces sería el dueño del viaje. Decidiría el principio y el fin. Podría ir a donde quisiera. Sería el autor. Escribiría las letras, los acentos, las comas y un glorioso punto

33 En catalán: Allí, tía Mercedes, haga café, crema, té y tila

final. O podría escribir un palíndromo para volver sin la sensación de haberse movido. Pero, ¿cómo es el punto final de un palíndromo? ¿Tiene punto final o es un eterno ida y vuelta? Es difícil entender que una frase pueda ser leída de ida y de vuelta. No, los palíndromos no existen. Una frase no se puede leer nunca desde el final con el mismo significado que desde el principio. Los viajes nunca son iguales a la ida que a la vuelta. Siempre hay más preferencia por un trayecto que por otro. Y eso depende de adónde se viaja, de quién viaja, de cuándo viaja, de cómo viaja, de desde dónde viaja.

Capítulo 9

Diego

¡Qué pinta tiene Eduard en esta del bar! Muy orondo con su delantal blanco y su bigote a lo Dalí. Es un filósofo que aprendió todo de la vida y de los libros. Gran lector, crítico, escéptico. Todo lo que sería un Discépolo catalán. Para Raquel y para mí el bar de Eduard era como otra habitación de nuestra casa. Cada día desayunábamos allí. Ahora hay días que no voy. Me salto el desayuno. Todo cambió desde que Raquel no está. Tampoco nos juntamos para las tertulias del viernes a la noche. Él fue el creador de las "tertulias de escuchar", como le gustaba llamarlas. Los viernes a la tardecita a medida que comenzábamos a llegar se le iba iluminando la cara. Hasta que echaba sin contemplaciones a algún cliente rezagado y cerraba la cortina con una sonrisa. Y allí estábamos Raquel y yo, Adrià, Montse, Silvia, Andrés, Fede y Manu y a veces alguien que se agregaba. Si habremos pasado horas hablando del mundo, la gente, la crueldad del amor, la transición, la maldad innata de la Iglesia, las noticias del día. Eduard siempre decía que las tertulias le habían cambiado la existencia. Creo que ahora no le ve sentido a seguir con el bar.

Desde que llego solo, me mira y con voz del hombre del tiempo dice: “Hoy amaneció nublado” o “Está parcialmente despejado” o “Se avecinan borrascas intermitentes”. Hace unos días yo estaba peor que de costumbre y ni siquiera me sonreí. Entonces se sentó a mi mesa y en voz baja pero firme me dijo: “Mira chaval, no me jodas. Tu drama lo compartimos todos. Pero tienes que poner de tu parte. Con esa cara ahuyentarás a los amigos. A mí no. Pero hay mucha gente que no aguanta la tristeza aunque sea la de otros. Por favor cambia ese careto”. Pobre Eduard. Se hace el duro pero no aguanta mi sufrimiento. Nunca me dejará solo pero no lo aguanta. Se desespera por ayudarme. Yo intenté cambiar la cara pero no pude. El rictus que puse me hizo doler los músculos. Cuanto más fuerza hacía para que no se me notara, más me dolían. La tensión se hizo insoportable. Entonces salí con algún pretexto y me puse a caminar rápido hacia cualquier parte. Me dio un ataque de llanto que no pude controlar. Se me apareció la imagen de Raquel con una fuerza increíble y los recuerdos me pisotearon como una tropilla de caballos. Nadie que haya vivido con una mujer como ella puede luego vivir solo. Yo no puedo vivir solo. Y estoy obligado a vivir sin ella. Eso es irreversible. ¿Pero qué hago yéndome solo a Buenos Aires? ¿Por qué elijo eso? Solo. Sin Andrés, sin Eduard, sin Fede y Manu, sin Montse. A qué bar iré a desayunar. Allá no tengo amigos. Sólo está

Hugo. Tengo un hueco. Eso es un túnel del tiempo y yo ya no estoy para experimentos.

Eduard

Ni tele ni maquinitas tragaperras ni hostias. A un bar se va a desayunar, a tomar un café, un vino y a charlar. Al bar no va uno a idiotizarse. Y al que no le guste que se vaya a otro. Como si faltaran bares para gilipollas en esta ciudad. Y si alguien viene a provocar al personal o a predicar imbecilidades de fachas trasnochados, se va a la puta calle. A mi bar viene gente que piensa. Buena gente. Currantes que a partir de las 7 de la mañana se toman el cafelito antes de ir al tajo. Y el que quiere leer tiene libros que puede servirse de la estantería. Pero bien sabes que no es un bar de intelectuales. Que a mí los intelectuales también me tocan los cojones. A mí me gusta la gente que sabe y no necesita demostrártelo todo el rato. Los que no van de nada. Como Raquel, como Manu y Fede, como tú. Sois intelectuales porque usáis el intelecto, pero vivís la realidad. Sabéis lo que es un pobre, una víctima. Habéis sufrido. No vivís en una campana de cristal. En las tertulias siempre se notó eso. No se deliraba, se discutía sobre cosas que uno podía tocar. Extraño las tertulias. Nadie nunca habló de eso pero desde

que murió Raquel se dejaron de hacer. Fue como algo natural. Como que sin ella nadie le veía el sentido a hacerlas. Realmente era el alma mater. Para mí, cerrar la cortina del bar el viernes a las nueve de la noche era un premio. Sólo el gesto de arrastrar la cortina me ponía de buen humor. Nos lo pasábamos bien de cojones discutiendo de cualquier cosa sin tema fijo. ¿Recuerdas aquella en la que nos trenzamos en una discusión sobre Pirandello? Sí, fue famosa. No recuerdo de qué tema hablábamos cuando alguien dijo algo sobre la adhesión de Pirandello al fascismo. Exactamente, Silvia; como bien dices tú: ahí se pudrió todo. Que si el compromiso del artista, que si el arte y la política. Que si Borges, que si Picasso. Fue una noche alucinante. Acabamos todos riendo con una salida de Manu.

Ahora que Raquel no está todo es diferente.

Montse

Siempre estoy hablando del pasado. Supongo que es porque de ahí vienen mis problemas. Pero no sé si es sano... Pienso que es sano si no se convierte en algo permanente. No quiero que sea una obsesión. ¿De mi presente? A veces pienso que no es muy diferente. Está marcado por la ausencia. Me

siento sola. Tengo amigos buenos pero nunca pude hacer una pareja. Mis padres me engendraron con amor en un momento muy difícil y yo que vivo mucho más tranquila no he podido tener una pareja estable. Dejé escapar el gran amor y todavía no sé por qué. O tal vez no fuera el gran amor pero merecía serlo. Porque Adrià es un fuera de serie. Bueno, sensible, solidario. Y me atrae físicamente. Bueno, ahora no lo tengo tan claro. Estoy hecha un lío. No sé por qué me dejó de gustar. Supongo que así es el amor, ¿no? Así como viene se va. No, a mí nunca me vino para quedarse. Claro que me gustaría pero no sé cómo es eso. Nunca tuve amores duraderos. Creo que todas las relaciones se terminaron por mi culpa. O mi responsabilidad, vale. Pero la relación con Adrià no la terminé porque nunca comenzó. Es como una relación inventada pero que iba haciéndose más real a medida que nos encontrábamos y charlábamos. Después vino todo el rollo de su alcoholismo y la cosa se fue haciendo cada vez más complicada. Sí, claro, yo estuve al lado de él en todo el período de caída y cuando comenzó la cura de desintoxicación. En realidad me comencé a alejar cuando él estaba ya recuperado. Fue curioso porque en un momento dado pensé que nuestra relación volvería a ser como la de antes de su caída y ese fue el momento en que comencé a separarme, a perder interés. ¿Qué pienso de esa coincidencia? Pienso que debería dejar de pensar. Que tal vez por

pensar tanto me estoy jodiendo la vida. No sé, Roberto. Yo no soy mala persona. Tal vez me quedé al lado de él para ayudarlo en el mal trance y cuando creí que no me necesitaba me alejé. Sí, pienso que esa es la razón por la que me alejé: él no me necesitaba más. No había asociado esta actitud mía con mi colaboración con Médicos sin Fronteras. No, no siento que tenga que pagar ninguna deuda pero sí siento que debo intentar que todos vivamos mejor y lo que yo pueda hacer... Es cierto, también tengo que pensar en mí. Pero si lo consulto a usted es porque pienso en mí, en mis problemas. Raquel también pensaba siempre en el otro. Y era víctima de su pasado, como yo. Pero ella era más fuerte. Sabía mirarlo todo con la distancia que se merece. No era una enferma de nostalgia. Al contrario. Era totalmente realista. Y siempre dispuesta a no olvidar. Pero realista. Sin idealizar el pasado.

Fede

Creo que te hizo ese comentario simplemente porque a las dos les gusta romper esquemas... Les gustaba. Y así mirado no me parece un comentario agresivo sino simplemente un paso para definir un concepto totalmente revolucionario. Efectivamente, Manu. Eran dos *under* totales. Muchas veces no se

daban cuenta de que rompían esquemas, que provocaban, que llegaban al límite. Porque lo hacían como algo natural, sin esforzarse. Iban completándose las frases mutuamente hasta que llegaban a un concepto rompedor pero totalmente asumible, realista, difícil de invalidar. Era tan lindo verlas juntas. Me encantaba que vinieran solas a casa. También si venía Diego, pero cuando venían solas ¿no te parece que era algo especial? Sí, una complicidad diferente. Tenían como un lenguaje oculto, unos códigos que manejaban como si fueran gemelas. A mí siempre me causaba gracia mirarlas y ver cómo se comunicaban con pequeños gestos. Sííí! La sonrisita esa de costado! La hacían casi igual. A veces la comenzaba una y a veces la otra. Y parecían resumir todo un pasado, una historia de lo que se estaba hablando. A Montse no se la he vuelto a ver. Es como si se le hubiera perdido. Para ella fue un golpe durísimo. Ya ha pasado un año y no se ha repuesto. Está desmejorada, muy de capa caída.

Raquel

Viernes 12 de enero de 2007

Hoy me vi con Montse. Me gusta el bar donde nos encontramos siempre. Está en la Plaça de la Concòrdia. Era el bar al que iba ella cuando era

joven y vivía en Les Corts, antes de irse a estudiar a Zaragoza. Se ve que cambió dos o tres veces de dueño pero conserva un toque antiguo que a las dos nos hace sentir cómodas, como en casa. Es tranquilo y ahí tenemos intimidad, es nuestro bar.

Tuvimos una larga charla, como siempre. Hablamos de la desaparición de Ricardo, la búsqueda de mamá y lo terrible que es para ella vivir así, más aún conmigo tan lejos. Eso me hace sentir culpable tanto por el estar lejos y no acompañarla en su búsqueda como por el hecho de que fuera Ricardito y no yo el que se llevaron. Montse me miró y me dijo "Sabes lo que te diré y sé lo que me contestarás". Hablamos de lo irracional e inevitable del sentimiento de culpa que tiene el que sobrevive.

Últimamente no la veo muy bien. Su relación con Adrià es compleja y está confundida. Nunca fue un tema fácil para ella pero creo que ahora la preocupa más. Tiene una mezcla de sensaciones y no las sabe separar. Adrià es un tipo macanudo y como hecho a su medida. Pero aunque a mí me parezca raro ella no sabe si lo quiere o no. Mejor dicho: si lo ama o no, porque quererlo lo quiere y mucho. Me parece un dilema extraño porque yo me enamoré tres veces y en las tres me di cuenta muy pronto. Sobre todo con Diego con quien fue directamente un flechazo.

Montse no sabe ni siquiera por qué se distanció de Adrià. Dice que fue para no interferir en su cura de desintoxicación pero yo creo que se quiere convencer de eso para no profundizar. Ahora que Adrià está mejor podría acercarse y no lo hace. Es como si tuviera miedo de comprometerse en una relación más profunda. Ninguna de sus relaciones lo ha sido.

Se rió cuando le dije que esas dudas sobre si está o no enamorada de Adrià eran más de porteña que de catalana. Me contestó: "Ya ves, cariño. Nosotras siempre rompiendo esquemas. Yo me analizo y tú no."

Andrés

Volver

El tiempo le va quitando sentido al volver hasta convertirlo en una ficción. Poco a poco lima sus aristas, lo rescata de los baúles del destierro y lo transforma en una palabra que se ahoga en el eterno oficio del recuerdo. En una órbita cada vez más lejana el desterrado repite su conjuro una y otra vez. Ignora el por qué pero sabe que es el verbo de los pájaros migrantes que siempre se alejan de lo que quisieron suyo sin perder la curiosidad de los nidos.

Nadie sabe cuál es el curso de la irreversible geografía del desterrado.

Ema

Miercoles 24 de enero de 2007

Hija querida

Me alegro de que esten bien.

Lo que me decís de que me consiga una computadora lo entiendo pero creo que nunca me acostumbraria a escribir en esa maquina. Dejame que siga con mis cartitas y las estampillas como siempre. Y cada tanto el teléfono que es tan lindo oírte la voz y la de Andrés y la de Diego.

Lo que me contaste de Montse en tu última carta me hizo pensar que me gustaría tanto conocerla. Cuando vengas la proxima vez podés venir con ella no? Sería lindo y seguro que aquí se olvidaría de sus problemas cuando viera el despelote que es esto. Y por ahí hasta encuentra un novio y todo. Aunque con un argentino no sé si se le solucionarían sus problemas o se le agregarían otros.

Ojalá que en el próximo viaje venga Diego. Tengo tantas ganas de darle un achuchón como decís vos.

Un beso de tu mami que te quiere mucho mucho
como la trucha al trucho

mamá

Capítulo 10

Alguien cualquiera

El agua parece tranquila, aunque nunca se sabe. Hay corrientes que no se ven por debajo de la superficie y pueden llevarte lejos de la orilla o golpearte contra una roca. El barquito está quieto y no se agita. No veo a nadie. Tal vez el pescador esté durmiendo en el fondo del casco. Desde donde estoy veo peces mordisqueando el agua. Algo habrá para comer, digo yo. Mi amigo me distrae: es un poco plasta y no para de hablarme. Si no fuera por eso yo sólo oiría el ruido del agua golpeando contra el puente. Es una música hermosa. Querría estar solo. Él siempre quiere compañía y yo siempre quiero estar solo. No sé si es mi amigo porque yo casi no tengo amigos. En general los amigos quieren hablar y a mí lo que me gusta es estar callado, mirar los peces, el agua o las barcas. Y oír. En esos momentos de soledad es cuando mejor pienso, cuando más tranquilo estoy. Cuando llegué hace rato había un hombre pequeño mirando para la otra orilla del puente. Me parece que estaba tenso, aunque yo sólo le vi la espalda. No sé si todavía estará porque hace rato que no levanto la vista. No quiero levantar

la vista. Prefiero concentrarme viendo cómo los peces mordisquean el agua. Tal vez ya se haya ido. Puede ser que haya cruzado el puente porque no lo oí pasar por aquí. Siempre hay gente que cruza el puente. No sé a qué irán al otro lado. Yo fui una vez y era igual que aquí sólo que había que mirar para el otro lado. Había gente que hablaba, agua, peces, barcas de pesca, el cielo, las nubes. No volví a cruzar. Para ver lo mismo que aquí me quedo donde estoy.

Diego

Andrés recién nacido saliendo del hospital. Ésta la sacó Montse y esta otra yo. Montse y Raquel abrazadas y Andrés entre las dos. La divina Montse. ¡Qué poco nos vemos!

Al año siguiente nos fuimos a Molló y conocimos a su abuela.

Ésta es en Gavà. Andrés debía tener cuatro años. Íbamos muchos domingos de primavera y comíamos en un chiringuito al lado de la playa. A Andrés le encantaba mirar los aviones que llegaban y salían del aeropuerto. Se pasaba horas imitando el ruido que hacían, señalándolos con el dedo y preguntando: “¿Va a la Argentina?”. Alguno iría a la

Argentina, digo yo. El mar, si estaba tranquilo y el día nublado, se parecía un poco al río en un día de sol. Porque se ponía gris. No marrón pero gris. Creo que el río nunca dejaba el marrón, no llegaba al gris. Pero igual se parecían un poco. Y también con el aeroparque al lado. Siempre entrando y saliendo aviones. Al final te acostumbrabas al ruido, pero era molesto. Y supongo que ahora que el ruido ese arrastra historia debe ser más molesto todavía. Los que viven por ahí deben pasarla mal. Sobre todo los que recuerdan esos años de horror. Aunque no sé cuántos de los que viven por ahí pensarán que fueron años de horror. Yo espero llegar dormido y no ver el río. No miraré. ¿Marcela estará ahí? ¿En el fondo de ese río?

Y luego Raquel y yo viviendo aquí y ahora. Fabricándonos nuestro mundo. Un mundo sin país. Con Andrés pequeño y luego más grande y más grande hasta que un año se fue solo a la Argentina y volvió diciendo que se quería ir a vivir allá. “Me quiero volver” nos dijo. “¿Cómo volver, si vos naciste aquí?”. “Da lo mismo dónde nací. Soy de allá. A mí me exiliaron antes de nacer.” Esa noche Raquel me dijo: “Tantos años trabajándonos el lugar y ahora viene el pibe y nos dice que quiere vivir allá. Que aquí se siente exiliado. Parece una joda...”. Un tiempo después se fue con la intención de quedarse. A los seis meses lo teníamos de vuelta aquí, puteando. Pensaba que Argentina está linda para ir,

para tener amigos, pero no para quedarse. Eso ya era otra cosa. “Yo tampoco sé muy bien de dónde soy -decía- pero me he hecho aquí. Aquí tengo un lugar, el objeto de lo que escribo, mis recuerdos. Dejé allá buenos amigos. Pero tengo que cuidar a los de aquí. Son los que me aguantan mis neuras desde que los quiero y me quieren. Los que entienden que a mí me exiliaron antes de nacer. Prefiero darles el coñazo a ellos con la Argentina y no al revés”. Raquel lo miraba enternecida y tranquila. Como triunfante. Contenta de poder seguir disfrutando de su nene. Qué poco le duró...

Andrés no quiso irse y mirame dónde estoy yo ahora. No me extraña que me putee. Él tenía que cuidar a los amigos de aquí y yo me voy y los dejo. Manda huevos. Hace un tiempo, cuando le dije que me volvía, me miró y me dijo: “Andá, yo te espero aquí con la cena caliente”.

Andrés

¿Puede volver un desterrado? ¿Y a dónde vuelve? Sea donde sea, nunca llegará. Porque es un hombre que extravió la brújula y la llave. En la búsqueda aprendió el olor de las adelfas, las encinas y los madroños. Ahora habita cuevas donde duermen los poetas ciegos, cansados de mirar donde no ven. El

tiempo fue borrando el dibujo de los mapas, sus puntos, sus rayas y el orden de sus colores. El amor del hombre que nunca llegará es un tronco con raíces en la nada.

Montse

En cierto sentido el drama de Diego y el de Raquel son parecidos al mío. Todos los dramas tienen cosas en común. Siempre hay alguien que desaparece, siempre hay viudas o viudos, siempre hay huérfanas o padres que pierden a sus hijos. Es un fangal similar para todos y yo estoy metida en él. Y esas cosas pasadas que son tan tremendas hacen que pierdas parte de tu identidad. La identidad debería formarse en situaciones normales. Y esa debería ser la identidad normal. La real. Bueno, claro, con unos límites. Pero una cosa es que tu identidad se construya en momentos de paz y otra muy distinta si se construye en hecatombes como la de la Guerra Civil o la dictadura argentina. ¿No cree usted que mi nombre cambiado me altera la identidad? Yo creo que sí. Me llamo Montserrat y debería llamarme Libertad. Casi nada. anarquismo por religión. Me cambiaron parte de la identidad. Y una parte importante porque el nombre de una persona es de las cosas fundamentales de la identidad. Sobre todo si ese nombre es Libertad.

Raquel me dijo una vez que su identidad estaba forjada por el miedo, por el miedo a que la fueran a buscar, por el miedo a que secuestraran a su madre, por el miedo que sintió mientras esperaba que despegara el avión que la trajo a España. Tenía terror que mientras esperaba el despegue subiera la policía o el ejército o los paramilitares y la secuestraran. Mi identidad también está forjada por el miedo. Miedo a la represión, miedo a la pérdida, miedo a la soledad. El miedo que sentí cuando me detuvieron en la mani de Zaragoza. Miedo a que vuelva aquel silencio que sufrí cuando era pequeña. Ese secreto del que nadie me hablaba. Y si mi identidad está marcada por el miedo no puede ser mi verdadera identidad. Sí, Roberto, ya sé que es la identidad que tengo y que así se construyen. Pero yo no me resigno. No quiero decir "es lo que hay". Odio esa frase. Es el colmo de la sumisión. Lo que hay es que yo quiero descubrir mi verdadera identidad. Quiero saber cómo sería yo si hubiera nacido con un padre vivo, sin secretos, sin guerras civiles, sin miedos. Y si llevara mi nombre. Sí, pero cómo se hace para convivir con todas esas mierdas. Yo no quiero convivir con ellas, quiero quitármelas de encima. No pensar más en ellas. No, no estoy todo el día pensando en ellas. Pero le doy vueltas cuando tengo tiempo libre que tampoco es tanto: en el hospital trabajo 8 o 9 horas cada día.

Ema

Martes 27 de diciembre de 1983

Ahora que esta pesadilla se terminó confío en que Ricardito va a volver. Lo van a soltar y va a volver. Se saben cada vez mas cosas todas horribles pero guardo la esperanza de que muchas no sean ciertas. Tengo fe, Raquel. He vuelto a tener fe desde que se terminó la dictadura. No puedo tener otra cosa que fe sino hace tiempo que me habría ido. Las madres estamos contentas y ahora tenemos menos miedo aunque la verdad es que no teníamos miedo. Porque despues de lo que nos pasó que mas te puede pasar. Que cosa peor que robarte a un hijo te pueden hacer. Te voy a confesar algo que no le he dicho a nadie ni siquiera a Analía. Arreglé el cuarto de Ricardito. Y hasta puse un malvón en su ventana para que se lo disfrute con lo que le gustan.

Bueno querida mia te dejo y te paso toda mi esperanza.

Te quiero y los extraño

Besos y feliz año nuevo!

Mamá

Eduard

Es un personaje particular. Yo en realidad no lo conozco mucho. Lo conozco a través de lo que Montse y Diego me cuentan de él. Sí, me cae muy bien y me gustan sus dibujos. Bueno, sus bocetos: lo que le he visto hacer aquí muchas veces. Venía y se sentaba en una mesa con ventana si no había mucha gente y allí, con buena luz sacaba su libreta y dibujaba. Un día llegó, se sentó en la mesa de la ventana, sacó la libreta y me pidió un café. No, en esa época todavía no privaba mucho. Lo vi muy callado, reconcentrado. Pero como no tengo tanta confianza con él no le pregunté nada. Alguna vez comentó que lo que dibujaba eran borradores y que después con alguno de ellos hacía un cuadro. Sí, qué te voy a explicar a ti. Cuando le traje el café había hecho el marco de la ventana y alguna cabeza que pasaba por la acera. Los borradores los hacía muy rápido. ¿Tú también? Claro, son ideas que no pueden dejarse pasar.

Al rato llegó Montse. Adrià se mostró sorprendido y no me pareció especialmente contento. Me dio la impresión de que estaba concentrado en el borrador y que no quería compañía. Pero evidentemente Montse se sentó con él, contenta de verlo. No lo disimulaba, no. Yo charlé un rato con Montse, le traje un café y los dejé solos. Al cabo de un rato ella lo miraba embelesada y él dibujaba con trazos rápidos

mirándola cada tanto. No, Silvia, no los espiaba pero bien sabes que la mesa de la ventana es la que mejor se ve desde aquí. Yo iba haciendo mis cosas.

En un momento dado Adrià vino a la barra, pagó los cafés y se fue. Montse se quedó en la mesa y cuando me acerqué me enseñó el retrato que le había hecho Adrià. Estaba tan contenta, *pobreta*. ¿Que por qué *pobreta*? Porque Montse creo que estaba muy colgada por Adrià y no se atrevía a decírselo. En cierta manera Montse es débil aunque no lo parezca. Y eso me da pena. Y también por su historia. Conmigo habla mucho de su historia pero poco de sus sentimientos. ¡No me mires así, coño, que ya sé que yo tampoco! En realidad sí que habla de sus cosas pero siempre hay un territorio con la entrada prohibida, como si allí guardara un secreto. Algo muy suyo.

Fede

Es más complejo que eso, Manu. No depende sólo del nombre. Bueno, ya sé que lo sabés, pero si no lo digo en voz alta no me aclaro. Sí, así soy. Ese es un pedazo de mi identidad... Ahí te doy la razón: no es cualquier nombre. También tiene un peso especial el que no le hayan podido poner "Libertad". Eso marca. De todas formas me parece que Montse antes no

comentaba mucho de estas cosas. Creo que les da más vueltas ahora. No sé, deben ser varios los motivos: la enfermedad de la madre, la muerte de la abuela. Es como si tuviera miedo de perder su historia ahora que no le quedan testigos. También puede ser la terapia que escarba en sus recuerdos... ¿Y eso es mejor o es peor? No sé si revolver la mierda beneficia. En todo caso parece estar conociendo su verdadera identidad. Ahora muchas veces habla del nombre que no le pusieron. Sí, varias veces hizo comentarios sobre cuál era su verdadero nombre. No creo que centre todo el tema ahí. También habla mucho de su padre y de cómo lo mataron. Y del silencio que vivió durante años. Todas cosas que van forjando la identidad. ¿Vos no pensás en cómo se construyó tu identidad? Yo sí. Muchas veces lo hablamos, Manu. Hay como hitos pero tal vez lo más definitorio en mí fue asumir que me gustaban los hombres. Es gracioso porque en ese momento tenía 11 o 12 años y no me di cuenta de que era gay. Sólo me di cuenta de que me gustaban los hombres. No quise ver que eran la misma cosa. Supongo que así me era más fácil. Tardé un tiempo en asumir que era gay. Y el broche fue conocerte y que viviéramos juntos. Como si comenzáramos a construir juntos la identidad de cada uno. No, Manu, a mí me gusta pensar en estas cosas. Además ahora las pienso con mucha tranquilidad. Diría que con alegría porque pudimos

llegar a donde llegamos. Que es mucho. Vos sos menos de darle vueltas a las cosas del coco. Sos más pragmático. ¿No te parece apasionante el tema de la identidad? Raquel dijo una vez que su identidad estaba construida sobre el miedo. Sin embargo si ella no lo hubiera dicho yo jamás lo hubiera pensado. Siempre la vi muy segura en su ser exiliada. Con aquello de que vivía en la línea tenue entre el aquí y el allá. En la franja del exilio. Con su nostalgia limitada a algunos tangos y poca cosa más. ¿Te acordás cuando en la famosa cena que le montamos con Diego nos preguntó cómo nos sentíamos aquí? Vos le dijiste algo que a mí me encantó y después supe que a ella también. Sí, vos le dijiste que te gustaba sentirte argentino sin necesidad de estar todo el día tomando mate o bailando tangos o hablando como un malevo de 1930. Y sobre todo sin estar constantemente comparando esto con aquello. ¿El tema de la vuelta de Diego? Y qué sé yo, Manu. Sigue siendo una incógnita. Pero estoy seguro de que también tiene que ver con algo identitario. Diego busca algo y probablemente no sepa o no pueda definirlo.

Raquel

Viernes 25 de agosto del 2006.

Ya tengo ganas de estar en casa. Poder compartir este viaje con Diego, Andrés y los amigos de allá. Me alegra saber que pasado mañana estaré en Barcelona. Por suerte al llegar todavía me quedarán un par de días de vacaciones para descansar y ponerme-ponerlos al día.

En los primeros viajes cuando me venían ganas de volver me sentía culposa. En eso cambié. Ahora no siento culpa. Lo veo como algo normal. Es tener en claro dónde está mi casa, que no es poco. Me da tranquilidad.

Esta vez encontré a la gente bastante crispada, sobre todo en las charlas de política. Tal vez eso haya ayudado a que no me sintiera muy cómoda. A poco de llegar, hablando tranquilamente con Rita y Quique hice un comentario con el que no estaban de acuerdo. La discusión subió en seguida de tono y Rita me hizo sentir que mi opinión no era válida porque no vivía acá. Otro día, con la confianza que siempre nos tuvimos, le comenté a Lali que yo no amaba a Buenos Aires. Que no me sentía atraída por la ciudad. Ella me dijo que de todas maneras uno guardaba deudas con su lugar de origen. Me sorprendió que me dijera eso, sobre todo ella, una anarquista que nunca fue apegada a la así llamada “patria” y que no es para nada el estereotipo de porteña clásica. ¿Deudas con mi lugar de origen? Ninguna. En todo caso será al revés ya que mi lugar

de origen me echó de una patada. Y peores cosas que me hizo. Creo que ambas preferimos cambiar de tema antes de llegar a profundizar en el concepto “patria”... Seguramente fue una decisión atinada para no acabar peleando. Pero me appena no poder hablar con tranquilidad, con confianza, con sinceridad como siempre lo habíamos hecho. Simplemente intercambiando opiniones.

Otro día la barra de amigos me invitó a un asado y no me acuerdo quién hizo un comentario irónico acerca del idioma catalán. Con mucha tranquilidad intenté explicar la importancia que para mí tenía el que la gente pudiera expresarse en su lengua. Fue inútil. La mayoría pensaba que el castellano había unificado España tal como lo había hecho en Argentina. Me di cuenta de que hablaban con cierto desprecio de las lenguas de las comunidades autóctonas de la Argentina. ¿No sería yo que estaba muy susceptible con el tema? Tal vez pero de todas maneras esto limitó el campo de las conversaciones porque opté por no hablar de ciertos temas. Y que eso me pase con amigos como ellos me resulta especialmente triste.

Todos mis seres queridos viven en Argentina con ausencias, con vacíos difíciles de definir pero que se sienten y se transmiten. Siempre supimos compartir ese drama sin ningún tipo de reproches. Ahora parece ser más difícil. Tengo la sensación de que

esa deuda de la que hablaba Lali es algo así como un amor eterno que debemos tenerle al país donde nacimos. Nunca fue conmigo ese sentimiento. No lo fue cuando vivía aquí, mucho menos ahora, después de tantos años de destierro.

Intento hacer un constante ejercicio para encontrar el equilibrio entre lo que amo y lo que no me gusta de este país. Creo que nunca lo encontraré. Pero por lo menos tengo claro que hay cosas que amo y otras que no. Y puedo convivir con ambas. El problema es que me resulta muy difícil compartir estas sensaciones con mis amigos de acá. Simplemente compartirlas y que entiendan el por qué de mis argumentos. Aunque no estén de acuerdo con ellos. Curiosamente creo que sólo me entiende mi madre. Tal vez porque el cariño la ciega. O tal vez porque ese cariño le deja ver con mayor claridad lo que el otro siente. Le deja ver que ningún país debería estar por encima del cariño que hay entre la gente que se quiere.

Capítulo 11

Diego

Tantos años trabajándonos el lugar que eso era casi un oficio. “El oficio de exiliado” que diría Raquel. Hasta que un día me miró y me dijo: “Somos de aquí”. Y yo le pregunté: “¿Dónde es aquí?”. Deslizó un pie por el suelo: “De esta línea, de esta fina línea por la que caminamos. Es la franja del exilio. Nos la podemos llevar a cualquier parte. De ella nadie nos puede echar”. Por aquí lo escribí. “Después de tantos años de trabajarnos el lugar, de construirnos un pasado en cada nuevo día, de balancear la añoranza y el futuro, encontramos la manera de fundar una patria sin país. Nos costó madrugones, interminables charlas y discusiones en el grupo de exiliados, asados con sabor a nostalgia, inacabables hurguetes en el pasado, en lo vivido, en lo que creímos vivir y en lo que no nos dejaron vivir. Nos costó ver amaneceres en el mar, aprender a estar en catalán, leer pasados, saborear gustos distintos, silbar otras canciones. Y fuimos haciendo nuestro ese terreno, cultivándolo, trabajándolo. En esa franja ahora hay un idioma lleno de bordillos, aceras, guisantes, hay almuerzos a las once, calles que

cambian de nombre, himnos mudos, próceres que beben con nosotros, gente con la que aprendemos a compartir otro pasado, olores que se apagan y renacen y bares que ya no existen donde hoy tomamos un café con amigos que murieron. Las imágenes van pasando como en una película”. Y el cine somos nosotros y nosotros contamos esa cinta. Pero hay escenas donde vos no salís, Raquel. Y yo las veo y no me gustan. Te las tendría que haber contado para que no se transformaran en estos fantasmas que ahora vuelven a regodearse en mi soledad. No quise compartir con vos más dolor del que ya teníamos y me jodí. Metí la pata porque ¿a quién si no podía contarle mis entripados? Y ahora vos no estás y yo hablo solo.

“Con el codo en la mesa mugrienta
y la vista clavada en un sueño,
piensa el tano Domingo Polenta
en el drama de su inmigración.
Y en la sucia cantina que canta
la nostalgia del viejo paese
desafina su ronca garganta
ya curtida de vino carlón.”³⁴

34 “La Violeta”, tango con música de Cátulo Castillo y letra de Nicolás Olivari

¿Cuál es el “viejo paese”? Un “viejo paese” que tenía un farol roto en la esquina del bar, la sonrisa de la panadera, la rayuela pintada en la calle... Y si no los tenía me los invento. Me invento los recuerdos, como hacía el tano Domingo Polenta, como hacían Carlos y Tita, como hacen Fede y Manu, como siempre hicimos todos. Treinta años para inventarme recuerdos. Tengo que dejar de hacerlo. Si ahora cierro los ojos y pienso en el “viejo paese” los recuerdos que salgan rapidito no son inventados. A ver: el bar de Mauro, el arroyo donde pescábamos mojarritas, la tranquera del campo, el puente desde el que meábamos con Hugo cuando pasaba el tren, el río, los tilos de la costanera. Y en la costanera las escaleritas que bajan al agua y se van metiendo en el mar pequeño, cerrado, azul. Veo desde lejos los barquitos a vela que pasan silenciosos. La tramuntana se lleva la boina gris. La sudestada inunda la isla y la barca encalla. Es una mallorquina con vela latina. De las que hay pocas. El señor Tomeu todavía tiene una. Me quiero comer un pancho en el carrito de la costanera. Y charlar con el ruido de fondo de los aviones que despegan del Aeroparque. Se los ve pasar desde la playa. Vienen de lejos. Cruzan el charco, traen noticias, muertes, cartas que no llegan. Y nosotros esperando, siempre esperando. Hasta que un día llega la carta y nos dice que volvamos. ¡Que volvamos! ¡Qué fácil que parece! ¡Nosotros en esos años colgamos cuadros,

deshicimos valijas, sembramos amigos, tuvimos hijos!

“Aunque me dé la espalda de cemento,
me mire transcurrir indiferente,
es ésta mi ciudad,
ésta es mi gente...
y es el lugar donde a morir, me siento.”³⁵

No es joda. Sentarse a morir en su ciudad. La mina o el tipo tiene un lugar, una ciudad y se sienta a esperar la muerte. Y yo ando buscando un lugar donde sentarme. Será éste. La franja del exilio. La fina franja del exilio de Raquel. Es lo que nos queda. Pasaron treinta años y no volví nunca. Ahora es tarde, es tarde Raquel. Se hizo tarde para el pancho. Se hizo tarde para buscar el lugar donde sentarme.

“Para el alma mía no habrá geografía
mejor que el paisaje...
...de tus calles,
donde día a día me gasto los miedos,
las suelas y el traje...”³⁶

35 “Mi ciudad y mi gente” tango de Eladia Blázquez

36 “Mi ciudad y mi gente” tango de Eladia Blázquez

Tendría que haber ido con vos. Tendría que haberte acompañado en tus viajes. Me hubieras enseñado a no soñar boludeces, a masticar la realidad del recuerdo y escupir lo que no sirve. Yo no tengo geografía y ya me gasté todo. No sé si se puede volver. Si alguna vez se vuelve. Te cambian el lugar y te quedás mirando un agujero. El puente está pero el río pasa, trae otro agua y otra y otra y nunca es la misma y los aviones pasan sobre el río, el río se ensancha y lleva más agua y hay viento y vuelve a soplar la sudestada y Marcela cae, caen los recuerdos, las lágrimas, el tiempo. Y yo te miro y te quiero ver y no puedo porque estoy ciego, sólo veo un amasijo de hierros, de miedo, de sangre, treinta años de sangre y la mirada de Andrés, treinta años que se mueren rapidito, que no me dejan nada más que soledad, cartas que no llegan, aviones sobre el carrito de la costanera. Aviones en la playa. Vienen de Buenos Aires sin noticias, no hay noticias, ya no hay más noticias. Y yo que hago maletas porque en las valijas no cabe nada. Tres maletas de mierda que se quieren llevar mis cosas, las cosas que amo y no quiero abandonar. Pero me abandonan ellas, las cosas que quiero me abandonan, se van a Buenos Aires o se mueren o se pierden y yo me quedo solo, solo, solo.

Andrés

La hormiga

La hormiga camina por un hilo fino. Avanza moviendo rápidamente sus patas. Cada tanto su cabeza parece que oliera algo en la cuerda. Bruscamente se detiene, da media vuelta, da unos pasos hacia el otro lado, vuelve a detenerse, da media vuelta y continúa su camino esta vez colgando del hilo. Sorpresivamente vuelve a ponerse como estaba. Alguien estira la cuerda y la suelta. La hormiga no puede cogerse con la fuerza suficiente y sale propulsada cayendo al suelo. Durante un instante se queda sin saber qué hacer, avanza unos pasos, retrocede, se queda quieta, hasta que sigue en la misma dirección que llevaba en el hilo. Algo le resulta extraño. No encuentra el rumbo. Pero de todas maneras avanza. Un cabo suelto del hilo que todavía se balancea, la roza. Entonces la hormiga comienza a buscarlo hasta que éste la vuelve a rozar y se detiene a su lado. La hormiga trepa por el cabo.

Montse

Ayer fui a visitar a Diego. Estuvimos charlando mucho. Creo que a ambos nos hizo bien. Cenamos juntos y luego vino Andrés.

Diego nunca me explicó claramente por qué se vuelve. En realidad creo que no se lo explicó a nadie. Ni siquiera a Andrés. Tal vez haya perdido el camino y sea una manera de intentar encontrarlo. A mí, en cierta manera me pasa lo mismo. Voy dando tumbos buscando mi meta. Sí. Es diferente. Yo tengo mi trabajo en el hospital y estoy acostumbrada a la soledad. Diego no. Y perder a una compañera como Raquel es quedarse muy pero que muy solo. Es perder totalmente el rumbo. Pero de todas formas estaba bastante tranquilo. Le va a venir bien cambiar de aires. Aquí cada cosa le recuerda a Raquel. Y cada uno de nosotros también. Pienso que volver después de 30 años de ausencia para él será como un electroshock. Lo único que espero es que no busque un reencuentro con el pasado porque no lo va a tener. Es imposible reencontrarse con el pasado. ¿De quién era la imagen de la imposibilidad de bañarse dos veces en el mismo río? ¿Heráclito? Vale. Heráclito. Es perfecta. Describe la realidad tal cual es. Una vez que las cosas suceden dejan de ser presente y pierden la posibilidad de repetirse. Al pasado se lo debe recordar pero no hay que intentar revivirlo. Pienso en mi pasado y es imposible que yo pueda revivir algo de él. Lo recuerdo, eso sí. Y me empeño en recordarlo. Como una obligación cotidiana. También es cierto que Diego vivió momentos bellos en su pasado. Épocas creativas, de esperanza. Yo no. Ayer se lo dije y creo que se

enfadó. Me dijo que su pasado había sido una puta mierda y que prefería no recordarlo. Que siempre se debía conservar la memoria histórica pero muchas memorias personales como la suya era mejor olvidarlas. Luego pensé que me había hecho una falsa idea de su vida en Argentina. Que había sido yo la que le había inventado un pasado feliz. Como si eso diera más dramatismo, más tormento al exilio. Tal vez porque muchas veces él comentaba buenos momentos de su juventud. Pero, claro, serían momentos que no cambiaban el panorama general. Como refugios para quedarse a pensar. Yo también los tuve, en realidad. En mi vida de estudiante en Zaragoza. Y momentos buenos de mi infancia en Molló. Pero la sombra de la ausencia de mi padre y el silencio que asfixiaba fue siempre mayor que la belleza de esos pocos momentos. Había días en que el silencio pesaba tanto que no me dejaba respirar. Yo ignoraba lo que había sucedido pero sentía que algo terrible obligaba a callarse, a no hablar de “eso”. Cuando me enteré de la historia comprendí el motivo. Y me di cuenta de que yo vivía con miedo de algo. Mi identidad forjada por el miedo. Como la de Raquel.

Eduard

Los que se fueron, los que se quedaron. ¿Quién se atreve a juzgarlos? Sólo los gilipollas. Todos sufren, todos son compañeros con distinta suerte. Ahora resulta que algunos se ocupan de estudiar (o eso dicen) quién sufrió más, si el que se quedó o el que se exilió. Y para sembrar más mierda, buscan traidores o héroes. Menuda gilipollez. Evidentemente el que se fue está mejor afuera porque temía que si se quedaba lo frieran y probablemente lo hubieran hecho. De lo contrario no se hubiera ido. Y el que se quedó lo hizo porque pensó que podía quedarse y no quiso sufrir el desarraigo. Y está mejor en el país donde se crió. Y ya está. No hay más. Raquel lo tenía claro. Cuando volvía de Argentina decía que de los que quedaban de su *colla*³⁷ sólo dos o tres entendían su exilio. Los otros siempre la trataban con una mezcla de envidia y desconfianza. Y de una manera u otra le echaban en cara el haberse ido. Lo más fuerte era que ninguno de los que la criticaban hizo nunca nada comprometido y le hablaban como si se hubieran jugado la vida cada día. Ni durante la dictadura, cosa que era comprensible, ni durante toda la democracia. En cambio los que la comprendían se habían jugado la vida durante la dictadura haciendo trabajo gremial u otras cosas que ni Raquel sabía. Y con ese panorama por delante se va Diego. En el estado que está no aguantará ni cinco minutos. Echará a faltar su lugar en el mundo

37 En catalán: pandilla

más que aquí. Aunque Diego lo que ahora echa a faltar no es su lugar en el mundo. Es a Raquel.

Fede

Debe conocer todos los tangos que se han publicado. Y sospecho que los que no se han publicado también. No, cantarlos ni uno. ¿Lo oíste cantar? Sí, tres notas y las tres desafinadas. En cambio es capaz de silbar perfectamente cualquier melodía. ¿Te acordás de esa noche en la que vinieron a casa y después de cenar Raquel cantó? Diego estaba particularmente inspirado y hasta la acompañó a Raquel silbando. Creo que fue la noche en la que silbó "A fuego lento"³⁸ entero. Increíble. Eso es lo que me gusta de Diego. Hace cosas que nadie sabe hacer y no les da la más mínima importancia. ¿Y cómo es que sabe tanto de música? Él viene de un hogar sencillo en el que seguro se oían tangos pero no creo que se oyera música clásica. Y él lo ha oído todo. Mirá que nosotros hemos oído miles de obras y la mayoría las tenemos en cedés pero nunca lo sorprendimos con una que él no conociera. Y además sabe pelos y señales de la vida del compositor, del intérprete, del autor del texto de la ópera. Y de los tangos también. Siempre dice que el tango mamó de la tradición operística y si te

38 A fuego lento: Tango instrumental de Horacio Salgán

gusta uno te tiene que gustar la otra. A él desde luego le gustan los tangos y la ópera. Sí que le gusta la música de Piazzolla, Manu, pero el personaje le cae mal. A mí tampoco me extraña. Parece que el amigo Piazzolla era un buen *sorete*³⁹. A veces de los famosos que nos gustan más vale no conocer nada de su vida privada. Y bueno, tal vez el problema sea nuestro: siempre queremos que los personajes sean monolíticos. Como en las pelis de buenos y malos. Exacto, querido: las que a mí no me gustan.

Raquel

Domingo 11 de agosto de 1985

Hace diez días que estamos en Buenos Aires y recién hoy puedo sentarme a escribir.

Conmocionada, aturdida, contenta, nerviosa. No sé cómo definirme. Tal vez con todos esos adjetivos. Y más... Siete años son muchos años. El reencuentro fue emocionante y al mismo tiempo brutal porque se hizo real la ausencia de Ricardo. Sobre todo en la casa de mamá y en el barrio, al pisar los lugares en los que pasó nuestra infancia y nuestra juventud. El barrio cambió poco y la casa está igual. Mamá puso una camita para Andrés en mi habitación y estamos muy cómodos. Andrés no podía creer que ese fuera

39 En lunfardo, cagarro,/ mala persona

mi cuarto cuando yo era niña. Revisó todos los cajones del armario que todavía tienen las cosas que yo dejé. Algunos recuerdos, fotos, cuadernos y hasta algunos juguetes de los que se apoderó inmediatamente. Le gustó muy especialmente "El cerebro mágico" aunque la cabeza-bombilla del señor de la tapa de la caja lo impresionó un poco. Compré pilas y me alegró ver que funcionaba. Andrés me tiene horas leyéndole una pregunta y las posibles respuestas y comprobando si la que eligió es la correcta. A mí también me encantaba ese juego. Me lo regalaron para mi cumpleaños de 5 años, la edad que ahora tiene Andrés. Cuando comencé a leer me pasaba largos ratos con él. ¿Dónde nace el Danubio? ¿Cuál es el océano más profundo? ¿Cuál es el río más largo del mundo? La caja está llena de remiendos hechos con cinta Scotch.

Al día siguiente de llegar, cuando me desperté, tuve el deseo de que los cristales del vitral del mirador se reflejaran en mi cama como cuando vivía acá. Pero ya no quedan. Están todos rotos. En seguida pensé que en un rato bajaría a desayunar con Andrés y en la mesa de la cocina habría una silla vacía. Pérdidas. Por suerte mamá había hecho desaparecer la silla en la que siempre se sentaba Ricardo. Se lo agradecí en silencio. No le comenté nada de mi sensación triste por la falta de los reflejos del vitral. Pero en un momento sacó ella el tema y me dijo que

en el barrio se hablaba de arreglar el Mirador Comastri.

A mamá la veo fuerte. Pero evidentemente es otra persona. Antes no existían los silencios para ella. Hablaba constantemente. Ahora la sorprendo a cada rato callada, con la mirada fija en algún punto lejano donde tal vez tenga la esperanza de ver a su hijo. Una de las noches en que nos quedamos charlando hasta tarde me confesó que nunca iba a creer que Ricardito "no estaba más". Con mucha claridad me dijo que la dictadura las había sometido a esa tortura eterna. Y que en eso habían triunfado aunque ya no estuvieran. Pensé en mis largas charlas con Montse.

Por otro lado no puedo describir su alegría por tenernos a Andrés y a mí. Estos diez días no paró de tocarnos, abrazarnos, hacer mis comidas preferidas, darle todos los gustos a Andrés. Se queda horas mirándolo, sacándole parecidos, hablándole, contándole cuentos. Creo que lo más lindo del viaje es verla tan contenta dentro de la inmensa tristeza que ya es crónica en ella. Para mí la sensación de estar con Andrés es muy linda y muy rara. Salí de acá corriendo, sola y vuelvo en pareja y con un hijo. Lo único que me apena es que Diego no haya venido. Tendré que convencerlo para que se anime aunque no será fácil.

La que también está contentísima es Analía. Tal como había prometido se lo llevó a Andrés al

zoológico. Volvieron chocchos los tres. Andrés no paraba de repetir que había visto un elefante y monos, muchos monos. Y muy orgulloso le contaba a todos los que quisieran escucharle que la tía Analía y la abu Ema lo habían llevado al zoológico.

Ema

Viernes 18 de marzo de 2005

Querida mía

Ayer murió el abuelo Ramón. El último tiempo fue bravo para él. No reconocía a nadie ni a mí ni a Mabel ni a Analía que iba a visitarlo al hospital casi cada día. Además estaba con unos miedos terribles. Estaba paranoico y desconfiaba de todo el mundo. Eso es terrible. Estoy triste pero después de lo de Ricardito todo me parece sin importancia. Que mal que está eso con lo que yo lo quería al abuelo Ramón. Es rara la vida y es injusta. Mañana es el entierro. Iremos los que vamos quedando. Todos lo querian mucho porque era muy buena persona. A mí me hizo mucha compañía con lo de Ricardito. Siempre me decía que iba a volver que se iba a escapar porque era un chico muy vivo e inteligente.

Te mando un beso muy grande y otro para Andrés y para Diego

Tu mamá que te quiere mucho
mamá

Capítulo 12

Diego

Sólo me falta cerrar las valijas. Como si cerrara otro capítulo de mi historia. Tengo que animarme a hacerlo. En cualquier momento lo hago. No puedo irme con las valijas sin cerrar. Sería de locos. Iría perdiendo recuerdos por ahí. Pero ahora las miro y veo otras cosas. Sombras. Manchas que son de otra época. Sueños. Andrés chiquito. Vos, Raquel, con tu boina gris. La que me gustaba tanto. Se la tendría que haber dado a Montse pero la dejé en el cajón. Le diré a Andrés que se la dé. Tengo ganas de llorar. No quiero estar aquí. Quiero estar con vos. Que nos vayamos juntos a donde sea. A la Argentina. Voy con vos a la Argentina. Dale. Tenés razón. Es mejor ir para darme cuenta que no necesito estar allá. Que mi lugar es otro. Es éste. Ya es tarde. Tengo ganas de llorar. Tengo miedo. No quiero ver los agujeros que dejaron los muertos. Aquello estará todo lleno de agujeros. Sólo está Hugo. Mi cabeza es como un trozo de carne que la memoria mordisquea. La Griega tiró por detrás de su hombro una copa que se rompió contra el suelo. El conjuro por derramar el vino. Y entonces rompió a bailar la música de Zorba

que alguien había puesto en el tocadiscos. Como si la hubieran transportado al mar Egeo, como si nunca hubiera vivido en Buenos Aires. Con esa sonrisa pequeña que le iluminaba la cara. ¿Qué pasó con los cristales que quedaron tirados en el suelo? Es peligroso. Alguien se puede cortar. Los recogemos pero se me va la imagen. ¿La Griega bailó descalza? ¿Se cortó? Se me van las imágenes con la misma facilidad con la que vienen. Ojalá todas las imágenes fueran como la de la copa rota. ¿Cuántos días después de romper la copa la asesinaron? Los asesinaron. ¿Se muere de otra manera con un niño en el vientre? Habrá intentado protegerlo. ¿Cómo? ¿Con las manos? ¿Con un libro? ¿Con el disco de Zorba? ¿Habrá tenido tiempo de sentirse culpable? ¿Culpable de qué, carajo? Si vos sólo querías algo mejor para tu pibe. No sé dónde fueron los asesinatos. Tampoco me acuerdo cómo lo supe. Sólo sé que el que me lo contó me dijo que estabas embarazada. Me enteré al mismo tiempo de tu muerte y de tu embarazo. Qué raro, ¿verdad? En el embarazo se hacen muchos planes. Mudarse a una casa más grande, mandar al nene a tal colegio, llevarlo a cerámica. ¿Pensaste en eso mientras te entraban las balas? ¿Pensaste que ibas a morir pero que el bebé se salvaba como en una película que habías visto? Eso no era una peli de ficción. Era un documental. Como el de Ricardo. ¿En qué habrá pensado Ricardo al morir? No puedo imaginarlo

porque no lo conocí. Pese a todo lo que me contaste no me lo imagino muriendo. Habrá pensado en tu madre, en vos, en su novia. ¿Tenía novia? Vos no sabías si tenía o no tenía novia. Y vos... ¿en qué pensaste? ¿Tuviste tiempo de pensar? Se necesita muy poco tiempo. Lo que dura un susto. Y en un susto uno piensa. A veces piensa que se va a morir y sólo es un susto. Tal vez pensaste que no morirías y te moriste. Y antes pensaste que tenías que escribirle a tu madre. O en que debías terminar una traducción. O en el color que te gustaría para la habitación que habíamos decidido pintar. ¡Joder! Tengo que pintar esa habitación. No puede quedar sin pintar. A vos no te gusta así como está. Y tenés razón. No está linda. Le hace falta una mano de pintura. Pero ahora no tengo tiempo, me tengo que marchar a Buenos Aires.

Tal vez en Buenos Aires esté más cerca de vos.

Andrés

El lugar de las muertes lejanas
No quiere volver
al lugar de las muertes lejanas
donde la herida duerme

en el silencio que deja la memoria.
Donde no hay voz para entonar las letras
y las manos olvidaron las guitarras.
Donde llora el payaso
frente a los que fueron niños
y las piernas recuerdan
el caminar de la odalisca.
Es el lugar
en el que sólo el viento negro
acaricia las tristezas,
mueve los trapecios
y de noche susurra las ausencias.

Montse

Raquel en la tercera consulta me dijo que nunca había pensado tener un hijo. Hasta que conoció a Diego. Me dio envidia. Conocer a alguien con quien valiera la pena tener un hijo. Un lazo muy fuerte. El más fuerte. A mí nunca me sucedió. No quiero tener hijos para que luego no conozcan a su padre. A partir de ese día comenzamos a hacernos amigas.

Contra mi costumbre de mantener la distancia con los pacientes. No sé qué fue lo que hizo que violara esta norma, que para mí era sagrada. Supongo que la sentí próxima en la desgracia aunque Raquel siempre me dio la impresión de haberla superado. Ella podía salir de su drama y pensar positivamente. Quería crear. Y un hijo es lo más grande que uno puede crear. Ellos tenían su mundo, un mundo mejor. Su pequeño mundo donde nació Andrés. Yo no querría tener un hijo en este otro mundo.

Es evidente que tengo que aprender a salir de lo dramático de mi historia familiar. Pero usted habla de ello como si fuera fácil. Y yo no sé si tengo los elementos para hacerlo. No me veo avanzar. ¿En qué lo ve usted? Sí, eso es cierto. Me cuesta menos hablar de esas cosas. El silencio me había invadido y a veces tengo la impresión de que lo voy rompiendo. De que se astilla como si fuera un cristal. Pero corta... alguna de estas cosas las hablé por primera vez con Raquel. Creo que ella también me explicó cosas que no había hablado antes con nadie. Me da hasta apuro contárselo a usted. Me siento violando su intimidad. Supongo que si estuviera viva no se lo contaría. Tenía un vecino que era medio amigo de sus padres y que a ella le daba repelús y le tenía miedo porque un día cuando ella estaba en la pubertad le metió mano. Me dijo que nunca se lo había contado a nadie porque le daba vergüenza y tampoco a sus padres. ¡Qué asco esos tipos! Y

encima es la víctima la avergonzada. Pero de todas formas ella era una mujer fuerte que inspiraba confianza. Confianza y respeto. No como yo. Yo parezco fuerte y soy débil. Me hago la fuerte. Creo que si la gente piensa que soy fuerte es más difícil que me hagan daño. No pienso que todos me pueden hacer daño pero mi historia me hace ir con cuidado. Y pese a eso me he rodeado de buena gente. Mis amigos son buena gente. Pero me cuesta romper el silencio y entonces tal vez no logro la confianza que debería lograr con los amigos. No sé si tengo confianza en mí misma. ¿Me infravaloro? Jolín, pues sí que tengo que corregir cosas de mí misma. Mi abuela y la mama cuando todavía estaba bien siempre intentaron transmitirme la necesidad de ser prudente pero sin desconfiar de todo el mundo. La mama nunca me lo dijo pero yo creo que pensaba que si mi padre hubiera sido más prudente no lo hubieran pillado. Yo creo que no. Que fue muy prudente y lo pillaron igual.

Ema

Viernes 16 de junio de 2007

Querido Diego

Es tan raro escribirte a vos. No se ni siquiera si tutearte o tratarte de usted y ya ves te estoy tuteando. Parece que hace tanto que nos conocemos y nunca nos hemos visto. Esto no tiene sentido nada tiene sentido. Perdí a mis dos hijos porque ahora se que a Ricardito lo perdí que tampoco lo veré nunca más. Recién ahora me ha caído la ficha como dicen los jóvenes ahora. Todo me resulta cruel. Este país es cruel la vida es cruel el mundo es cruel. Ya no me acuerdo de cuando era feliz porque yo también fui feliz como te habrá contado Raquel. Eramos una familia feliz hasta que empezaron a venir las desgracias. Esta vez pensé que no iba a sobrevivir porque ya era demasiado y aquí estoy escribiendote una carta destrozada pero viva. No es justo porque tendría que haber muerto yo antes porque yo soy la mamá y las madres mueren antes que los hijos. Yo ya soy vieja y estoy cansada y he enterrado a mis dos hijos. No es justo no es justo. Ricardito era joven y Raquel también y tenía mucho por vivir y por contar. Seguir viva después de la muerte de dos hijos es demasiado. Te das cuenta por primera vez digo que Ricardito está muerto. Yo lo sigo buscando igual porque me lo tienen que entregar aunque sea muerto.

Ay Diego. Me gustaría tanto que vinieras algún día. Para que nos conozcamos fuera de estas malditas cartas que ya me tienen cansada. Me faltan años de la vida de Raquel que los tenés vos. Me siento vacía

y si algún día podés venir podemos compartir todas esas cosas de Raquel que a vos o a mí nos faltan. Porque es curioso las que vos no tenés las tengo yo y las que yo no tengo las tenés vos. Aquí te mando esta foto de Raquel que me gusta mucho de cuando era jovencita. La encontré en un cajón que ella nunca volvió a abrir lleno de fotos y cartas. Las cartas no las leí. No pude. Tampoco pude tirarlas aunque te juro que quise hacerlo. Ahí se quedan.

Bueno querido Diego cuidalo mucho a Andrés que ahora solo te tiene a vos y mandale un beso muy muy grande y otro para vos.

Ema

Fede

Ha perdido a la madre y ahora se va el padre. Eso es muy duro. Tiene que estar muy jodido. Y no habla del tema. Por lo menos con nosotros. En algún momento pensé que Diego lo descuidaba yéndose, pero el otro día me dijo que fue Andrés el que lo convenció para que se fuera. Le dijo que total iban a ser un par de meses, que no iba a aguantar y se iba a volver. Pero que tenía que hacer la experiencia porque le iba a venir bien. Pero me preocupa. Lo veo muy ensimismado, muy callado. Le prometí a Diego

que estaríamos muy cerca de él. Con nosotros siempre se encontró como en su casa. Ya sé que no podemos estarle encima todo el tiempo pero no nos podemos descuidar. Está escribiendo de nuevo, ¿te acordás que lo comentó la vez pasada? Pero no sé qué y creo que él no quiso comentarlo. Supongo que será poesía. Es bueno. El poemario que publicó me parece de un buen escritor. Y sí, los artistas se refugian en sus obras, muchas veces. Espero que el escribir le ayude también a vivir con esta piedra encima.

Raquel

Domingo 9 de julio de 2006

Ayer me di el gusto de llevarla a Montse a la *Carretera de les aigües*⁴⁰. Ella había estado una sola vez y de jovencita. Yo quería mostrarle ese paseo que Diego y yo tanto queremos. Fue un día muy evocador, tal vez un poco melancólico. Era yo la que estaba melancólica. Me sentía un poco rara estando allí sin Diego que no vino porque están en época de presentar las trimestrales en la empresa y se llevó trabajo a casa. Montse se dio cuenta de que estaba

40 Carretera de las Aguas. Camino en el monte Tibidabo desde el que se ve Barcelona y el mar.

algo rarita y estuvimos largos ratos en silencio, mirando la ciudad desde las alturas. Esa vista que tanto nos había emocionado a Diego y a mí cuando la vimos juntos al poco tiempo de conocernos.

Subimos en el funicular de Vallvidrera a la mañana bien temprano para no sufrir tanto calor. El día era espléndido.

Volví a casa cansada y como Diego seguía trabajando yo aproveché y me puse a escribir.

Siempre me gustó escribir y por eso hago esta especie de diario que más que diario es una crónica de mis sentimientos y mis vivencias sin ningún tipo de objetividad. Muchas veces pensé que cuando me jubilara escribiría una novela, pero no creo que lo haga. No soportaría el duelo de terminarla que según parece en muchos escritores es bravo y en mí seguro que lo sería. En cambio con esta especie de diario es distinto porque no hay que darle un final. Así puedo escribir sin preocuparme, que es lo que me gusta. Además no sé si algún día me jubilaré. Me gusta lo que hago y no me cansa. Siempre me gustó traducir y no hay mucha gente que traduzca del alemán. La editorial me paga bien, no me presiona con las entregas y ya son muchos años que trabajo ahí.

Eduard

Tú los conociste el día del asado de los diez años de Diego y Raquel en Barcelona. ¿Recuerdas? Entonces será que estabas por otros menesteres más importantes. No me digas que no conoces la historia. Es extraño pero lo entiendo. Todos fuimos siempre reservados en ese tema. Quisimos evitarles más sufrimiento a ellos pero nadie supo cómo manejar el tema correctamente. Ernesto es una persona que vive destrozada. No, es el más alto. Susana y Raúl son bajitos. Es el cuñado de Raúl. El ejército allanó la casa donde vivían Ernesto y la hermana de Raúl. Ella estaba sola y sabía que de un momento a otro llegaría él. En un descuido de los milicos consigue escaparse y sale gritando a la calle "¡¡¡Me secuestran, me secuestran!!!" seguramente con la idea de que Ernesto la oyera si estaba llegando. Una vez se lo oí contar a Ernesto. Habíamos cerrado el bar y éramos pocos en la tertulia del viernes: sólo Diego, Fede, Ernesto, Raquel y yo. No sé de qué estábamos hablando y de golpe Ernesto dijo sin mirar a nadie: "No me la puedo sacar de la cabeza". Estaba muy pálido. Se hizo un silencio y entonces continuó hablando: "La mirada de Norma. Me vio cuando yo estaba llegando por la esquina y volvió a gritar "¡me secuestran!" mientras me miraba con sus ojos celestes". Hostias, Silvia, parece que lo estuviera oyendo. Te lo estoy contando y se me pone la piel de gallina. A Norma, mientras

gritaba la acribillaron a balazos. Ernesto repetía que no se acordaba del cuerpo bañado de sangre, se acordaba de su mirada. Y luego dijo: "Yo huí y no la ayudé. Huí. Y me salvé porque ella se mató para salvarme. Nunca podré sacarme de la cabeza la mirada de Norma". Lo repitió varias veces y luego se quedó callado. ¿Sabes, Silvia? Creo que ese fue el momento más doloroso y triste de mi vida.

Después de eso Ernesto dejó de venir. Ya antes venía poco pero a partir de entonces no vino más. Susana y Raúl alguna vez.

Capítulo 13

Diego

El otro día Eduard me preguntó por qué no había querido ir nunca antes a la Argentina. Le dije que tenía miedo y él, con su franqueza habitual me preguntó de qué coño tenía miedo. De ir allá y volver a Barcelona, y no añorar más. De eso tenía miedo. Pero ahora ese miedo pasa a segundo plano, como si no importara o como si ya estuviera convencido de que si vuelvo a Barcelona no añoraré más. O añoraré algo que ya no existe, como bien decís vos. Eduard me miró como si estuviera loco. Y yo creo que estoy un poco loco. Si no no podría dejar 30 años de historia para volver a un sitio que ya no conozco. Pero bueno, la verdad es que estoy cansado de tantas preguntas. De las que me hacen y de las que me hago. Sobre todo si no puedo contestarlas. Y a esta altura del partido me parece que ya es tarde para tanta pregunta. Lo que ahora toca es irme. Luego ya se verá.

Suerte que volví a revisar el cajón ese. Me dejaba el sobre con la foto y la placa que me regalaron los *cumpas*: “Para Diego, que nos supo aguantar y alegrar durante 30 años. Tus compañeros de

trabajo". Treinta años *laburando*⁴¹ de contable en una editorial... Allá yo era contador y aquí pasé a ser contable. Raquel decía que había pasado de hombre sujeto a hombre objeto. Y aquí la foto de la despedida firmada por todos. Adrià en la primera fila. Otro que voy a extrañar de manera tremenda. Vino ayer a la tarde y me dijo que hoy no vendría. Se cuida un montón para no volver a beber. Y ver marchar a alguien que quiere lo puede vencer. Cuando hizo la cura, Raquel, Montse y yo estábamos muchísimo con él. Hasta que volvió a pintar y a reconstruir su mundo. Los otros compañeros de trabajo también lo ayudaron mucho. Es un diseñador de cojones. Fuimos muy compinches durante estos 30 años. Me llamaba "El contador contable".

Ayer me preguntó si volvería a ser contador o seguiría siendo contable. Le dije que como buen contable había calculado que la guita que tengo y la jubilación me daba para no ser más ni una cosa ni la otra, aunque en la Argentina nunca se sabe cuánto puede durar la guita. "Haces bien" me respondió "y cuando veas que no te alcanza te vuelves y sanseacabó. Será la excusa perfecta". Buena idea. Será la excusa perfecta.

41 En lunfardo: trabajando

Montse

A veces me vienen ganas de inventarme el pasado y creérmelo a fuerza de repetirlo. Viviría más tranquila, más feliz. De hecho, cuando era niña lo hice.

Durante dos cursos en la escuela me inventé la historia de que mi padre era capitán de barco y viajaba mucho. Llegué a creer que era verdad. A la noche, cuando me acostaba pensaba en dónde estaría mi padre en ese momento, en qué puerto de qué país lejano y exótico. Y me dormía, supongo que con una sonrisa. A mis compañeritos les contaba esta historia y sentía que algunos de ellos me envidiaban porque yo era la hija de un capitán de barco que pasaba sus días viajando por lugares que sólo conocíamos en los mapas. Eso me hacía sentir bien porque no vivía mi historia como un invento, como una mentira sino como algo totalmente real. Hasta que la maestra, que sabía que mi padre había muerto aunque no cómo, se enteró y se lo dijo a la mama. Y volví a la realidad. Recuerdo que pasé muchos días triste, sin ganas de comer. Sentía como si mi padre se hubiera vuelto a morir. Por más que a uno no le guste, el pasado siempre está ahí. Aunque lo enterremos vuelve a aparecer. Y el mío volvió con toda su crudeza pasando por encima del que yo me había inventado y que era mucho más guapo. No tenemos libertad ni para inventarnos un pasado porque siempre vuelve y negar su existencia es

negar la nuestra. Es como pensar que nacimos de la nada. Ellos también se han inventado un pasado pero tarde o temprano el verdadero saldrá a la luz.

Malparits. En realidad más que inventarme mi pasado, me importa que no sean ellos los que se lo inventen y se conozca el de todos, que se sepa lo que pasó, quiénes fueron los vencidos, qué querían, por qué los mataron. Para que todos entiendan nuestros silencios y nuestros gritos. Así llegaríamos a saber la verdad, toda la verdad. Yo me he pasado la vida intentando descubrir una verdad que nadie quiere que descubra. Unos por defenderme de los asesinos que habitan esa verdad y otros para defenderse ellos, para que no se conozcan las atrocidades que cometieron. Y así crecemos, entre las mentiras de unos y de otros y las falsas verdades que nos inventamos para llenar los agujeros que nos dejan los silencios. Al final, siempre estamos más cerca de la mentira que de la verdad. Sí, claro que me molesta. Me provoca una gran incertidumbre. Mucha inestabilidad. Me hace dudar de cosas que deberían ser incuestionables. Los amigos, la familia, las cosas que leo, lo que oigo, lo que aprendí de pequeña. ¿Diego y Raquel también se habrán inventado su pasado? ¿Y Eduard? No, antes no me sentía así. Es en el último tiempo en el que ha aparecido este *neguit*⁴². Todos estos males parecen haber aparecido con la muerte de Raquel. Tal vez

42 En catalán: ansiedad, inquietud

porque no está ella para hablar. De estas cosas hablaba mucho con Raquel. Ahora como no las hablo con nadie las voy agrandando en mi cabeza. Bueno, sí pero no es lo mismo hablarlas con usted.

Fede

¿Lo decís en serio, Manu, o te estás quedando conmigo? Su avión sale mañana, ¿cómo que no sabés si se irá? ¿Pero entonces pensás que es todo un montaje o una actuación o qué? No, Manu, no. Cómo no lo va a saber él. ¿Pero qué estás diciendo, que va a ir al aeropuerto con Andrés y cuando llamen para subir al avión él se va a dar cuenta de que no viaja, se va a dar media vuelta y para casita? Por favor, Manu. Tiene el pasaje, las valijas casi hechas, nos despedimos en una comida. Otra cosa es que no tenga ganas de ir, que yo creo que sí las tiene. Pero irse se va. Hay veces que me das miedo, amor. Tenés unas teorías rarísimas y después muchas se cumplen. Quiero creer que esta parida no se va a cumplir. Pero ¿en serio lo ves a Diego quedándose? No. Se irá, cumplirá con Raquel y se volverá en un par de meses. Y seguirá cumpliendo con Raquel. Andrés piensa lo mismo. Y Eduard. Y creo que Montse también. Y yo. Y hasta hace un rato vos también, hasta que se te ocurrió cambiar de

papel. Me parece que, como siempre, me estás tomando el pelo.

Andrés

Las muertes de papá

Son demasiadas las muertes de papá. La más insoportable es, sin duda, la última. Ante las otras muertes la reacción de papá fue la lógica, fue racional. La reacción frente a la muerte de mamá es rara, incomprensible, irracional. ¿Se le habrá agotado su capacidad de respuesta? O tal vez sea común, comprensible, lógica, racional y sea yo el que no la entiende. Cada uno reacciona a las muertes como puede. Yo no sé cómo pude ni cómo puedo. No sé qué hice y qué hago. Puede ser que yo sea el irracional. Estuve mudo unos cuantos meses. Ahora me cuesta hablar del tema, sobre todo con papá. Prefiero no hablar. Me he quedado quieto. Es la sensación que tengo: que me he quedado quieto. Papá no, papá se mueve. Se mueve hasta la Argentina, que no es poco. Él hace algo. Yo en cambio, estoy quieto. Escribo. Pero quieto. Sin moverme. La escritura tiene que moverse de un tema a otro y yo estoy quieto. Siempre en el mismo lugar. El lugar vacío que dejó mamá al morir. Ni siquiera escribo sobre la muerte de mamá. Escribo sobre el

vacío. Y para escribir sobre el vacío sobran las palabras. Escribir sobre el vacío es casi un oxímoron. En cierta manera envidio la reacción absurda de papá. Por lo menos él podrá arrepentirse de lo que hace o hará. Yo estoy quieto. No hago nada. No podré arrepentirme. Me llena el vacío, la nada. He pasado a no ser nada. La vida es movimiento y yo no estoy muerto pero no soy vida. No soy nada. Extrañar a una madre es horrible. Intento no extrañarla y no puedo. No sé cómo hacer. Tal vez si hablara más con papá podría compartir este vacío y llenarlo aunque sea de palabras. ¿Cómo hablo con papá? Siempre hablé con ellos. Era la envidia de mis amigos porque hablaba con mis padres. Y ahora no puedo hablar con el único que está vivo.

El camino lleva hacia nuestra muerte y nos trae la muerte de otros. Entonces se esfuman los días, las fotos y los juegos. Uno sólo se enfrenta a la muerte de otros. Cuando la propia llega uno ya no puede enfrentarse a ella. Los ojos que miran a la muerte pueden estar ciegos, o llenos de sangre o ser como un caleidoscopio que nunca ve la realidad. Que la convierte en trozos de mil colores. La muerte es la foto del último instante de la vida. ¿Cómo se dibuja ese último instante? ¿Cómo se escribe? Como un pez que sale del agua o una nube que se hace lluvia. Como el inicio de un viaje o el último acto de amor.

Como la última vez que alguien pronunció tu nombre.
Madre.

Ema

Miercoles 3 de enero de 2007

Hija querida

Estas fechas de fiestas son una porquería. Lo unico bueno fue oírte la voz aunque sea por telefono. Me levantó el animo nos pusimos un poco al día y me distrajo. Desde que se murió Analía prefiero pasar sola las fiestas. Dos o tres madres me invitaron a su casa pero no tuve ganas. Prefiero quedarme en casa mirar fotos y leer cartas tuyas de las que me vas enviando. Que bravo que es todo esto. Los extraño un montón. Espero que puedas venir pronto y que lo convenzas a Diego. Tengo tantas ganas de conocerlo. Vengan los tres.

Te mando un beso grande y para Diego y mi Andresito.

Te quiero mucho mucho.

Mamá

Raquel

Sábado 13 de enero de 2007

Hay temas que, pese a los años transcurridos son recurrentes. Una palabra, un gesto, una pequeña situación sin importancia los hacen aflorar. Entonces paso días enteros con ellos dándome vueltas hasta que poco a poco vuelven a su sitio desde donde me miran agazapados. La charla de ayer con Montse y la carta de mamá me removieron unas cuantas cosas. Seguramente yo estaba especialmente sensible y volvió el tema de mi culpa como sobreviviente. Es otro de esos sentimientos de una inmensa crueldad para con uno mismo. Pero parece inevitable. Muchas veces me pregunto por qué le tocó a Ricardo y no a mí. Y siempre que este tema reflota me acuerdo de Ernesto. Todos los que tenemos alguien querido desaparecido vivimos con un trasfondo de tristeza. Pero podemos gozar de muchos momentos de libertad y de alegría. Ernesto no. Muchas veces pienso si la tristeza por la pérdida de Norma no es pequeña al lado de la culpa que él arrastra. La mía es moco de pavo al lado de la de él. Y eso que Raúl y Susana lo apoyan mucho aunque la relación con Raúl sea difícil, más por la actitud de Ernesto que por la de Raúl. Yo lo tengo más fácil pero de todas maneras ahí está.

Eduard

Andrés piensa como yo. Que se va huyendo de los recuerdos de su vida con Raquel. En Buenos Aires no tienen vivencias juntos. Pero es indudable que es una gran contradicción. A pesar de estar de acuerdo con la interpretación de Andrés no entiendo cómo no logró convencerlo de que es una locura. Es su hijo y es muy convincente. También es cierto que si no pudo por algo será. Andrés es un chaval estupendo. Siempre quiso muchísimo a sus padres y ahora piensa que su padre tiene que vivir esa experiencia. Y que si la cosa va mal él mismo lo irá a buscar. Diego es fuerte y él lo sabe. Pero si quieres que te diga una cosa: yo no sé cómo se mide la fuerza de alguien ante una experiencia como ésta. Porque el decidir irse ¿no será una muestra de debilidad? Creo que estoy improvisando de mala manera, Silvia. Y yo no estoy hecho para estas interpretaciones.

Capítulo 14

Alguien cualquiera

El desterrado mira un cuadro de Munch

El silencio dibuja con espectros
un sueño de sombras,
la pesadilla de un hombre solo.
Sobre el agua callada acecha
un puente sin pasos,
sin palabras, con sólo tres figuras.

Hay un último y desesperado gesto
antes del abandono.
Agazapado, un grito mudo
emerge de la víscera
y clava en las mucosas
su garra de tigre.

El terror azul de la soledad
abrasa los cuerpos inermes.

La silueta serpentea en un blues
que no lleva su nota a nadie
y el pequeño hombre
piensa el rincón donde habita el sosiego
y sabe que nunca
será capaz de encontrarlo.

Finalmente no se dirá el grito
que morirá hueco
como una súplica inútil,
y las tres figuras seguirán solas,
distantes del abrazo y la palabra.

Diego

Falta esa foto. Qué lástima, no hubo foto esa tarde.
No hay pruebas de uno de los días más felices de mi

vida y creo que de la tuya. No hay pruebas para los otros, nosotros las llevamos dentro. Así no las perderemos nunca. Y podemos repetir el recuerdo cuantas veces se nos dé la gana. Volver a esa tarde de primavera en que nos escapamos hasta el Tibidabo. Subimos a Vallvidrera en el funicular. Era la primera vez que nos metíamos en un cacharro como ese. ¿Te acordás de cómo hablaba la señora que teníamos sentada al lado? Bajamos del funicular y comenzamos a andar por un camino que bordeaba la montaña con una vista tan hermosa de Barcelona y el mar que no nos la podíamos creer. Era algo mágico. Me preguntaste si no era maravilloso el poder ver la ciudad donde uno vivía desde arriba. Ni vos ni yo habíamos podido hacerlo jamás. Bueno, vos hubieras podido ver a Buenos Aires cuando despegó el avión que te trajo. Pero ese no era momento de disfrutar nada y me contaste que habías cerrado los ojos porque no quisiste ver desaparecer a tu ciudad. En cambio ahora podíamos disfrutar de esa vista y la podíamos disfrutar juntos. Nos metimos por un sendero que bajaba por la ladera que mira al mar. Era un pinar. No había nadie. Vos llevabas puesta la blusa floreada que a mí me encantaba y la pollera marrón. Estabas hermosa. Eras hermosa. Creo que en ese momento yo no supe cuánto te quería ni cuánto te llegaría a querer. Pero podría habérmelo imaginado por la felicidad que se me escapaba por todas partes. Y a vos

también. Estuvimos mucho rato callados, mirando el mar a lo lejos recostados en un sitio en el que no había piedras. De golpe te oí decir: “Tal vez exista la felicidad”. Entonces pensé que de ahí en más daría mi vida para que vos fueras feliz. Nos besamos. Veíamos el Carmel, el Montjuic, el puerto. Jugamos a reconocer las calles de la ciudad que veíamos desde esa altura. Creo que supimos cuál era la Rambla, Balmes, la Diagonal. Vos lo hacías de una manera cariñosa, dejándome ver cómo amabas Barcelona. Ya tenías anécdotas para contar de muchos de los sitios que reconocíamos, detalles que se forman en la vida cotidiana, cuando uno frecuenta lugares con la naturalidad del habitante. Vos ya te habías apropiado de esa ciudad. Tenemos que volver a ese lugar, Raquel. ¿Te pondrás la misma blusa y la misma pollera? ¡Claro que te irán bien! No engordaste después del parto. No soy tonto, preciosa. Vos no engordaste. Estás igual. Seguro que te van bien la blusa y la pollera. Estás igual que cuando te conocí. En esa época en la que paseábamos por Barcelona y vos me decías que la iba a hacer mía queriéndola. Y ahora la quiero. La amo. Y te amo. Para mí vos sos todo. Sos el día, la noche. Sos Andrés. Sos Barcelona, sus árboles, sus faroles, sus calles, sus puertas. Pero si no venís no me interesa Barcelona. Me da igual. Barcelona y cualquier otro sitio. Buenos Aires me da igual. No sé. No sé por qué voy. Vos me insistías tanto para que

fuéramos juntos. Y ahora sos vos la que no vas a venir.

Montse

Ayer tuve otra vez uno de esos ataques de silencio. Siempre me lo provoca el recuerdo del silencio que había en casa cuando yo era pequeña. Me produce una opresión, un dolor aquí, a la altura de las orejas. Era un silencio terrible que ocultaba cosas, hechos, palabras. Está pensado para protegernos de algo espantoso y tal vez nos proteja pero es demasiado doloroso. Un peso difícil de quitar. El ataque reproduce estos silencios, viene en forma de recuerdos y sólo se va cuando pienso en algo que me gusta mucho, como un paseo por la playa, la sonrisa de Andrés cuando era pequeño, momentos compartidos con Raquel y la gente que estimo. Pero en esos momentos no es fácil pensar en algo agradable. Estoy como sumergida en esa opresión. Muchas veces siento palpitaciones y me cuesta hablar. Siempre me suceden cuando estoy sola. Si logro que el pensamiento del silencio retroceda gracias a los otros recuerdos, entonces la opresión en la sien y las orejas se va yendo y poco a poco la sustituye el otro silencio, el que no oculta nada el que yo me imagino como un montón de palabras

quietas, tranquilas, sonrientes. En cambio al que duele me lo imagino como un montón de palabras encerradas, crispadas, presas, que pelean entre ellas, que quieren salir y no pueden porque no las dejan.

El que no oculta nada es simplemente el de la falta de ruido. Ese me gusta, me resulta agradable, lo disfruto. Con Raquel podíamos estar largos ratos calladas, sin decir palabra, a veces pensando en lo que acabábamos de hablar. A veces divagando, dejando pasear nuestras mentes. Unos meses antes de su muerte dimos una larga caminata por la *Carretera de les Aigües*. Era un lugar que a ella le encantaba y le traía recuerdos muy queridos, de cuando conoció a Diego. En un momento dado nos sentamos en la hierba, mirando al mar. La vista era hermosa. Estuvimos cerca de una hora las dos calladas. Yo sentía que nos comunicábamos a través del silencio y creo que Raquel también. Estoy segura de que ambas pensábamos en las mismas cosas. Ese es un silencio creativo, compañero, que sólo se produce cuando estoy con alguien muy especial, muy querido. Es un silencio que acompaña. Un silencio que no es necesario romper, que surge porque dice más que las palabras.

El ataque de silencio de ayer fue peor que otros porque se me hizo muy presente la imagen de mi padre. Se me ocurrió pensar si mi padre, cuando lo

colgaron, habrá sufrido también uno de esos ataques que me dan a mí. Si habrá tenido que callar para no delatar a sus compañeros, si la tortura de saber que lo iban a colgar lo habrá enmudecido. Me fue muy difícil salir del silencio de ayer. Fue más fuerte que el de otros días. Me quedé encerrada en él. Al dolor que tengo habitualmente se sumó la imagen de mi padre colgado. Es una imagen que me hace mucho daño pero al mismo tiempo es la más real que tengo de él. Una imagen real pero de algo que no viví. Una imagen real inventada. Todo esto es muy loco, ¿verdad? Salí de ese momento recordando los silencios de las charlas con Raquel. Estaba agotada y aterrorizada. Pensé que me había quedado muda. No podía hablar. No me salían las palabras. Sentía la boca amordazada. Poco a poco me fui calmando hasta que pude comenzar a hablar. Me salió la palabra “padre” y la repetí un par de veces. Estaba sola en mi habitación. Dije unas cuantas palabras más hasta que me di cuenta de que estaba cantando “Viejo ciego”, el tango que tanto le gustaba a Raquel. No quise quedarme sola en casa y me fui al bar. Estaba enfriada, entumecida. Me quedé con Eduard y Silvia hasta tarde. Sentí que me abrigaban. Cuando se fue el último cliente Eduard cerró la cortina y nos quedamos los tres charlando. Nos acordamos mucho de Raquel. Yo les hablé de mis silencios y del mal rato que acababa de pasar. Nunca lo había hecho. Con Silvia no tengo la

intimidad que tengo con Eduard, pero me inspira confianza. Y ayer me abrí delante de ella. Lo necesitaba. Sobre todo necesitaba que alguien como Eduard entendiera mis silencios malos.

Eduard

Nunca me había hablado de ese tema de los silencios. Cómo le preocupa, ¿verdad? Raquel es una tía muy inteligente y si algo le preocupa es porque es importante. *He dit Raquel?*⁴³ ¿En serio? No, *volia dir*⁴⁴ Montse. Montse no se va con chorradas. En su familia lo que pasó los marcó para siempre. Y esas son las cosas que la gente imbécil no entiende. Que la guerra marcó para siempre a tres o cuatro generaciones. Sólo lo entienden los que lo pasaron o la gente que piensa y es capaz de ponerse en la piel del otro. Pero qué te voy a explicar a ti. Lo mismo pasó con vosotros. ¿Tú te crees que hay mucha gente capaz de entender el sufrimiento de Raquel o el de su madre? ¡Claro que eso marca! Y marca para toda la vida. No sólo a Raquel y a su madre. También Andrés esté marcado por lo que le pasó a su familia. Un tío desaparecido, sus padres

43 En catalán: ¿He dicho Raquel?

44 En catalán: quería decir

exiliados. *Tot aixó es molt fort. Molt fort*⁴⁵. Y ese tema del silencio... En mi casa también había silencios, pero no me hacían daño como a Montse. Porque eran silencios para no cabrear al Caudillo. No para protegernos. Porque en mi casa no había nadie que hablara mal del joeputa. Yo fui el primero y ya de grande.

Montse se ha quedado como coja sin Raquel. Se apoyaban mucho mutuamente. Se daban mucha fuerza. ¿No has visto cómo habla de Raquel, cómo le cambia la expresión? Era una relación muy especial. Compartían cosas que no compartían con nadie. Sabes que yo me cago en todo eso de las fuerzas ocultas, las energías y las chorradas de las que les gusta hablar hoy a muchos intelectuales. Pero cuando las dos se juntaban, cuando una de ellas estaba y llegaba la otra, las cosas cambiaban. El ambiente cambiaba. Para bien, claro. ¿Cómo no lo ibas a notar? Todos lo notábamos.

Fede

Ese día las únicas que defendían su manera de escribir eran ellas dos. Lo que no me acuerdo bien es qué decía Eduard. ¿También lo defendía? Sí, por

45 En catalán: Todo esto es muy fuerte. Muy fuerte

lo general opinaba como ellas en todo. Pero me parecía que ese día no. Raquel y Montse sabían discutir. Nunca gritaban aunque Raquel provocaba un poco. No. No chicaneaba pero un poco provocaba. Creo que ese día lo provocó a Diego y Diego picó. Y mirá que es un santo. Pero mordió el anzuelo y se enganchó con mucha pasión. Las miró a las dos y les dijo cómo podían defender a un tipo tan impresentable y que además escribía como el culo. Lo mejor es que la discusión no tenía ningún sentido. Yo al menos no se lo veía. Y vos tampoco. Se había entrado en un bucle absurdo en el que todos opinaban con fervor usando argumentos de los que no estaban muy convencidos. Ese día estuviste genial. Habías entrado al trapo como todos y defendías tu postura apasionadamente. La cara de estupefactos que pusieron todos cuando dijiste, después de una hora de discutir como locos, que vos no habías leído nada de ese tipo fue para filmarla. ¡Qué chanta! Silvita casi se mea de la risa. No paraba de decirte que eras un crack. Y tenía razón: sos un crack. Me engañaste hasta a mí. Sí, porque aunque a mí me parecía que no habías leído nada de él, hablabas con tanta seguridad y dabas tantos ejemplos que yo pensé que sí lo habías leído y nunca lo habíamos comentado.

Raquel

Domingo 18 de agosto de 1985

No puedo expresar como querría las emociones que estoy viviendo en este viaje. ¡Estoy tan contenta de haber venido!

Todo el mundo me pregunta si volveremos. Me cuesta decir que no. Contesto con evasivas: ya veremos, depende... Sólo a mamá le dije claramente que no creía que volviéramos. Y ella me contestó que le parecía bien pese a la inmensa pena que le daba. Y agregó algo que me impresionó mucho: "Cuando crezca Andrés te darás cuenta de por qué no quiero que vuelvas. Comprenderás que una madre siempre quiere lo mejor para sus hijos. Aunque sea lo peor para ella. Aunque la tristeza sea todavía más grande que el miedo."

El reencuentro con los amigos fue de una intensidad impresionante. Por momentos las charlas parecían la continuación de lo que nos decíamos antes de la tragedia. El tiempo no nos había pasado. Todos estábamos igual. Las mismas risas, las mismas bromas, los mismos tics de cada uno.

Ayer fui a Pompeya a ver a Hugo. Estuvimos toda la tarde juntos. Vive cerca de donde vivía Diego. Me mostró su casa, el bar de Mauro donde se juntaban siempre. Por primera vez estuve cerca de Diego en Buenos Aires. Me pareció que lo conocía más.

Entramos al bar y Hugo me presentó a Mauro. Un hombre grandote y francachón que no paró de preguntarme cosas de Diego. Nos sentamos los tres en una mesa y Mauro puso una botella de ginebra, tres vasos y hielo. "Como en los viejos tiempos", dijo "Estoy feliz de que hayas venido a visitarme. Gracias por traerla, Huguito. Aunque, perdoname pero sin Diego no es lo mismo". Nada es lo mismo, pensé yo. Tampoco nosotros somos los mismos. Apaleados por las pérdidas. Lejanos. Me alegró verlo a Hugo. Mucho. Pero fue una velada triste. Me volví con la sensación de haberme acercado a algo irrecuperable.

Andrés

Leo los textos que he escrito últimamente y no me gustan. Parecen solo un ejercicio para huir de mi dolor. Pero como refugio son una mierda. A otros les servirá ese ejercicio. A mí, no. Lo voy a dejar. Lo único honesto sería escribir sobre ese maldito coche, mamá incrustada en el volante, el claxon sonando y la sangre que le tapa la cara. Papá me mira y me pregunta algo. Le digo que estoy bien, que no me he hecho nada. Entonces intenta reanimar a ese cuerpo que tanto amó. Abre la puerta del conductor, abre la suya y baja. Da la vuelta al coche y abraza a mamá

para sacarla. Recién en ese momento se da cuenta de que mamá no está más. Nunca más. No estará nunca más con nosotros. Yo me doy cuenta cuando lo miro a papá. Debajo de su cara ensangrentada con un corte en la frente, papá mira incrédulo, aterrorizado a ese cuerpo que no responde a su abrazo. No soy consciente del vacío que vendrá uno o dos días más tarde. Un hueco negro que sólo llena la tristeza. Será la compañía más fiel. Ahí estará en la claridad del desayuno, en el olor a café, en la calidez de los mediodías de invierno, en la melancolía de las tardes, en las imágenes de los sueños. Todo es ausencia desde entonces. Todo la recuerda.

¿Cómo puedo escribir de otra cosa que no sea eso? Y tampoco puedo escribir sobre eso. No puedo escribir. No soy nadie. Dejé de ser alguien cuando murió mamá. El dolor es infinito pero me cuesta hablar de él. Está como dentro de una caja de hierro. Tendría que hablarlo con papá y no puedo. Me ayudaría y lo ayudaría a él en este momento tan horrible para los dos. Tengo que protegerlo para que se pueda ir, para que no piense en mí. Yo me arreglo. A mi manera, yo me arreglo.

Ema

Domingo 14 de setiembre de 2003

Querida hijita

Que lindo lo que me contás de tus amigos de allá. Como me gustaría conocerlos a todos sobre todo a Diego y a Montse que debe ser una chica fenomenal por lo que contás. Me parece que es una amiga tuya como es Analía para mí.

Contame como andan los otros amigos. Te cuento que el jueves estábamos hablando de los exiliados en Barcelona con las madres y una de ellas me explicó una historia tremenda de un chico que vive allá y que por ahí conocés. Se la contó un profesor que este chico había tenido en la facultad y que ahora está jubilado. Parece que allanaron su casa y estaba solo la mujer. Cuando él llegó la asesinaron a ella delante de él. Él corrió a avisarle a la hermana de ella y pudieron escaparse. Ahora viven juntos en Barcelona. Qué horror todo el sufrimiento que estos degenerados causaron.

Bueno querida basta de cosas tristes. Te diré que aquí ya se nota que está llegando la primavera. Las plantitas del patio están renaciendo y mi precioso jazmín ya está florecido y el patio está todo perfumado.

Escribime pronto.

Te mando un beso grande y otros para Diego y mi Andresito.

mamá

Capítulo 15

Diego

Querría saber por qué.

Fede

Huye hacia adelante.

Ema

Me ayudará a buscar a Ricardito.

Andrés

¿Se puede volver?

Eduard

¡Aquí, coño, con sus amigos!

Montse

Tal vez si...

Capítulo 16

Diego

Es demasiado, es demasiado. No puedo con todo. Los cuadernos, el “*caganer*”, la placa. Lo más duro no son los objetos. Los puedo dejar aquí. Es lo que ellos tienen dentro lo que se me hace difícil. El nacimiento de Andrés, Montse, Fede y Manu que no se casan, aquella comida en Gavà, el cañoncito de plomo, el olor de Barcelona cuando llegué, el malvasía, las charlas al pedo de unos exiliados enfermos de nostalgia, Adrià, los tangos que cantaba Raquel, la historia de la expulsión, la de todas las expulsiones. Es un desfile constante. Denso, muy denso. Cómo puedo hacer para aliviar este dolor. Cómo te extraño, Raquel. Qué difícil todo. Más de un año ya con el mismo dolor. Y no se va, no disminuye. Siempre su voz, su sonrisa, su figura caminando sobre las hojas con ese perfume y el olor a otoño de un Buenos Aires que va y viene. Estamos en la plaza, Marcela con la boina gris y ese beso largo, cálido en el cuarto de la pensión. Y luego nos vamos por Corrientes, buscando libros. Entramos al Ramos y allí están Hugo, Carlos, Fede y Manu. Y no pasó nada. Está todo bien. Empieza a hacer frío. Camino

por una tranquila vereda de barrio mientras anochece en el otoño porteño. Hay verdín y yo voy con cuidado para no caerme. Y no me caigo, no pasa nada. Hago equilibrio en la línea. Mil novecientos ochenta. No me fui. Raquel no se fue. Nadie se fue de donde vivió. No pasó nada. Marcela aguantó. Marcela es firme, es fuerte. No entraron en la pensión. Tu amigo el Negro no cayó y vive en Congreso. Carlos y Tita nunca se fueron. No sé dónde está Montse, no conocí a ninguna Montse. Acá ese nombre no existe. Fede y Manu viven, pasean, gritan, se aman. Vamos con Hugo a la costanera. Ayer acabamos el colegio nacional y hoy tiramos todos los apuntes y cuadernos al Río, ese Río con mayúsculas sin sangre. Comemos un pancho en uno de los carritos, un chiringuito que casi toca el mar. Planeamos nuestro futuro y pasan un par o tres de años. Y esos años caminamos mucho. Por la ciudad grande abierta al mar, a ese mar que es como un lago inmenso, frío, en un sur que también existe. Y corrimos. Corrimos hacia un horizonte. Pero el accidente es terrible. Está todo lleno de hierros retorcidos. Raquel se ahoga contra el volante. Y Andrés mirando a su madre muerta, quieto, con los ojos desorbitados por el terror, con la expresión del que no cree, alucinando, pasmado. Y yo mirando a Raquel y luego a mi hijo. Y lo primero que pienso es cómo hablar de ésto con Andrés. La sangre me inunda la cara, me nubla la vista y pego

un manotón para destrabar la puerta y el aire está fresco y Andrés mira a su madre. Esta vez no es al futuro. Esta vez mira casi al pasado y yo sé que eso pasó. Y mira y mira y mira. No entiendo la muerte y quiero irme con Raquel y con Andrés. Tengo las valijas listas pero no puedo, es imposible, nunca podré irme porque Raquel se llevó mi pasaje. No tengo pasaje. No tengo billete. El aire está fresco, es un otoño frío. Nos apuramos para llegar a casa. Marcela nos mira desde el balcón con su incipiente panza. Es firme, es fuerte, aguanta, resiste. Marcela no se quiebra por nada. Sonríe en el balcón. Nos espera y su perfume se mezcla con el de las hojas de otoño y yo estoy a punto de emborracharme con un malvasía que me trajeron de Cataluña donde dicen que hay un muñequito que caga en el pesebre. No pasó nada, no pasó nada, no pasó nada, no pasa nada. Nunca pasa nada. Está todo bien. Todo bien, todo bien...

“Barrio tranquilo del ayer,
como un triste atardecer,
a tu esquina vuelvo viejo...”⁴⁶

46 “La casita de mis viejos” tango de Juan Carlos Cobián y Enrique Cadícamo

Pero vivo aquí, en este lugar donde hicimos el país con Raquel, con Andrés, con la imagen que tengo de allá. No sé cómo haré para llevarme todo esto. No sé cómo haré para aguantar la nostalgia de otro exilio. Aquí hay muchas cosas. Son las dos y media y a las tres pasa Andrés. ¡Carajo, Diego, apurate que no llegás! No vas a llegar a guardar todo. No vas a llegar al avión. Vos no vas a llegar a ninguna parte. No vas a llegar a romper la soledad que te dejó Raquel.

¿Lo que voy a hacer es volver o ir?

Nunca quisiste volver a vivir a la Argentina. Fuiste varias veces y siempre me decías: “Volver... ¡ni a palos!”. Yo, en cambio, no fui nunca. Nunca pude volver. Y vos me insistías que fuera por un mes, que te acompañara. Claro, para vos era fácil porque sólo llegar allá ya estabas pensando en volver a Cataluña. Para vos volver era venir aquí. Yo nunca supe a dónde se vuelve. Siempre tuve miedo. Miedo de que todo eso que amé tanto, todavía estuviera allá esperándome. Y entonces no quisiera volver aquí. O tal vez era justo al revés. Tenía miedo al desencuentro. A que no existiera nada de lo que yo amé. A que el otoño ya no oliera. Miedo a no poder vivir más de idealizar lugares, amores, perfumes. El tiempo pasaba y regresar era sufrir otro exilio. Y sin embargo siempre había algún sueño con la vuelta, la jubilación en una isla del Tigre, la vejez tranquila

acariciada por un huerto isleño, un bote, una chimenea para el invierno donde mirar el fuego mientras se asan castañas y boñatos. Todos juntos, con Andrés, su mujer y algún nieto. Familia unita. Cada vez que lo hablaba con Raquel, ella sonreía, me daba un beso y me decía: “Sí abuelo, sí...”

Puede ser que vos y Andrés tuvieran razón. “Volver ni a palos”. Ir es otra cosa. Pero volver... Tal vez yo no vuelvo. Tal vez voy. Y una vez allá sí que piense en volver. Tengo que probar, Raquel. Hacer el camino, caminar. Intentar llenar tu vacío con una ilusión aunque sea estéril y absurda. Pero una ilusión. Sólo vale el intento. Dejame probar. Ahora vos no estás y yo... Allá conoceré a tu mamá, un pedazo tuyo. Están Hugo, los pibes del bar... ¿el potrero?, ¿la infancia?, ¿el olor del otoño porteño? Tal vez vos y tu perfume. Y el lunar en tu mejilla, el que yo tocaba mientras te decía: “Pido un deseo...”. Y olía tu perfume. Y pensaba que todo estaba bien. Que haríamos un país de puta madre. Que nos iríamos a vivir a una isla. Y ahora ni siquiera sé si alguien sale a un balcón a esperar a quien quiere. Si todavía hay alguien a quién querer. Si todavía hay alguien.

Son las tres. Y yo haciendo balances. Las tres. Ya es tarde. Es demasiado tarde. No tienen sentido los balances: poner de un lado realidades y presentes y del otro recuerdos inventados, mejorados o

empeorados por el paso del tiempo y por la distancia. Aquí estamos Andrés, yo, tu recuerdo y la fina línea por la que caminábamos juntos. Esa patria sin país, nuestra, amasada durante todos estos años. Yo sigo en esa fina línea, sigo caminando por ella como un equilibrista a punto de llegar al final. Puedo hacerlo con los ojos cerrados. No necesito verla. Sé dónde está, dónde poner mis pies para no salirme. Para no caerme. Avanzo lentamente con los ojos cerrados mientras oigo viejas canciones que me traen leyendas, sabores, paisajes.

“Quizá porque mi niñez
sigue jugando en tu playa,
y escondido tras las cañas
duerme mi primer amor,
llevo tu luz y tu olor
por dondequiera que vaya...”⁴⁷

De pronto siento tu voz y entonces te veo sonriente, sentada en un extremo de la cuerda. Me acerco hasta tocarte, te acaricio el lunar y pido un deseo: quiero..., quiero un viaje de vuelta. Quiero volver, volver a mi lugar, volver a verte, caminar por la costanera, bajar al río, comer un pancho, oír los

47 “Mediterráneo” de Joan Manuel Serrat

aviones, llegar al Moll de la Fusta, subir por las Ramblas, luego por Mayor de Gracia y terminar en el bar de Eduard. Y que ese agua bajo el puente no pare de pasar y pasar, llevándose unas imágenes, trayéndonos otras.

Ahora vendrá Andrés. Y yo aquí con una historia, un accidente, un vacío, todo un exilio que quedó atrás. Un mundo de libros, canciones, perfumes. Un mundo de recuerdos nacidos en el recuerdo. Un mundo de añoranzas, de futuros grises, de muertes, palabras, adioses, encuentros. ¿Qué más hay? Sólo yo. Vos no llegaste al extremo de la cuerda. Dejaste sin acabar tu trabajo, ese futuro que construías como un albañil, ese ayer del mañana que pintabas y reformabas según pasaban los años mientras “en tus ojos peleaban las llamas del crepúsculo”. La tramuntana hizo volar tu boina gris. No estás pero yo sigo oliendo tu perfume cuando la cosa no da más. Y la cosa no da más porque no sé si puedo volver, no sé si algún día volveré ni sé dónde volver. No se puede volver, no se puede volver nunca porque el agua pasa y pasa y pasa, sucia, limpia, con pedazos de recuerdos o de inventos, pero no se detiene y cada vez que uno quiere volver a su lugar, su lugar no es el mismo, ya no está donde tendría que estar o directamente lo borraron del mapa. En cambio yo estoy en la fina línea, sigo en ella y no sé cómo llevármela.

Ya está por llegar Andrés. Estoy solo con mis cosas, con mi pequeña valija, la que tiene el farol roto que ilumina una calle nueva, la rayuela, la tranquera, el otoño, el balcón, el bar que Mauro le dio a Eduard. Aquel perfume. La primera foto con Raquel y su último beso.

No sé a quién hacer caso. Qué memoria oír. Y Andrés que no viene para llevarme a ese futuro que dibujo como si fuera el pasado, como si fuera un recuerdo fabricado en la esperanza, en el deseo de añorar, en un horizonte al que hace años no llegué. El que no supimos conseguir, como los eternos y jodidos laureles.

En todos estos años los fantasmas me dejaron tranquilo, no se ocuparon de mí. Y hoy desfilan todos de golpe. Ahí van de la mano Conxita con el Negro, Marcela y Eduard, Raquel y Hugo. Bailan un vals en un tiovivo, me miran, me sacan la lengua. Son ellos pero de pronto desaparecen. Y vuelven. Ahora ya no bailan. Están serios. Hasta parecen tristes. Me doy cuenta de que no están todos. Y los que quedan están tristes porque alguien falta. Y yo sigo intentando mantener el equilibrio pero me cuesta cada vez más. El tiovivo gira y gira alrededor de esa ciudad perversa que nos echó y ahora me llama. Una ciudad de balcones y valijas. Una ciudad que me ahoga con tanto perfume, tanto otoño, tantas hojas muertas, tanta cita cantada, envenenada,

podrida donde el Negro deja su sonrisa, donde Marcela es fuerte y aguantará, donde Ema sigue esperando. Una ciudad de la que no nos fuimos porque nunca quisimos irnos, porque siempre quisimos vivir aquí porque acá no pasa nada, acá nunca pasa nada. Yo no sé por qué estoy aquí todavía. Es tarde, aquí siempre es tarde. Es treinta años tarde. Es cinco horas tarde. Pero no importa: ya cerré las maletas, las valijas, estos trastos. No te preocupes, Andrés. Yo ya estoy listo. De verdad te lo digo: no te preocupes que todavía hay tiempo. De camino al aeropuerto paramos en el chiringuito de Gavà, nos comemos un pancho, vemos salir los aviones y yo voy, cruzo el puente, me llego hasta el bar de Mauro, saludo a los muchachos y vuelvo. Vos andá preparando la cena.

Índice

Capítulo 1.....	5
Capítulo 2.....	24
Capítulo 3.....	40
Capítulo 4.....	58
Capítulo 5.....	76
Capítulo 6.....	94
Capítulo 7.....	108
Capítulo 8.....	124
Capítulo 9.....	136
Capítulo 10.....	147
Capítulo 11.....	161
Capítulo 12.....	176
Capítulo 13.....	188
Capítulo 14.....	198
Capítulo 15.....	213
Capítulo 16.....	215